

A young girl with long, dark hair and a serious expression looks directly at the camera. She is wearing a light-colored, possibly white, top. The background is a dark, atmospheric scene featuring a steam locomotive on a railway track. The locomotive is emitting a large plume of white steam that rises and spreads across the scene. The overall color palette is muted, with greens, browns, and greys, creating a somber and dramatic mood.

**EL GRAN
DRAGÓN
NEGRO**

*Clara
Fuertes*



El gran dragón negro

CLARA FUERTES

Marzo 2018

Título: El gran dragón negro.

©Clara Fuertes ®Todos los derechos reservados

Portada: Alexia Jorques

*Un hombre solo es un hombre
aunque en su cuerpo lleve escrita una historia.
Alguien que te piensa te da vida,
porque tú, sin quererlo,
vas dejando ausencia en todo lo que miras.*
Fernando Sarria

*Dedicado a todos los niños del gueto de Terezín,
a los que fueron artistas y poetas,
a los que soportaron el encierro jugando,
a los que soñaban con un mundo mejor,
a los murieron sin encontrar una sola razón,
a los que volvieron y le mostraron al mundo todo su dolor.*

La vista atrás...

Bajo nuestras ventanas espera paciente el gran dragón negro.

Me gusta mirarlo, sobre todo al alba, cuando la luz se refleja sobre su lomo recién pintado. También cuando llega desde Praga, bramando, enfadado, humeando de gris el horizonte.

Sin embargo, cuando parte, lo eludo siempre, no puedo soportar su visión, ni el cementerio de vidas que se van, que se alejan, encerradas en vagones, hacinadas como animales.

Es la cara más amarga del adiós y de la propia muerte.

En este mismo tren llegué yo, hará ahora ya casi dos años.

¡Dos años!, ¡qué lento pasa el tiempo en este lugar!

Tengo la impresión de haber envejecido cien y tan solo acabo de cumplir catorce años.

El vestido negro de mamá

*Una vez fui un niño, hace tres años.
Un niño que ansiaba ver otros mundos.*

*Ya no soy aquel niño,
he visto el dolor,
he conocido el miedo.*

*Palabras sangrientas y un día muerto.
Allá en la lejanía la niñez duerme dulcemente.*

*HANUS HACHENBURG
(12.7.1929 10.12.1944)*

El día en que comenzó todo no fue como los demás.

Mamá se vistió de negro de la cabeza a los pies cuando el ejército nazi entró en Praga, nuestra ciudad, aquella, parece ya lejana, mañana de marzo de 1939.

El cielo se cubrió de grandes nubes grises sembrando el caos; los aviones nos sobrevolaban haciendo mucho ruido. En la calle, el clamor de los camiones y las botas militares retumbaban. Las ventanas de toda la casa vibraban.

Mamá decía que la guerra había vuelto loco al mundo y que en ningún lugar estaríamos a salvo. Decía también, mientras pasaban los meses, que la esperanza moriría con ellos, con nosotros, cada día, bajo los zapatos ennegrecidos, bajo el emblema del nazismo, bajo sus brazos alzados y su encarnada cruz gamada. Nos convencía de que no serviría para nada huir, que era demasiado tarde, porque ya nos lo habían robado casi todo, la libertad, el trabajo, la educación, los sueños y la sonrisa. Me aseguraba, mientras me daba las buenas noches y me envolvía suavemente entre mis sábanas bordadas de hilo y perfumadas de lavanda, que no se llevarían nada más, y que pese a todo, pese a ellos, conservábamos lo más preciado, la vida, nuestra identidad, la fe y, sobre todo, la dignidad.

Lo decía muy alto, casi con orgullo, levantando el mentón con cada sílaba: ¡Dignidad!

Sí, eso decía ella, mamá.

Pero mamá estaba equivocada.

Cuando ella hablaba en casa, a salvo de oídos chismosos y delatores, y aunque yo no entendiese nada de lo que estaba ocurriendo a nuestro

alrededor, su voz me tranquilizaba; pero sus ojos me inquietaban. Los tenía siempre rojos, ¿mamá lloraba?, ¿y papá?, ¿por qué papá había dejado de tocar el piano?, ¿por qué paseaba por la casa sin cesar, arriba y abajo, con aire pensativo?, ¿por qué ya no entraba la luz por los grandes ventanales?, ¿por qué las cortinas de terciopelo granate estaban siempre echadas?, ¿por qué las noches nos sobresaltaban con rumores, cristales rotos, gritos y motores de coches que iban y venían incesantemente?, ¿por qué mis padres permanecían despiertos, escondidos, mirando por las rendijas la calle?, ¿por qué me prohibían encender la luz o hablar alto?, ¿por qué rezaban todo el tiempo cogidos de la mano cuando creían que no les escuchábamos y le pedían a Dios que protegiera a nuestra familia?, ¿por qué habíamos dejado de ser normales?

Tenía tantas preguntas sin respuestas, ¡tantas dudas!

A las mías se le unían otras, sobre todo las que mamá pronunciaba en voz baja, en susurros casi, como si fuesen lamentos, cuando nos creía dormidos, mientras se aferraba a papá con fuerza y desesperación. ¿Qué crees que sucederá?, ¿vendrán a detenernos?, ¿por qué se llevan solo a los judíos?, ¿por qué nos detienen?, ¿a dónde nos llevan?, ¿por qué nadie hace nada para evitarlo?

Papá no respondía nunca a mamá, su voz parecía haberle huido desde hacía semanas, y si hablaba se le quebraba. Sin embargo, le acariciaba la nuca y el rostro con tanta ternura para calmarla que casi envidiaba su honda tristeza.

Cuando me escabullía hasta la habitación con el corazón encogido y me metía en la cama de mi hermana Ruth, ella me censuraba con la mirada. Después, me abrazaba muy fuerte.

Comencé a ver, a entender mi mundo, desde otro prisma, sobre todo cuando salíamos a la calle, algo que cada día que pasaba hacíamos con menor asiduidad.

El dilema llenaba mis minutos, la perplejidad era continua, las dudas y una incesante sospecha por todo, por todos los que me rodeaban.

Me moría de miedo, y mamá también. Desconfiábamos del mundo, de los vecinos, de las familias del parque, de la gente que transitaba por la calle, de los dependientes de las tiendas, de los maestros, de la policía... A mamá le sudaban mucho las manos en la calle y mis dedos se le resbalaban continuamente. Cuando le sucedía, sacaba de la manga el pañuelo, de hilo blanco bordado con sus iniciales en violeta, su color favorito, y se las secaba

con vigor. Después, me apretaba más fuerte, demasiado fuerte, hasta que mis dedos se me adormecían, haciéndome muchas cosquillas.

Me musitaba todo al oído, cualquier cosa, aunque lo que dijese no fuese importante, y siempre estaba pendiente de quién se nos acercaba, por delante o por detrás. Me llamaba la atención cuando hablaba con extraños o me paraba más tiempo del debido en un escaparate. Nuestros vecinos se habían vuelto, de pronto, posibles enemigos, delatores, acusadores y mamá estaba convencida de que hablaban a nuestras espaldas, de que nos observaban todo el tiempo.

Nos ensordecían las órdenes que daban los soldados alemanes al pasar, la dureza con la que escupían aquellas palabras completamente desconocidas para mí. Sonaban a ladridos de perro fiero. Nos sobrecogía la rigidez de sus pisadas negras, y sus ojos azules cubiertos de escarcha. Detestaba la nueva moda que nos habían obligado a poner; cosida en cada prenda llevábamos una gran estrella amarilla de David. Era bonita y tenía seis puntas, pero, ¿por qué tan solo la lucíamos nosotros, los judíos?

¿Por qué?

La estrella lo cambió todo.

Mis amigos dejaron de serlo, y la estrella fue la causante; ella me convirtió en un ser diferente.

Me hizo visible.

Y vulnerable.

Un día le escuché decir a una mujer por la calle: «Los judíos son nuestra desgracia» y el señor que estaba a su lado, —imagino que sería su marido—, le dio la razón, pero, ¿por qué asentía?, ¿nos conocía acaso?

¿Por qué?, quise preguntarles con lágrimas en los ojos, ¿por qué somos una desgracia?

Pero mi madre tiró de mí con fuerza y se irguió creciendo casi un palmo.

Desde aquel día lloré mucho sin llorar, lloraba todos los días, lloraba a cada momento y mi llanto se hizo más intenso y alto, también se hizo bajito y silencioso, y cuando comencé a sentir la burla y el desprecio de los otros niños por la calle, entonces, dejé de salir a jugar y me refugié en casa.

La desconfianza paralizó mis días.

Luego llegó lo del colegio y su prohibición, pero ya ni siquiera me importó demasiado, había perdido el interés por aprender, o por salir, ¿me serviría para algo encerrada entre cuatro paredes cada día más oscuras y

tristes?

Nuestro pequeño mundo se había vuelto, de pronto, hostil, y muy dañino, y yo seguía sin entender nada. ¿Qué habíamos hecho?, ¿ser judíos?, ¿es que no éramos judíos antes?, ¿es que ser judío era algo malo?

¡Ya nos vamos!

*Quince camas. Quince placas con sus nombres.
Quince personas sin ningún linaje.
Quince cuerpos torturados.
Quince cuerpos que quieren vivir.
Quince cabezas rapadas.
Treinta ojos que buscan algo de tranquilidad.
La belleza del aire huele raro.
Las enfermeras traen los termómetros,
mientras las madres se pierden detrás de sus sonrisas.
No quiero irme, ni dejar las habitaciones con luz,
ni las mejillas ardientes.
Quiero quedarme y seguir enfermita,
esperar la visita diaria de los médicos
y después de mucho, mucho, mucho tiempo, ponerme bien.
Solo entonces me gustaría vivir,
y regresar a casa.
Autor desconocido*

El terror me dejó sin habla durante meses, cuando varios soldados irrumpieron en nuestra casa en pleno día.

La escalera enmudeció.

Nadie nos ayudó. Ningún vecino se asomó a ver qué ocurría; las puertas permanecían cerradas a cal y canto; detrás de ellas, sus dueños, estoy segura, estarían temblando, como lo hacíamos nosotros.

Imaginé decenas de ojos mirando, familias enteras atónitas, guardando silencio, encogidas por el pánico, quizá rezando. Ni siquiera la portera, atenta siempre a todo lo que ocurría en nuestro edificio, hizo acto de presencia.

Nuestro entorno se había evaporado, justo en el momento en el que a nosotros se nos llevaban.

Pero, ¿a dónde?, ¿a dónde nos llevaban?

Creí que nunca recuperaría la voz, ni las palabras, pero cuando volvieron, lo hicieron con fuerza, con nostalgia, con desconfianza, con la verdad de la noche y de cada madrugada, con el calor de los días soleados, y

la humedad gris. Las palabras volvieron con el llanto, con toda mi tristeza y la desesperación de quedarme sola, porque se llevaban a mamá y a Ruth en el tren; ¡se las llevaban!... Y se iban sin mí.

Fue entonces cuando grité, con toda mi alma, por toda la impotencia de la soledad que me dejaban.

En medio de aquel gran patio, donde a veces jugábamos a la pelota o a la comba, en medio de aquel cuartel convertido en gueto, de aspecto deslucido, de sombras, de desaliento, yo pronuncié las primeras palabras desde hacía meses... Después, después llegarían muchas más, después me saldrían a borbotones:

—¡Noooooooo!, ¡mamá, no te vayas!, ¡nooooooooo!, ¡por favor!, ¡mamá!, ¡Ruth!, ¡noooooo!

Alguien me arrastró hacia adentro, alguien me dio una patada en el estómago, alguien me partió en dos mitades; el dolor me veló la visión, oscureció la mañana y mi pena se hizo todavía más profunda; percibí que ese alguien me recogía del suelo y me arrastraba con torpeza por los pasillos tirándome del cabello.

Y luego no quedó nada, ni un recuerdo.

Hasta que desperté.

Estaba tumbada en una camilla, en la sala de la enfermería.

Nunca había estado en un hospital, pero aquellas paredes me parecieron el paraíso en comparación con el resto del gueto. Alargué todo el tiempo que pude mi estancia allí, simulando una debilidad que no sentía.

Mi tristeza era espesa, como la nube de vapor que acompañaba al tren al llegar y al partir; no sabía cómo afrontar que, afuera, al cruzar el umbral de la enfermería, estaría completamente sola.

De pronto, todas las frases que no había articulado durante meses salieron a trompicones, y todas ellas tuvieron una única destinataria, Arabella, la enfermera que me cuidaba.

De mi voz aguda y aniñada salieron recuerdos tristes, amargos y otros muchos, la mayoría felices. Ella me escuchaba sonriente mientras iba y venía.

Y también, a veces, se sentaba conmigo...

«¡Ya nos vamos!», me susurró mamá abrazándome con fuerza cuando llamaron a nuestra casa aquellos soldados.

Recuerdo a papá delante de la puerta, con la mano en el pomo, con el miedo pintado en el rostro, con la indecisión en la mirada.

Recuerdo a mamá, llorando unos metros por detrás, a mi lado, implorándole que no abriese, pidiéndonos silencio.

Pero papá abrió. Y mamá chilló muy fuerte justo un segundo después.

Allí, en el mismo centro del salón, se desató el infierno. Los soldados nos gritaban mucho, tanto que yo me tapé los oídos, porque me ensordecían sus palabras y me refugié en mi cuarto corriendo. Desde allí, escuché cómo tiraban cosas, cómo rompían la porcelana antigua, los vasos, los jarrones; escuché cómo mamá imploraba, cómo les pedía que pararan, cómo la voz de mi padre era inaudible; escuché el recuento y nuestros nombres pronunciados a gritos una y otra vez. Me sacaron de la habitación gritando mi nombre y dándome un buen empujón.

Sin embargo, en sus voces se percibía cierto nerviosismo. Les faltaba alguien. Mi hermano pequeño, Josef. Pero mamá lo negaba con tal frialdad que hasta yo dudé de haber tenido alguna vez un hermano pequeño. Los soldados insistían e insistían, señalaban con el dedo, en sus listas aparecía un muchacho, ¿dónde estaba ese muchacho?, le seguían gritando. Y mamá seguía negándole, con empeño, con el rostro, con el cuerpo, con las palabras, con muchas lágrimas.

Y entonces lo comprendí todo, mamá negaba a Josef para salvarle.

Los soldados, como locos, comenzaron a registrar la casa. Abrían y cerraban puertas, rompían los muebles a patadas, miraban en los armarios, debajo de las camas, de los colchones, tiraban las ropas al suelo, pero nada de lo que hicieron les sirvió. Josef no apareció. Había salido por la mañana a jugar al parque con varios amigos del barrio, todos judíos. Desde que nos habían prohibido acudir al colegio, los muchachos pasaban allí multitud de horas perdidas, jugando, holgazaneando.

Con grandes aspavientos, los soldados salieron hacia la escalera, y comenzaron a aporrear en la puerta de la casa de los vecinos de enfrente. Achicados, nuestros vecinos abrieron y los soldados invadieron también su hogar. Vociferaban mucho. La señora Hana lloraba y escondía su rostro entre las manos. Les preguntaron por Josef y ellos, disimuladamente, miraron a mamá. Ella les imploró con un imperceptible gesto que negasen su existencia.

Y nuestros vecinos entendieron.

Callaron. Mintieron. Fue tan solo un pequeño gesto, pero fue suficiente, todo un mundo para mamá.

Los soldados se calmaron y volvieron a nuestra casa. En nuestros vecinos se podía confiar, diría uno de ellos, no eran sucios judíos.

¿Entendería alguna vez Josef —cuando volviese a casa—, que nos hubiéramos marchado sin él?, pensaba yo.

Sollozando en un rincón del salón, mamá me tendió la mano, me abrazó y me miró a los ojos. ¡Había tanto amor en ellos!, ¡tanta amargura!

De su mano, entré en mi habitación, en nuestra habitación. La compartía con Ruth, mi hermana mayor. Mamá sacó una pequeña maleta de cuero marrón de debajo de la cama y nos dijo en voz baja:

—¡Meted solo lo imprescindible, y hacedlo rápido!, ¡nos vamos!

—¿Adónde? —pregunté yo desconsolada.

Mamá me miró con tristeza y, acariciando mis mejillas, se llevó, como un tesoro oculto, mis lágrimas entre sus dedos.

No hubo respuesta.

Ruth y yo fuimos metiendo atropelladamente en la pequeña maleta de cuero marrón algo de ropa. Al final, en el poco espacio que nos restó, decidimos amontonar lo más necesario, nuestros recuerdos.

Escondimos los lapiceros y la cuerda para saltar entre los vestidos, un cuaderno nuevo para dibujar o escribir, una foto de mi amiga del alma Dorit, mi diario ya casi terminado, unas cintas de distintos colores para el pelo, la medalla que había ganado Ruth cuando participó en un concurso de poesía y le concedieron el primer premio y varios libros, todos suyos.

A Ruth le encantaba leer.

Antes de partir, mi madre volvió a nuestra habitación. Sopesó la maleta y meneó la cabeza.

—Pesa mucho —dijo tristemente—, no podréis cargar con tanto.

—Esos soldados parecen fuertes —dije yo entonces.

—Escúchame bien, Alena, esos soldados de ahí fuera no van a llevar tu equipaje; esos soldados no son nuestros amigos, ¿lo entiendes? ¡Bien!, y como no nos demos prisa, nos sacarán a empujones y entonces no podremos llevarnos nada o, peor, nos matarán aquí mismo, en nuestro propio hogar. Os lo dije bien claro, solo lo imprescindible.

—¡Está bien mamá! —intervino Ruth—, intentando calmarla, se pueden descartar algunas cosas. Y, volviendo a abrir de nuevo la maleta, recogió todos sus libros, la medalla y mi viejo diario y los depositó encima de la cama, mientras mamá se movía inquieta haciendo círculos por la habitación. Quise protestar, pero sus lágrimas me lo impidieron. Yo también debía colaborar. Entonces, mamá sacó unas tijeras del bolsillo y nos indicó, con el dedo índice sobre sus labios, que guardáramos silencio. Se llevó la

tijera hasta su propia trenza y, en la parte más alta, cortó sin pensarlo. Algunas guedejas se esparcieron por el suelo.

Sorprendidas, vimos cómo mamá se agachaba y con mimo y destreza volvía a trenzar su cabello anudándolo con un lazo rojo.

Ahogué un pequeño grito cuando los soldados ladraron desde la puerta, golpeándola con violencia para que nos diésemos prisa.

—Ahora vosotras —dijo. ¡Vamos, rápido!

La última visión que guardo de mi cuarto es muy amarga; mi hermana llorando, muda, con la cabeza hundida sobre sus hombros, mientras mi madre, temblando, le cortaba su largo pelo de trigo. Después, llegó mi turno; dicen que el dolor ajeno siempre es más agudo que el propio, y tienen razón. Yo no lloré, y eso que mi madre tiraba con fuerza de mi pelo lastimándome y las tijeras me desgarraban el alma en cada corte. Al suelo cayó el bien máspreciado que había tenido hasta entonces, mi pelo. Nunca me lo había cortado.

Cuando mamá finalizó, rechacé la idea de mirarme en el espejo. La perspectiva de Ruth ya era demasiado dolorosa para mí. Abrí de nuevo la maleta y saqué de ella el cepillo, ya no lo íbamos a necesitar. En su lugar, guardé nuestras trenzas, las tres.

Todavía hoy, dos años después, las conservo, las acaricio y, cuando pienso en ellas, alzo la mirada, la mirada de la niña que fui. Ahora, ya no me reconozco en aquella mirada. Ahora ya no sé quién soy.

En mi memoria guardo una foto muy especial, la estampa de aquel momento, de aquel pasillo, de aquella casa, del salón, de la escalera, de los vecinos, de mi hermano; todo ha quedado congelado en medio de un gesto.

El de papá. Es el recuerdo más triste que evoco de aquel aciago día, aquel que, por más tiempo que pase, nunca se me borrará de la memoria.

Su desolación. Sí, la inmensa desolación de sus pupilas al vernos aparecer por el pasillo. Papá, que había elegido su mejor traje, la corbata azul celeste y los zapatos nuevos que le hacían rozadura en el talón izquierdo y que le habíamos regalado en su último cumpleaños, nos miró con el gesto boquiabierto por la sorpresa; los puños, que le asomaban por la americana demasiado grande, estaban crispados por la impotencia; ya no sabía qué hacer, ni a dónde dirigirse, ni cómo protegernos. Estaba hundido y su espalda se curvó. El rostro se le envejeció de pronto y su cuerpo, vencido, ya no pudo sujetarle más. Las piernas le temblaban y yo le abracé lo más fuerte que pude para sostenerle.

Pero antes de salir, volví sobre mis pasos, corriendo hacia mi habitación. Un soldado me increpó y vino detrás de mí, pero yo corrí más rápido que él. Había olvidado dos cosas importantes que logré coger al vuelo: una foto, el retrato de mi hermano Josef, y las partituras de papá, las que le había comprado a mamá hacía ya mucho tiempo, y las mías, las notas que había compuesto solo para mí.

Una gran sinfonía

*Bajo nuestras ventanas está parado un bonito tren.
Brama como un dragón.
Cuando llegue el día de la libertad, nos llevará de regreso.
Iremos a Praga, a la plaza Wenceslao,
cantaremos, miraremos por las ventanas,
¡Volveremos a Praga!
KITTY, 12 años*

El tren llega a Terezín cada dos días y sale una vez a la semana.

Cuando alcanza el campo de tránsito trae consigo la esperanza de nuevos encuentros y quizá, todavía, posibles sorpresas, más vida y rostros con los que compartir mi encerrada y solitaria pena.

Pero cuando se abren las puertas de los trenes y comienza a salir despacio la muchedumbre, sé, porque ya lo he visto muchas veces y también lo he vivido, que se inicia la gran sinfonía. Y eso me asusta.

Me asusta mucho.

Entonces es el momento que utilizo para encerrarme y esconderme en la enfermería detrás de un biombo blanco, junto a Arabella, tan solo un par de horas, lo suficiente para estar a salvo de tanta tristeza sobrevenida, la misma que traje yo al llegar a este lugar perdido del mundo.

A veces, observo la escena desde la ventana; otras, me siento en un rincón y cierro los ojos mientras tarareo monótonamente una canción, siempre la misma, la que mi madre me cantaba cuando era niña y me iba a la cama, la que me cantó aquella última noche, antes de partir, hará hoy casi nueve meses.

Canto para no escuchar a los soldados gritar en esa lengua que vocifera tan alto, y para evitar el llanto de las familias; canto para ahorrarme la sacudida de los disparos que se producen, siempre al inicio, en el andén, y el de las muertes que llegan después, tiradas en el suelo y agujereadas por varios sitios por falta de paciencia o inconformismo ante la vida que les ha tocado vivir; canto para ahuyentar su desasosiego, y de paso el mío, porque sé que un día, solo es cuestión de tiempo, yo también cogeré ese mismo tren cuya locomotora es negra y brillante, cuyo perfil es idéntico al del gran dragón del cuento que tenía Dorit en su cuarto, sobre la mesilla de noche y que yo leía una y otra vez cuando estaba con ella.

Adoraba aquel libro. Y odio al tren que espera cerca de mi ventana.
Esta guerra parece no tener fin, como su apetito.

«Papá fue el primero en partir». Parecía muy pequeñito cuando subió al tren. Le acompañaban cientos de hombres, todos diminutos como él; estaban vencidos de antemano. Les fueron sacando a culatazos hasta el patio y seleccionaron a los más jóvenes, a los más fuertes.

A papá.

Le vi mirar hacia mi ventana, me saludó con la mano y después se la llevó hasta el corazón. Así, con la mano sobre el pecho, sin despegarla ni un momento, le vi perderse entre una marea de cuerpos esqueléticos, ataviados con ropas demasiado grandes, le vi subir al tren, o quizá, solo lo imaginé.

Sí, puede que lo soñara.

El tren se lo llevó, justo en la otra dirección, la que no volvía a casa, la que le alejaba un poco más de nosotras, o para siempre. No me despedí de él; tampoco dije una sola palabra.

Tan solo habían pasado dos meses desde que habíamos llegado.

Después le tocaría el turno a mamá, y a Ruth; a ellas las vi formando en el patio, pero no llegué a verlas partir. Cuando aquel soldado me dobló en dos mitades y me arrastró consigo dejándome en la enfermería, solo me quedó la estela de una visión borrosa y la pena a través de una sucia ventana.

Imaginarlas coger el tren, justo desde este lugar, desde la enfermería, con el resto de judíos, un resto que de momento no me incluía, me acercaba a ellas y también a papá. Desde aquella ventana sentía toda su desolación, una sensación que se había convertido en algo muy mío.

Mamá y Ruth siguieron los pasos de papá.

Tomaron la dirección que no regresaba a Praga.

A veces, solo a veces, pienso que están juntos, y que están bien. Sí, sería bonito que estuvieran juntos, que estuvieran felices.

¿Y de mí?, ¿se acordarán?, ¿y el dragón?, ¿por qué no quiere llevarme con él, por qué no me deja formar parte del resto que se marcha?

He oído que el tren se dirige hacia el norte, también lo dice Arabella, y a ella la creo más que a los demás. Sin embargo, estoy casi segura de que los trenes que parten de Terezín se dirigen hacia la nada y mueren por el camino, es algún lugar con un nombre difícil de pronunciar, alemán, donde hace mucho, mucho frío, mucho más frío que aquí, en Praga. Es un aterrador presentimiento que tengo desde hace tiempo.

Y por eso yo prefería quedarme en este infierno conocido, junto a Arabella, aunque sé que algo así no depende de mí. La gente habla y yo escucho sin esconderme, con ese poder de invisibilidad que me proporciona, todavía, la niñez. Aunque cada día soy menos niña. Pero, a veces, no entiendo lo que dicen o no quiero entenderlo; son demasiado atroces las historias que narran.

Los más inteligentes fueron los abuelos; ellos fallecieron apenas llegaron a Terezín. La abuela no soportó la pena del destierro, la suciedad y el hedor del gueto. No la culpo, este lugar es un horror, sobre todo en verano, cuando las moscas no nos dejan vivir. Las hay a miles, sobrevolándonos, molestándonos con su zumbido loco y continuo, dejando caer sus larvas, golpeándose contra las paredes en busca de algo de libertad que en el gueto jamás encontrarán. Y mientras tanto, los trenes siguen llegando, con más y más gente en su interior.

El abuelo murió tan solo tres días después que ella. Ese día tenía la cara gris y un gran vacío en su mirada. Se levantó y caminó dando círculos todo el día, chocándose con las paredes, con las vallas, tropezándose con la masa de gente transparente de hambre, consumida, arrugada antes de tiempo.

Comenzó a llorar.

Llamaba en susurros a la abuela Irina.

En el patio, la muerte cayó al asfalto sin avisar, como si fuese un fardo, o menos que eso, nada. El abuelo se acurrucó en un rincón para evitar que lo pisasen. Apenas podía caminar, le costaba respirar y le temblaba la barbilla. Su cuerpo se fue apagando con el ocaso, al ritmo del nombre de la abuela Irina.

A lo lejos, el paisaje se diluía, lentamente, sin hacer ningún ruido.

Cuando ocurrió, me produjo mucha pena. Ahora les envidio. Muchas veces he pensado en morir; morir, dormir, no despertar.

Cualquiera se puede morir, pero me da mucho miedo hacerlo sola. Además, creo que si el gran dragón negro que parte al final de cada semana no quiere llevarme con él, significa que todavía tengo tiempo.

¡Tiempo!, ¿tiempo para qué?, me pregunto.

¿Cuánto tiempo me hace falta para sobrevivir a esta guerra?

No hay espejos en Terezín
*Otra vez el día ha caído
en el inmenso precipicio del tiempo.
Otra vez se ha herido a un hombre,
y mantenido en cautiverio por sus hermanos.
En el gueto, la oscuridad es buena para los ojos tristes.
Ojos cansados de tanta certeza.
Ojos que quizá hayan visto demasiado.
De día, siempre de día.*
Clara Fuertes

Los trenes que llegan a Terezín no solo lo hacen desde Praga, también vienen desde otros lugares: Moravia, Eslovaquia, Austria, Holanda, Dinamarca o Hungría.

Aquí hablamos muchas lenguas distintas, aunque la más audible puede que sea el silencio que arrastran los hombres, los lamentos entrecortados de las madres, los suspiros de los más ancianos y el llanto inconsolable de los bebés.

En cada esquina me encuentro miradas cargadas de desconfianza. Hay mucho cansancio acumulado. Me estremece mirarles, sus caras son tan flacas, tan doloridas, tan arrugadas, ¿será la mía igual?

Hace meses que no me miro en un espejo. Creo que me asustaría si viese mi propio reflejo. Por suerte, no hay espejos en Terezín.

¿Quién querría contemplar el rostro calvo de la muerte?, ¿la suciedad de la ropa?, ¿la propia mugre? o ¿esta escuálida y blanquecina delgadez?

Llevábamos poco tiempo en Terezín cuando nos cortaron el pelo todavía más de lo que lo había hecho mamá en Praga, antes de salir de nuestra casa. No fuimos una excepción. Todo el mundo era esquilado nada más llegar, como las ovejas, como animales, como lo que quieren hacernos sentir. Mi calva me avergonzaba mucho al principio, tanto que me la tapaba con las manos o con los brazos; a veces, también, me colocaba un pedacito de tela sobre mi cuero cabelludo y me cubría mi propia desnudez.

Sin embargo, no tener pelo supuso un gran descanso, una bendición, y pronto acepté, con alivio, que los piojos le dieran un respiro a mi piel enrojecida y descamada.

Mis uñas estaban cada día más negras y largas y llegó un momento en

que comenzaron a molestarme. Así que, como remedio para evitar que creciesen más, me las mordía constantemente. Descubrí que era una fabulosa manera de entretener el hambre y, al mismo tiempo, al estar tan cortas, de conseguir que permaneciesen siempre limpias. Mi obsesión llegó a tal punto que, a veces, me sangraban hasta los dedos. El sabor de la sangre me gustaba. Su dulzor era más placentero que el propio chocolate, el cual añoraba y no había vuelto a probar desde que habíamos salido de Praga, o puede que quizá mucho antes; en realidad, si lo pensaba bien, la última vez que lo había comido fue cuando estuve con Dorit.

¡Dorit, mi querida amiga Dorit!, ¿dónde estaría?, ¿qué habría sido de ella, de sus hermanos, de su adorable madre y de su padre, el escritor? Desaparecieron un día, sin dejar rastro alguno, sin un adiós o una carta de despedida, ¿se la habrían llevado como a mí, a un campo de tránsito?, ¿habría cogido el gran dragón negro en la dirección errónea?, ¿habrían conseguido huir y ponerse a salvo?, ¿por qué no me había llevado con ella?

Recordé con nostalgia la amabilidad que arrastraba su risa, el gran hoyuelo de su mejilla derecha, su abrazo cálido cuando me asía fuertemente por la calle, nuestras largas tardes en su casa al abrigo de la chimenea que crepitaba con ardor desesperado, y aquel chocolate a la taza que la madre nos preparaba nada más vernos llegar con la nariz y las manos congeladas y rojas. Recuerdo su aroma, y el calor que me envolvía las manos.

¡Recuerdos!, ¡recuerdos!, ¡es lo único que tengo, lo único que me queda!, ¡los recuerdos!, y un hambre atroz que me duele y se hace insoportable.

Una noche aparecieron ratones en Terezín, y lo hicieron como por arte de magia. Correteaban por todas partes, silenciosos, como las cucarachas que también nos rondaban, pero mordiéndolo todo a su paso. Supongo que estaban tan hambrientos como nosotros.

Algunos en el gueto decían que los alemanes nos los habían traído para volvernos locos. Y puede que tuvieran razón.

La suspicacia es algo que crece y trepa veloz por los muros de este cementerio en vida.

A algunos muchachos se les ocurrió la genial idea de cazarlos para comérmolos después, pero eran muy escurridizos y no se dejaban atrapar fácilmente. Entonces, pusimos trampas en los barracones y al final conseguimos hacernos con unos cuantos que insertamos en un palo largo. ¡Resultaba algo asqueroso!

El problema surgió a la hora de asarlos; ese pequeño detalle nos había pasado inadvertido en el momento de cazarlos, pero el problema seguía ahí y había que resolverlo; no podíamos hacer fuego, ni siquiera a escondidas, y además no teníamos fósforos. ¿Qué podíamos hacer?, nos preguntábamos mientras nuestros estómagos rugían como leones.

A mí se me ocurrió la idea de comérmolos crudos y lo propuse en voz alta. ¿Por qué no?, dijeron algunos; otros me miraron de una forma muy extraña.

¿Qué pasa?, les increpé, ¿es que no tenéis hambre?

El primer mordisco de ratón crudo que ingerí me produjo un asco tan enorme que lo vomité en el acto y mi estómago sufrió todavía más con las convulsiones que con el hambre. Mientras me recuperaba del dolor y de la aversión, pensé, de nuevo, en el sabor que había notado al tragarlo y al recordarlo resultó que no había sido tan malo. En aquel gueto habíamos comido cosas muchísimo peores y llenas de bichos. Así que me decidí a probar de nuevo otro bocado, y esta vez lo toleré bien.

Fue así, con ratones crudos, como fuimos apaciguando nuestra hambre diaria, y lo hicimos durante meses, hasta que desaparecieron por completo del gueto y retornó algo mucho peor, algo ya conocido, el dolor al vacío, el sufrimiento del hambre vivo, el hambre que daba calambres.

Pero, pese al temor constante a los soldados, a la suciedad que reinaba en cada rincón y al hambre que sentíamos arañándonos por dentro, los niños de Terezín también sabíamos reír, a veces, solo cuando nos dejaban.

En el gueto hacíamos amistades que duraban un suspiro, una semana o tal vez dos. Otras conseguían alargarse en el tiempo. Su supervivencia era como un milagro.

Nos reuníamos y jugábamos en el patio del cuartel o en los cenadores que antes eran casas. También, de vez en cuando, nos permitían subir a respirar el aire en lo más alto del terraplén, junto a las vallas fortificadas.

Desde allí había visto mariposas volar a lo lejos; nunca paraban, apenas revoloteaban un momento y se alejaban danzando por encima de las alambradas. No las culpaba, ¡quién querría quedarse a vivir en un sitio tan melancólico como este, tan sombrío!

Sin embargo, fuera de los muros del gueto había un paisaje azulado de suaves colinas, sencillo, sin estridencias. No había montañas, ni precipicios, ni desierto; solo verdes prados y altísimos álamos, cosechas y árboles repletos de fruta cuando les tocaba la temporada.

Fuera se respiraba la vida.

Inspirar. Expirar. Vivir.

El mundo era bonito fuera, y antes, mucho antes, todo era antes, cuando ese todo era normal.

Por eso —y aunque sabíamos que intentaban engañarnos para hacernos el infierno más llevadero y fácil en el gueto— acudíamos a los talleres de pintura de Friedl.

Ella los llamaba: «Talleres para modelar el arte». Y yo, completaba en silencio su entusiasmo: «Talleres para modelar el arte de la supervivencia».

Yo no creía en el arte. No creía en nada, en realidad. Solo pintaba para no olvidar. Y también para evocar mis deseos, como salir, huir, volver a ver a mi familia, comer, escapar, llorar, dormir...

Deseos, deseos.

El deseo era la vida. ¡Y yo quería vivir!

Mamá me dijo antes de partir:

«¡Volverás, Alena!, ¡sé que volverás!, y cuando lo hagas, por favor, ¡busca a tu hermano!, ¡prométemelo, Alena!», me grito angustiada.

¡Y yo se lo prometí!, aunque no con palabras, como ella hubiese deseado, sino con la mirada envuelta en lágrimas, con un gesto de afirmación que me dolió en el alma.

«¡Volverás!» —me dijo—, «¡volverás!»

Una afirmación así es difícil de olvidar, pero una promesa, una promesa te mantiene con vida.

¡Debía volver!, ¡debía encontrar a Josef!

Lo había prometido.

Friedl

*Una sonrisa triste en los labios esconde tu secreto,
en el corazón hay dolor y nostalgia del hogar.
¡Cuántas veces al día te sientes así!
Todo tu yo anhela la libertad.
Afuera brilla el sol y derrama su luz.
Pese a todo hay en nosotros tanta ilusión y fe,
tantas esperanzas en un mañana mejor.
Pese a todo creemos que, en algún momento,
el ancho mundo abrirá sus puertas para darnos la bienvenida.*
MAHULENA DAGMAR, (17. 2. 1926).
Sobrevivió.

La llegada de Friedl, a finales del otoño de 1942 fue, junto con la presencia de Arabella en la enfermería, lo mejor que me podía haber ocurrido en el campo de Terezín. Creo que sin ellas no habría podido sobrevivir. Llegó, ¿cómo decirlo? ¡Justo a tiempo!

El gran dragón negro ya había devorado a papá, a mamá, a Ruth y a decenas de amigos, vecinos y conocidos. Pero nunca era suficiente.

¿A cuántos pensaba llevarse todavía?

Friedl fue deportada desde Praga a Terezín una mañana heladora de diciembre. Vino acompañada de su marido y, en cuanto llegaron, les separaron.

Las normas de Terezín eran estrictas, los hombres y las mujeres no podían convivir juntos. Sin embargo, sí se podían encontrar en los patios a charlar.

Enseguida nos contagié su entusiasmo por la vida. Nos contó que era vienesa de nacimiento y que había vivido en Berlín varios años. Dominaba perfectamente el alemán, y eso nos permitió entendernos mejor con los soldados; su presencia nos facilitó mucho las cosas en el hogar de chicas.

Desde que llegó Friedl, todo nuestro pequeño mundo del gueto cambió. Y mi encierro se aligeró.

Ella nunca, jamás, nos dejaba solas.

Friedl revolucionó Terezín y nos organizó a todos. ¡Tenía tanta energía que a veces nos agotaba!

Clandestinamente nos impartía clases y nos enseñaba a dibujar.

Las chicas del hogar L410 tuvimos mucha suerte y, aunque Friedl también enseñaba a los chicos, pasaba casi todo el tiempo con nosotras y con los más pequeños.

Yo me convertí en algo así como su ayudante.

Me gustaba sentirme útil.

Con ella delineábamos paisajes, animales, escenarios.

Recordábamos.

Diseñábamos, también decorados para las representaciones teatrales, como la ópera infantil «Brundibár» del compositor checo Hans Krása.

Él también estaba encerrado en Terezín.

Hans creó esta ópera antes de llegar al gueto, mucho antes, basándose en una canción popular checa, e incorporó a la música diez niños solistas y un coro infantil. Trabajó durante meses con los niños de un orfanato judío. Pero a Hans le detuvieron y le encerraron aquí antes de tener la oportunidad de estrenar su propia obra.

Sucedió en 1942. El año más negro. El año de nuestras detenciones.

Quizá fuese mejor así.

Al día siguiente, todos aquellos niños del orfanato fueron deportados a campos de concentración, como él. Muchos de ellos vinieron a vivir también a Terezín.

En el orfanato no quedó nadie, solo las paredes, los lamentos, las lágrimas y el eco del canto del coro de los niños de la obra de Hans, «Brudibár». Un eco que se trasladó a Terezín siguiendo sus pasos.

Por eso, los niños de Terezín volvimos a cantar, por Hans. Casi todos participábamos en el coro, aunque algunos no sabían entonar ni una sola nota. Sin embargo, a Hans no le importaba. Solo quería sacarnos la música que llevábamos dentro, ya fuera triste o alegre, aguda o grave, entonada o desacertada. Y para animarnos nos decía:

«Si no sabéis cantar, mover los labios al ritmo de la música, y ya veréis lo que sucede.»

¡Magia!, eso era lo que acontecía, ¡magia!, porque el resultado era espectacular. Tanto que hasta los alemanes disfrutaban escuchándonos cantar, y eso que éramos asquerosos judíos.

Creo que, cuando cantábamos, no debíamos parecerles tan judíos.

Aninka y Pepicek eran los principales protagonistas de la ópera de Brundibár. Eran dos niños huérfanos por parte de padre, como la mayoría de los niños que estamos en Terezín. Ellos cuidaban de su madre, que se

encontraba muy enferma. Brundibár era un organillero ambulante y con su música cautivaba a todo aquel que le escuchaba.

Para nosotros, los judíos del gueto, esta obra tenía un significado muy especial; representaba el espíritu de nuestro propio encierro y la liberación que anhelábamos vivir cuando la guerra terminase; era una alegoría a la esperanza y a la fuerza de voluntad para seguir adelante.

La figura del mal estaba representada por Hitler y los soldados de las SS, y frente a la maldad, los niños luchaban por sobrevivir; ellos, esos niños de la obra, éramos nosotros, los niños del gueto, todos los judíos de Terezín.

¡Hay que resistir!, nos decíamos cada vez que la representábamos, pero su fuerza, su mensaje, se mezclaba con el hambre, y con la desmoralización de vernos en aquel lugar tan sombrío, tan gris, tan triste y se perdía. Y aunque nos repetíamos su moraleja durante días, como si fuese una lenta melodía, al final la euforia se nos pasaba, su espíritu combativo se diluía como la sal en el agua, y nos olvidábamos.

Para los soldados alemanes, Brundibár tan solo era un divertimento, una ópera infantil sin importancia que nos entretenía y nos tenía ocupados. Ellos no entendían nuestro silencio. Tampoco su significado. La mayoría de los alemanes no entendían nuestro idioma.

Salvo Arabella.

A los pocos días de llegar a Terezín, y debido a la fama que arrastraba, Hans fue nombrado el encargado de las actividades musicales y todos los niños del gueto le acogimos con gran afecto.

Nos convertimos en sus niños huérfanos.

En su coro de querubines, como él siempre nos llamaba. Nuestro aspecto debía de recordarle a los ángeles caídos del cielo, ángeles estrellados llenos de mugre y piojos.

En el gueto, aparte del gran Hans, había otros compositores muy conocidos. Recuerdo a Viktor Ullmann, sobre todo porque Viktor y Friedl eran casi inseparables. Se habían conocido antes de venir a Terezín.

Viktor trabajaba sin descanso en su obra, siempre estaba ocupado escribiendo notas o creando una música imaginaria que solo él podía escuchar. Quería dejarle al mundo la mejor composición que jamás se hubiera tocado y no descansaba. Componer era su terapia, la única que había encontrado para sobrevivir en el gueto, al menos eso decía él, y Friedl estaba de acuerdo.

Viktor componía, componía, y lo hacía sin descanso, como nosotros

los niños, que pintábamos o creábamos poesía bajo las palabras y el entusiasmo continuo de Friedl.

Yo veía todo lo que hacíamos como una gran pérdida de tiempo y nadie conseguía convencerme de lo contrario. Nuestras creaciones ocupaban nuestras horas, los minutos, el espacio, pero nunca servirían para nada útil, salvo para alimentar el fuego. Algo pasajero.

Las partituras de Viktor tampoco verían la luz. Y todo se perdería con los años y el peso de la historia.

Viktor también lo creía y, sin embargo, no cesaba en el intento de conseguir una ópera prima. «Mi gran obra maestra...», disertaba cuando rechazaba el alimento con las manos llenas de tinta y las uñas negras, «...está por encima del hambre y de la miseria en la que vivimos, está por encima del bien o del mal. Yo solo necesito notas, ellas son mi alimento».

Viktor tenía ese aire de genio excéntrico que tanto le gustaba a papá ver en sus alumnos. Y cuando estaba con él, pensaba en papá, y recordaba las partituras que guardaba celosamente en mi pequeña maleta. Aquellas que le compró a mamá y también las que compuso solo para mí. Nunca se las había enseñado a nadie; no quería que desaparecieran, tampoco que fueran tocadas por ninguna otra mano. Desconfiaba de todo el mundo; bueno, de todos no. Arabella me gustaba. Friedl también.

A papá, el ambiente bohemio que se había formado en el gueto le hubiese apasionado. Lo sé, lástima que se lo llevaran tan pronto.

Papá era pianista y formaba parte de la Orquesta Filarmónica de Praga. También impartía clases particulares en casa a jóvenes promesas de la música en nuestro gran piano de cola larga del salón.

Nuestra casa sonaba siempre a piano, a notas musicales, a do, re, mi, fa, sol, la, si, do, a repeticiones, a Mozart, a Beethoven, a Vivaldi y a tantos otros grandes compositores de la música clásica.

A veces, las canciones más apagadas sonaban a él. Solo a papá. Porque cuando componía alguna obra suya, ponía la sordina. Y mientras nacía entre sus dedos y la perfeccionaba, se negaba a escucharla en alto. Papá decía que solo los grandes talentos, los grandes compositores, tenían derecho a molestar.

Sin embargo, sus jóvenes alumnos, desconocedores de que algunas de sus piezas las componía él mismo, las tocaban con pasión y entonces, solo entonces, papá estaba en todas partes, en la cocina, en el salón, en los dormitorios, en la escalera, llegaba hasta la calle. La música era su lenguaje.

También el nuestro.

Por eso yo participaba en la ópera de Brudibár, por su espíritu. Cuando cantaba en el escenario, pensaba en él, solo en él, en papá, y albergaba, por unos momentos, la esperanza de volver a verle, el deseo de que la muerte no le hubiera alcanzado.

El momento más amargo llegaba al final de la semana, durante el ensayo dominical. La mayor parte de nuestro coro y, en ocasiones, los solistas protagonistas, desaparecían sin dejar rastro. Todos sabíamos quién era el culpable. El gran dragón negro siempre tenía mucho apetito. Y cuando el gran dragón negro tenía hambre, le daba igual comerse a hombres, mujeres, ancianos o niños; le daba igual que tocásemos en el coro o que fuésemos los protagonistas principales de una obra importante; le daba igual que llorásemos de pena o que nos quedásemos solos; que fuéramos rubios, morenos, flacos, listos, tontos, pequeños o grandes, amigos o enemigos; que fuéramos artistas, genios, locos o escribiésemos bellos poemas. Todo le daba igual al dragón negro, ¡todo!, porque solo tenía una obsesión, ¡devorar judíos!

Por fortuna, durante la semana, llegaban más niños y todo volvía a comenzar.

Renovarse en Terezín formaba parte de nuestra tétrica y diaria rutina.

Los mayores creaban obras de teatro, conciertos y recitales de poesía; también se reunían para orar y preparar a los niños para el bar mitzvah. Les enseñaban cantos religiosos en hebreo. Cualquier patio, rincón o desván sucio o maloliente valía con tal de hacernos olvidar a los más pequeños, por unos instantes, dónde estábamos.

Me gustaba cuando los mayores y los pequeños nos reuníamos y formábamos un coro de ángeles junto a Hans. Me hacía olvidar, por unos instantes, la visión del tren que llegaba de Praga. También la visión del tren que se alejaba hacia ese lugar desconocido y frío.

Las deportaciones masivas formaban parte de mi terapia semanal para hacerme más fuerte.

El gran dragón negro parecía tener alas y las semanas volaban entre sus trayectos. Su visión me acongojaba cada día más, lo veía en todas partes y no me dejaba descansar; lo tenía dentro, en mi retina, en mi cabeza, en mis pesadillas nocturnas. Me angustiaba.

Las literas, de pronto vacías, me hacían gemir de pena y el silencio en los barracones se me hacía insoportable, ensordecedor, una tortura que por

fortuna duraba poco. Enseguida llegaban nuevos niños y mayores que llenaban con su llanto y sus quejas el lugar. Era mejor escuchar los lamentos que el silencio.

Cuando llegaban los momentos de niebla y el vapor del tren inundaba las vías, nuestros corazones se llenaban de un odio tan espeso que se podía hasta tocar. Y era en aquellos momentos de sentimientos extremos y duros, cuando Friedl nos hacía crear con mayor insistencia. Decía que le gustaba sacarnos toda la oscuridad, que el sufrimiento arrastraba mucha pasión y que la pasión recubría nuestros poemas y pinturas de una pátina de verdad incontenible. De pronto, arrancábamos un poema con versos desesperados, o pintábamos dibujos que mostraban grandes trazos aguados de desaliento. Friedl adoraba aquellas creaciones, decía que eran las más hermosas que había visto nunca y las atesoraba en una carpeta de color verde, todas, cada una de ellas, con sus nombres, con sus fechas, con su negrura.

Puede que Friedl tuviera razón, puede que nuestros dibujos y las palabras fueran el reflejo mudo del encierro de Terezín, el testimonio vivo que quizá, con algo de suerte, íbamos a poder dejarle al mundo.

Pero, ¿y si no conseguíamos sobrevivir nosotros?, ¿cómo lo harían nuestros dibujos?

En realidad, a mí no me gustaba pintar y menos cuando estaba afligida, algo que me sucedía muy a menudo. Prefería reflejar en cada trazo el pasado, la vida cuando todavía era mía, la tranquilidad de mi hogar, la música de papá al piano. A veces soñaba, deseaba, pintaba una huida ficticia, mi vuelta a Praga, el reencuentro con mi familia. Pero esos dibujos me producían una melancolía enfermiza, infinita, porque sentía que no me pertenecían ya. Lo que tenía, ¿acaso se podía llamar vida?

Terezín era una cárcel, una fortaleza en forma de estrella.

¡Ironías del destino!

En mis noches de desvelo en Praga, miraba las estrellas desde la ventana de mi habitación, las contaba, buscaba sus constelaciones, las unía con el dedo mientras guiñaba un solo ojo. Ahora las odiaba, a todas ellas, a las del cielo, a las de mi ropa, a las que tenían forma de cárceles; odiaba el firmamento que me cobijaba y que permitía que nos sucediera todo aquello; odiaba al sol, a las nubes y al viento porque eran libres mientras yo permanecía encerrada en aquella gran esfera negra.

Odiaba también las literas de tres o cuatro pisos de los barracones, y eso que siempre había querido tener una litera en mi habitación, como la de

Dorit; odiaba los barracones, odiaba los trenes, y al gran dragón negro sobre todo porque echaba mucho humo y con el humo se evaporaban mis esperanzas.

Sin embargo, recordaba bien cómo me gustaba ver llegar a los trenes en la estación de Praga; era un espectáculo del cual disfrutábamos poco, solo en contadas ocasiones, cuando íbamos a recoger a algún amigo de papá, siempre músicos, o a la tía Anna, la hermana de mamá, que vivía en París. Esconderme y desaparecer entre la niebla que formaba el vapor en el andén era divertido; ahora lo detestaba, era un juego macabro y el gran dragón negro tenía la culpa de todo; ya no podía mirarlo, ni de lejos, ni de cerca, ni tampoco a ellos, a la gente, a los que llegaban, ni a los otros, a los que partían, las caras tristes, las maletas por el suelo, las ropas raídas y deshilachadas, los empujones, las filas largas, eternas, para todo, hasta para un mendrugo de pan y algo de sopa sucia, ¡algo, poco, nada!; las áreas de tortura de esta prisión me producían espanto, eran el escenario de una muerte previa y anunciada; los muros altos y el gran foso me recordaban todos los días que no podía salir de allí, eran mi propia jaula, como la que nosotros teníamos en Praga.

Dentro estaba Pi.

Nuestro pajarito Pi tenía el plumaje de color marrón y la cola rojiza. Sus alas estaban redondeadas por el extremo y moteadas con unas preciosas manchitas amarillas que se abrían y cerraban continuamente, aunque nunca supe por qué. Ahora que estoy encerrada, pienso que quizá nos pedía poder volar, quizá quería ser libre. Pi era un pequeño ruiseñor, pero nunca cantaba, salvo en las noches de luna llena. Era muy extraño escuchar su canto, apenado y melancólico.

Pensaba mucho en Pi, sobre todo desde que estaba encerrada en Terezín. ¿Qué habría sido de él?, ¿lo tendría la portera? En el momento de la deportación, ninguno se acordó del pajarito, porque lo teníamos en el balcón; y se quedó allí, solo. ¿Se habría muerto en su jaula?, ¿lo habría encontrado Josef al volver?... ¡Josef!, ¡Josef!, ¿conseguiría volver a buscarle?, ¿seguiría con vida?

Y me repetía a mi misma, como si cantase el pegadizo estribillo de una canción de amor:

«¡Te encontraré!, ¡juro que lo haré, Josef!, ¡si estás vivo!, ¡si sobrevivo!, ¡aunque sea lo último que haga!, ¡lo juro!, ¡te encontraré!

Diario de una escalera

*En Terezín, mientras algunos niños pintan el cielo de azul,
la muerte juega a la gallinita ciega con los demás.
Se los llevan por el camino, se los llevan...*

¿No regresarán más?

*En Terezín, mientras los niños pintan de verde un jardín imaginario,
y sueñan con ver el mar,
otros, los más tristes,
sueñan dentro de un tren para ganado,
sueñan con un «quizá»,
o con una sola palabra: ¿Volverán?
Clara Fuertes*

En la arcada de la entrada a Terezín hay escrito un estúpido mensaje.
Dice así:

«Arbeit Macht Frei»

Significa, «El trabajo libera».

¿Trabajo?, ¿qué trabajo?, ¿libera?, ¿acaso aquí hay alguien libre?

Terezín es una pesadilla huesuda; es el reflejo de la transparente piel del hambre, es el desconcierto diario de mi pueblo, es una ciudad regalada por los nazis para tenernos controlados, para robarnos todo lo que tenemos, todo lo que somos; es un gueto inmundo gobernado por un Consejo Judío que no manda nada.

Terezín es un balneario de almas atormentadas.

¡Cuánta hipocresía alberga este lugar!

¡Trabajo!, ¡trabajo!, nos dicen.

¿Con qué medios?, ¿con qué manos?, ¿con qué fuerzas?

Los niños compartimos los escasos lapiceros y acuarelas que tenemos; pintamos en cartones o en papel para envolver; a veces, Arabella nos consigue formularios o papel normal. Friedl es única y trabaja con nosotros sin descanso. Nos quiere y con cada palabra suya recuperamos un pedacito de algo que creíamos haber perdido, la ilusión.

Ella dice que la infancia tiene un poder mágico y un maravilloso mundo interior y nos insiste, una y otra vez, en que expresemos lo que sentimos. Cualquier cosa. Todo vale. A mí me gustaría poder hacerlo, pero lo cierto es que me cuesta canalizar mis emociones; y sobre todo, comprender el

entorno en el que nos ha tocado vivir.

Friedl es la mejor. Yo la adoro. A Arabella también, y a Hans.

Todos ellos consiguen que nuestros días sean más llevaderos. Hacen, de lo imposible, un mundo mejor.

Unos días atrás, Friedl nos pidió que dibujásemos lo que quisiéramos, el tema era libre. Yo pinté una escalera.

La subía y la bajaba sin descanso con los dedos, con la imaginación.

Me gustaba perderme en su altura y descender rápido trotando como un caballo.

En lo más alto del dibujo coloreé unas nubes; desde allí se podía ver Praga, y mi casa, a través de unas suaves colinas azuladas.

Me imaginé caminando con el cabello suelto, largo, como lo tenía antes, alborotado por el viento y rodeada de mariposas blancas.

En cada peldaño de mi escalera imaginaria fui dibujando rostros; algunos, la mayoría, tristes, otros alegres. Quise reflejar a mi gente, a los judíos de Terezín.

Mi nueva gran familia de desheredados.

A ambos lados de la escalera intenté perfilar varios álamos, pero sus troncos se torcieron, convirtiéndose en cuerpos deformes, esqueléticos y rapados. Las hojas simulaban un otoño tardío que al caer formaba un manto de estrellas amarillas. Era siniestro, sí, y al mismo tiempo sublime, absurdo, surrealista. Como todo lo que sucedía en Terezín.

A Friedl le encantó y me hizo firmarlo por detrás, ponerle una fecha, un lugar y mi edad; después, lo colgó en la pared del barracón con un destello de orgullo en su mirada.

Otro día pinté una cueva muy profunda en forma de estrella. Quería reflejar un sueño que se me repetía cada noche. De nuevo, aparecía una escalera por la que descendía hacia las profundidades de la tierra; escapaba de este lugar por sus túneles, respirando por cada poro, durmiendo en las madrigueras, junto a animales nocturnos. Ellos me daban menos miedo que los soldados alemanes. La oscuridad era mi aliada y mientras todo estaba negro y avanzaba hacia la salida, se sucedían diferentes escenas de mi vida en Praga. Con papá, con mamá, con Josef y Ruth, con Dorit. Era la única manera que tenía de atraerles a mi lado, de acercarlos, de ahondar en mi soledad, de poder recordarles.

Friedl me dijo que la escalera podía ser, para mí, un símbolo, el vínculo que me mantenía cuerda y me unía a los míos en la distancia; una

forma de huir de la realidad, de penetrar en un espacio burbuja para mantenerme con vida, para poder resistir a Terezín.

Entonces, pensé en mi casa; pensé en su escalera al final del rellano, en la cantidad de veces que la subía y la bajaba al día, en la seguridad que sentía cuando se abría la puerta. Dentro, siempre había una cara conocida; mamá y papá se turnaban para acariciarme el rostro nada más entrar.

Pensé en Ruth y en nuestras noches tumbadas en la misma cama, acurrucadas y muy juntas; la vi leyéndome de nuevo; ese era nuestro gran secreto, las lecturas de mayores, las prohibidas. Ruth las cogía de la tienda de mamá a escondidas y las traía a casa. Y me leía en voz alta, aunque susurrándome las palabras al oído, algunos fragmentos. A través de ella, yo adoraba leer. Sola, nunca lo hacía.

De pronto, recordé mi viejo diario y me entraron unas enormes ganas de escribir uno nuevo contando todo lo que ocurría en Terezín. Pensé también en los libros que Ruth dejó sobre la cama de nuestra habitación antes de partir y los añoré, porque ahora me hubieran servido, serían un recuerdo más de ella y de mi madre.

Mamá tenía una pequeña tienda de libros en el centro de Praga que había heredado de sus padres; se ubicaba en una estrecha calle que desembocaba en la gran Plaza Wenceslao. Hasta allí iban muchos escritores solo para verla, charlar de los libros y de las últimas novedades; también hablaban de política. En la entrada había una gran sección de libros que solo prestaba y después le devolvían a cambio de poco dinero; a veces, incluso los intercambiaba por otros volúmenes nuevos o ya usados; lo importante para ella era la idea de la cultura, del saber, de fomentar un ambiente rico y bohemio.

Adoraba la poesía y a los escritores del Romanticismo, sobre todo a Jan Kollár y František Čelakovský. Hablaba continuamente del esfuerzo que había hecho por la literatura checa la figura del escritor Josef Jungmann, quien había traducido durante toda su vida obras clásicas de la literatura mundial y que ella guardaba celosamente en la tienda. Adoraba la nueva generación de poetas, Toman, Neumann, Šrámek, y el estilo vanguardista que introdujeron los hermanos Čapek.

Tenía multitud de libros de ellos y de otros muchos autores. Y una gran escalera de madera para poder alcanzar los que estaban más altos. A mí me encantaba subir y tocar los lomos de los volúmenes como si fuera un gigante, como si fueran las notas de un piano o esconderme detrás del gran

mostrador, también de madera; me embriagaba su perfume a cera de abejas.

En la trastienda, detrás de una gran cortina, mi madre organizaba íntimos encuentros literarios, lectura de poesía y pequeñas narraciones. Colocadas en círculo, había unas pequeñas butacas. Karel Čapek era un asiduo de la librería y un gran amigo de mi madre. Escribía, entre otras cosas, obras cargadas de intención, de política. En «La enfermedad blanca», o «La madre», se podía intuir su gran preocupación ante el resurgimiento y la fuerza que estaban cobrando en Europa los nuevos fascismos. Su prosa anhelaba ensayos, ¿cómo reaccionaría el hombre ante la barbarie que se nos avecinaba? En realidad, su obra fue un semáforo que iluminaba en ámbar, nos estaba avisando, previniendo, pero ninguno supo mirar en la dirección adecuada o creerse lo que iba a suceder tan solo unos años después.

A Ruth le entusiasmaba este autor y a escondidas me leyó un libro suyo que nunca llegué a entender, «La guerra de las salamandras», pura ciencia ficción tan solo en apariencia; en realidad era una auténtica burla, una sátira del nazismo, un peligro claro y real que él no pudo vivir porque murió en el treinta y ocho, antes de que sucediese todo, todo lo malo y después todo lo peor: Terezín, Auschwitz, Treblinka y tantos otros campos de muerte y exterminio.

Mi madre, además de vender literatura, también tenía libros de música y partituras; así fue como se conocieron mis padres.

A través de la partituras.

Adoraba escuchar su historia y ellos no se cansaban de narrarla.

Mi padre iba hasta su tienda a comprar partituras solo para verla, para disfrutar de sus gestos, que después iluminaban su día y sus notas; atesoraba las partituras en un cajón después de tocarlas en el piano; él decía que desprendían su aroma y que en aquel compartimento podía encontrar su esencia, su rostro, la mímica de aquella dulce muchacha que le volvía loco. La amaba sin conocerla y, cuando pensaba en ella, la música del piano le salía sola, danzando entre sus dedos sin proponérselo.

Ella también le amó desde el primer día que le vio entrar y le observaba en silencio; era un muchacho alto y fuerte, de piel morena y ojos profundos; cuando él se acercaba al mostrador, ella le reservaba su mejor sonrisa e intentaba charlar con él, cuatro palabras, lo justo para poder escuchar su voz; le gustaba aquel muchacho con aires de trovador, le gustaba la música que se llevaba debajo del brazo, su mirada tímida, la negrura de su iris.

Mi padre comenzaría a leer gracias a ella o, mejor dicho, comenzaría a leer solo para ella, por ella, para participar de las tertulias literarias, para deslumbrarla con su saber recién estrenado, para estar más cerca y poder contemplarla, para conocerla mejor; leía solo para enamorarla.

La tienda significaba mucho para ambos; se convirtió en su vida entera, en su pasión, en el origen de todo, del amor, del concepto plural del «nosotros», de la familia.

Cuando los alemanes llegaron y pintaron sus cristales con la estrella de David y la palabra «Jude» dentro de ella, mi madre dejó de creer que el mundo estaba poblado de gente cuerda. Después llegaría lo otro, el destrozo, la quema de los libros de autores rusos, judíos, polacos, checos, el saqueo, la vergüenza y la humillación.

A partir de aquel momento, mi madre cambió para siempre.

Expulsada de su propio negocio regentado durante toda una vida y con el dinero congelado en las cuentas por los alemanes, por primera vez comenzamos a tener problemas económicos; subsistíamos tan solo con las lecciones de piano que impartía papá.

Mamá tuvo que vender algunos de nuestros bienes más preciados, muebles tallados, auténticas obras de arte y las joyas que le había dejado su madre, la abuela Gabriela, como herencia al morir. El precio que nos pagaron fue tan ridículo, tan humillante, que solo vino a demostrar una vez más el gran desprecio de lo que éramos, ¡judíos, asquerosos judíos!

Mamá sollozo durante días, pidiéndoles perdón en voz alta a los abuelos, y agradeciéndole al cielo que sus padres estuvieran muertos. Mamá siempre decía que no hubiesen podido soportar la ocupación nazi por nuestras calles, su voz agria, su sed de sangre y sobre todo el penetrante y cortante hielo en sus miradas.

Los alemanes nunca tenían bastante, lo querían todo.

Terezín era la prueba de ello.

Al subir a mi litera, había sentido un cierto vértigo.

«La escalera es un símbolo para ti», me había dicho Friedl.

Bajo un mínimo colchón sucio y raquítico, cuyo interior estaba relleno de cabellos que ya no acolchaban nada, encontré mi maleta de cuero marrón.

Cada día estaba más desgastada. Dentro de ella tenía escondidas mis cosas, pocas, cada día menos, porque muchas de ellas las había ido intercambiando por comida u otros favores.

No me gustaba mirarla y ni mucho menos abrirla. Su visión me dolía. Me recordaba al momento de la partida, a la última noche junto a mamá, al dolor del abandono al despertar y no encontrarla junto a mí. Ruth tampoco estaba por ninguna parte en el barracón. Angustiada, me precipité al exterior a buscarlas.

Todavía puedo ver a mamá en el patio, a lo lejos, junto a Ruth, cogidas de la mano, formadas en una fila de dos. En su rostro se ocultaba un miedo profundo y un mensaje de advertencia: «¡No te acerques, Alena!, ¡no te acerques!, ¡tú aún puedes salvarte!».

Pero yo no obedecí y me lancé a la carrera gritando:

—¡Noooooooo!, ¡mamá, no te vayas!, ¡nooooooooo!, ¡por favor!, ¡mamá!, ¡Ruth!, ¡noooooo!

Hasta alcanzarla, hasta tocarla.

Me agarré a ella y a su fatigado vestido negro y, con gran esfuerzo, le seguí hablando, clamando, implorando:

—¡Mamá!, ¡no te vayas!, ¡Ruth, no me dejéis!, ¡llevadme con vosotras!

Solo nos concedieron un momento, apenas unos segundos. Enseguida apareció aquel soldado de escarcha al que yo tanto temía, que impacientado por la situación me arrastró hasta separarme para siempre de mi madre. Repaso cada día lo que me susurró al oído:

—¡Volverás, Alena, sé que volverás!, y cuando lo hagas, por favor, ¡busca a tu hermano!, ¡prométemelo, Alena!

Y yo asentí entre lágrimas.

—Solo es un viaje en tren Alena —continuó—, solo un viaje, te prometo que volveremos enseguida, ¡te lo prometo!

¿Por qué me mintió mamá?, ¿por qué sus últimas palabras fueron todas un puñado de invenciones y una promesa imposible de cumplir?, ¿por qué no me dijo tan solo, como solía hacerlo por las noches, que yo era una soñadora y que mis sueños podrían salvarlas, salvarme?, ¿por qué no me dijo la verdad?, ¿por qué no me recordó quién era?

Yo hubiese preferido mil veces su silencio, sus lágrimas, su abrazo negro, al recuerdo del engaño.

Aparqué por un instante los recuerdos y me sequé la mirada. Sentía una gran emoción al abrir de nuevo la maleta. Tenía un ligero cosquilleo en las manos, ¿era miedo?, ¿quizá aprensión?

Lo primero que encontré fue la visión de los vestidos que cogimos del

armario Ruth y yo antes de partir aquel aciago día. Los acaricié. ¿Pero dónde nos creíamos que íbamos?, ¿de vacaciones?; me sentía tan ridícula al observarlos, tan estúpida al recordarme.

La mayoría de ellos ya no me cabían, en Terezín me había hecho casi una mujer y tan solo los conservaba por nostalgia, y porque de todas formas, en el gueto, ¿quién iba a querer vestir con ropa bonita, con encajes blancos ahora ya amarillentos?

Terezín era un lugar tan inmundo que solo la indumentaria desgastada y rota tenía algún sentido.

Entre los vestidos encontré, algo escondidas, nuestras trenzas. Hacía meses que no las tocaba, que no las olía. Hasta mí llegó un extraño aroma, una mezcla a casa, a jabón, a cerrado, a humedad, a colonia, a despedida. Rocé su finura y seguí palpando dentro de la maleta hasta que noté algo duro. Me di cuenta de que debía de ser el cuaderno nuevo de hojas blancas. Y al sacarlo, cayeron sobre mi regazo las fotos de Dorit y Josef, las dos juntas, y las partituras de papá, aquellas que le había comprado a mamá en la librería cuando la conocí.

Me quedé absorta mirándolo todo; a Dorit, a Josef, mi Josef, con su cara repleta de pecas y esa sonrisa dulce y desdentada. Acaricié las partituras de papá mientras las ojeaba y comencé a tararear su música. Fue papá quién me enseñó a leer entre pentagramas, a imaginar las melodías, a ponerles imágenes. Entre las partituras, encontré también algo distinto, un documento lleno de palabras que no entendía bien y nunca había visto. Lo miré interesada, ¿qué era?, no recordaba haberlo cogido. Al leerlo, por encima, me di cuenta de que aquellos papeles hablaban de nuestra casa de Praga, ponía nuestra dirección y el nombre completo de mi padre. Me quedé intrigada, pero al oír un rumor que venía desde fuera lo guardé todo precipitadamente. No quería compartir con nadie aquella intimidad que escondía debajo del colchón.

Sin embargo, me quedé pensando en ello todo el día, hasta que vi a Arabella y le pregunté. Ella sonrió y me pidió que se lo enseñase.

Mientras volvía corriendo al barracón, mientras sacaba los papeles de la maleta de nuevo, el rostro de mi madre se me apareció cercano; en sus ojos creí intuir un brillo, ¿desconfianza?, ¿alerta? ¿Mamá me prevenía?

Atemorizada, volví a guardarlo todo con un cierto recelo, pero al hacerlo, me sentí estúpida, ¿por qué dejaba que una visión, que un presentimiento sin fundamento me afectase?; Arabella era buena, me protegía

y yo la quería mucho. Pero, ¿podía realmente confiar en ella?, al fin y al cabo, ella era alemana, trabajaba para ellos, era una de ellos, ¿o no?

Y entonces sentí, de pronto, mucha pena, una pena inmensa, porque supe que, por mucho tiempo que pasase, y aunque sobreviviese a aquella absurda guerra, jamás volvería a confiar en nadie. Ya no.

Friedl me observaba en la distancia, me había visto encaramada en la litera, me había visto coger algo, luego dejarlo, dudar y mientras yo me debatía, ella se fue acercando lentamente hasta mí.

—¿Qué te ocurre, Alena? —me preguntó—, te veo preocupada. ¿Quieres hablar de ello?

—¡Oh Friedl!, ¡estoy hecha un lío!, he encontrado un documento en la maleta que traje de Praga que no sabía que existía. Le he dado muchas vueltas y creo que me lo dejó mamá antes de partir. He ido a ver a Arabella esta tarde y le he preguntado si sabía qué podía significar y me ha dicho que se lo llevase para decirme qué era exactamente. Pero entonces, he dudado Friedl, porque he tenido un mal augurio, ¿sabes?, he visto a mamá, y sus ojos brillaban mucho, y me han dado miedo. Creo que estaba previniéndome, y por eso los he vuelto a guardar. ¡Y ahora, ahora me siento muy mal, porque Arabella es buena, nos quiere...!

—¡Déjame verlos Alena! —me dijo Friedl—, y sus palabras sonaron de pronto muy serias. Casi imperativas.

Saqué los papeles de nuevo y se los mostré. Friedl asentía mientras leía.

—Tienes mucha suerte, Alena, tus padres tuvieron la precaución de llevarse consigo y esconder en tu maleta, durante la deportación, la escritura de la casa. Fueron listos.

—¿La escritura?, y eso, ¿qué significa? —le pregunté.

—Que el día de mañana, cuando esta maldita guerra termine y si conseguimos volver vivos a nuestro hogar, tú podrás reclamar lo que es tuyo de forma legítima, porque ten por seguro que te lo habrán arrebatado. Alena, ¿no te das cuenta?, significa mucho más de lo que crees, ¡podrás recuperar tu vida, tu casa! —me abrazó emocionada—. ¡Guarda bien este papel, porque es un tesoro, Alena, y sobre todo, no se lo muestres a nadie!, y si es posible, escóndelo todavía mejor. Siento decirte estas palabras, pero yo tampoco me fiaría de Arabella, es una buena mujer, es verdad Alena, y nos cuida, pero no debemos olvidar que es una de ellos y, si algo nos sucediera, ella no movería un dedo por ayudarnos, ¡tiene demasiado miedo!, lo leo en sus ojos. Aunque,

si te soy sincera —dijo con aire ausente—, no la culpo, ¿no lo tenemos todos?

—Pero Friedl —le pregunté—, ¿de verdad crees que mi casa habrá sido ocupada?, ¡yo creí que solamente estaría cerrada!

—No lo dudes pequeña, los alemanes se lo han quedado todo, nuestros negocios, nuestro dinero, nuestras casas, nuestras vidas, pero no se conforman, todavía quieren más.

—¿Y qué más quieren, Friedl? —pregunté inquieta, intuyendo la respuesta.

—¡Nuestra muerte, Alena! eso es lo que quieren, hacernos desaparecer a todos.

—Friedl —le pregunté mientras miraba una fotografía, ¿piensas que mi hermano pequeño Josef habrá conseguido sobrevivir solo en Praga?

—No lo sé preciosa, ¡eso espero!, ¡eso desearía!, ¡por ti!, ¡y por él! ¡A ver, déjame ver!, ¡pero qué guapo es tu hermano! —me dijo guiñándome un ojo—. Si lo ha hecho, ya sabes, sobrevivir, no creo que haya sido nada fácil para él. Praga está tomada por los alemanes —dijo—, en Praga ya no queda libertad, —concluyó en un murmullo, alejándose con tristeza y dejándome una angustia indescriptible.

Si en Terezín hay algo que todavía no han conseguido prohibirnos es recordar. Recordarles. Continuar amando. Tener esperanza. Quizá soñar.

Por eso, pese al propio gueto, al encierro, a los piojos, al hambre que muerde, a la miseria, al miedo y a esta profunda y ancha soledad en la que vivimos, los niños conseguimos cada día algo increíble, permanecer unidos.

Nos ayudaban los dibujos, los versos y algo de confianza compartida.

Mi hermana Ruth se hubiera reído de mis poemas pero, al menos, lo intentaba por Friedl. Escribir versos, desde luego, no era lo mío y nunca habría querido imitarla; los poemas de Ruth eran soñadores, reflejaban el amor, la dicha de otra época, la amistad, la familia, la vida, ¡vida!, ¡quién podría escribir aquí un solo verso alegre sobre la vida!

Aislados del mundo, entrando y saliendo, intentábamos mantener algo parecido a esa vida, la que teníamos antes de llegar a Terezín. Una quimera que funcionaba y nos autoengañaba bajo dos importantes lemas que procurábamos no olvidar nunca:

«Para salvarse, hay que mantenerse alejado de los alemanes, hay que pasar desapercibidos» y, sobre todo, la más importante, «permanecer siempre unidos».

En Terezín era fundamental no hacerse notar. Si lo hacías, era muy probable que en el próximo tren hubiera una plaza especial reservada para ti.
El dragón negro siempre tenía un hambre voraz.

El gran dragón negro es un tirano

*El pobrecillo está allí parado en vano,
En vano se esfuerza su voz.
Acaso morirá.
Viendo esto,
¿llegarás a saber cuánta belleza hay en el mundo?
ZNENEK OHRESTEIN (10.1.1929).
Sobrevivió*

Cuando las puertas de los trenes se abren y se hace la luz para los judíos que vienen deportados, veo descender a los primeros judíos, los más valientes; el resto, se queda esperando, indecisos, desubicados. Sus rostros demuestran todo el miedo acumulado durante kilómetros y sus cuerpos se mueven bajo el compás de la supervivencia.

Las madres esconden a sus hijos bajo sus brazos, protegiéndoles, como lo harían las gallinas con sus polluelos bajo sus alas; los padres van delante, intentando dar la cara y ofreciendo su pecho hundido, afligido por la pena y un hambre voraz que llevan largos meses soportando.

Pero lo que ninguno de ellos sabe todavía, porque nadie se lo ha contado, es que Terezín tan solo es un lugar de tránsito, una vivienda provisional hacia la... ¿muerte?

Puede, ¡quizá!

De momento, es la antesala del infierno, la separación irreversible con la realidad. Una escala más a sumar a las cientos de humillaciones ya sufridas: la estrella amarilla cosida sobre la ropa, a la vista de todos, la falta de trabajo, el desconcierto, la expulsión del colegio, el repudio público, el escarnio, el terror, las despedidas, la pena, el hacinamiento, el hambre...

¿Y Praga?, ¿dónde está Praga?, ya nadie lo sabe, ¿está al sur?, ¿al norte?, ¿al este o al oeste?

La gran maquinaria nazi trabaja a contrarreloj para que olvidemos, para desorientarnos, para que nos arrinconen los que todavía no lo han hecho ya.

Y cada día llega más gente, y no entiendo por qué. ¿De dónde sale

tanta gente?, ¿es que quieren borrarlos a todos los judíos del mapa? ¿Escondernos? ¿Acaso afeamos el paisaje de las ciudades?, ¿las ensuciamos? Pero, ¿qué les hemos hecho?

Desde la enfermería veo cómo obligan a moverse a los recién llegados.

Los empujan, los zarandean.

En cada parada se vislumbra el padecimiento de mi pueblo, los gestos de impotencia, de no saber qué va a ocurrirles cinco minutos después.

Tampoco yo lo sé. Ni siquiera lo sabe Arabella, que es alemana.

El desconocimiento es lo peor. Es una pesadilla.

Pronto descubrirán, como me ocurrió a mí, que esto no es tan malo como parece, porque tenemos a Friedl, a Hans y a Arabella; pronto se darán cuenta de que lo principal para resistir es, ¡no volver al tren!

El gran dragón negro es un tirano.

De pronto, entran sin llamar en la enfermería dos soldados. Conversan en voz muy alta. La puerta da un fuerte golpe en la pared, desconchándola. El pomo se queda pintado de blanco.

—¡Perdón!— escucho decir en alemán.

Me sobresalto y desde mi rincón intento hacerme pequeña, escondiéndome detrás de una gran cortina blanca.

La canción de mi madre, que tarareaba apenas unos segundos antes, se queda suspendida a mitad, interrumpida en mi cabeza, danzando silenciosa con todas sus notas.

Me dan miedo los soldados, mucho miedo.

Desde que llegaron a Praga, desde que irrumpieron con violencia en nuestra casa rompiéndolo todo, desde que me partieron en dos mitades con una patada en el estómago, desde entonces, el miedo me anula.

Pero sale a su encuentro Arabella veloz, y les corta el paso; ellos le saludan con el brazo en alto; ella, sin embargo, les responde con los brazos caídos y con gestos de censura, con una seriedad impostada que todos en el gueto ya conocen y respetan.

La arrogancia de Arabella no tiene límites y a veces me preocupa. Pero ella dice que no tiene nada que perder.

Es cierto, Arabella es alemana, una alemana de las de verdad, si es que eso significa algo.

Los soldados retroceden indecisos, quizá también algo intimidados,

hasta la puerta. Vuelven a disculparse de nuevo.

Llevo meses observando a los soldados y me he dado cuenta de que detrás de esos uniformes y sin el fusil son como los demás hombres y muchachos de Terezín; ríen fuerte, fuman compulsivamente, leen, sobre todo las cartas que les llegan y atesoran en la guerrera o en los bolsillos de sus pantalones; algunos miran a las mujeres con disimulo, otros con osadía, sobre todo a las que acaban de descender del tren. Les gustan. Son bonitas. Ellas aún no se han marchitado, conservan su cabello largo recogido, su altivez intacta, su rostro maquillado —quizá algo ajado por el viaje—, una estela a rosas que evoca la primavera, la libertad. Sus ropas todavía desprenden el aroma de la lavanda.

Sí, a los soldados les gustan. Lucen hermosas, aunque sean asquerosas judías.

Después, después llegarán las ronchas, los dientes negros, la miseria, las cabezas sin pelo, rapadas, los cuerpos sin formas metidos en atuendos demasiado grandes, demasiado holgados, la mugre, el número tatuado, la estrella amarilla, la nada.

Cuando se produce la transformación y la pobreza corroe los cuerpos, los soldados dejan de mirarlas.

Es mejor así, la humillación se hace menos dolorosa.

Repudiando nuestro aspecto somos intocables y así, al menos, sucias podemos seguir respirando.

Algunos soldados, pocos, sienten lástima por nosotros, lo noto, sobre todo por los niños. Hacen como que no se dan cuenta cuando jugamos en lugares prohibidos, o nos guiñan un ojo al pasar.

Yo les odio, a ellos más que a los demás, porque son ellos quienes permiten que exista la crueldad y miran hacia otro lado cuando sucede algo grave en el campo de Terezín.

Sí, los odio. Los odiaré siempre.

Ellos permitieron que mamá cogiese el tren, y Ruth, y papá; permitieron que la abuela se muriese de pena y el abuelo se apagase como una vela en el patio. Ellos dejaron solo a mi hermano pequeño por las calles de Praga y también a mí en este perverso lugar donde todos enferman o cogen el tren, el gran dragón negro.

Les odio, quiero hacerlo, y me odio a mí misma por querer odiarles. Y me pregunto, ¿cómo se puede odiar tanto, tan profundo, tan adentro?

Mamá siempre me lo prohibía; el verbo odiar estaba completamente

vedado en nuestro hogar. ¿Por qué, mamá? le preguntaba yo, y después añadía: ¡odiar es un sentimiento tan natural como amar, como respirar!

Y ella me lo negaba y me mandaba callar. Pero ahora mamá ya no está, y yo no quiero prescindir de este verbo nunca más, ya no.

Pienso mucho en ello, cada día más, sobre todo de madrugada, porque en Terezín no se puede dormir; las pulgas saltan sobre los cuerpos, y los piojos corretean por tu piel, te comen viva. Los ronquidos, los suspiros, el calor y el frío al mismo tiempo, el picor, los llantos, ¿sería nuestra gente capaz de causar tanto dolor a otros semejantes?, ¿estaría justificado?, ¿en nombre de qué religión?, ¿existen razas superiores?, ¿sangres distintas?, ¿más puras, mejores?, ¿en qué nos diferenciamos?

¿Tiene todo este horror algún sentido?

Infierno en la piel

*Quisiera ir a solas,
adonde la gente sea mejor,
hacia algún lugar desconocido,
allí, donde nadie mate.
Acaso muchos de nosotros,
puede que miles,
alcancemos esta meta
antes de que sea tarde.*
ALENA SYNKOVÁ, (24.9.1926).
Sobrevivió.

Los soldados han ocupado la zona de curas de la enfermería. Uno de ellos se ha dislocado el hombro y tiene sangre en la cara. Arabella le atiende cabizbaja y con el ceño fruncido. Sé que está preocupada.

Primero le limpia y, al hacerlo, se da cuenta de que no está herido. La sangre no es del soldado, pero prefiere callar. ¿Serviría de algo preguntar?

Arabella es lista. Además, ¿qué más da ya!; si no le han traído a nadie más a la enfermería es porque probablemente ya esté muerto. Uno más. Uno menos.

Con ese poder juegan ellos.

No obstante, no le hace falta saber, ni a Arabella, ni a mí; los soldados comentan lo que ha ocurrido en voz alta.

—¡Estúpidos judíos! —dice el que está herido, —¡qué pena que no quepan todos en el tren, porque ya tengo ganas de que esto se acabe de una vez! Cuando estén en Auschwitz sabrán lo que es verdaderamente aullar de dolor. ¡Siempre me tocan los más necios a mí!

—Creo que le has destrozado el estómago a culatazos —dice su acompañante riendo sin ganas—. Vomitaba sangre.

—Mejor, así uno menos que debemos meter al tren. Deberíamos matarlos a todos aquí mismo, ¿por qué ese empeño de mandarles tan lejos?

—¡Trabajos forzados! —aclara el más mayor—. Tan solo están vivos cuatro o cinco meses. No aguantan mucho más y, además, tampoco caben allí. Cada día llegan más, centenares, miles; los hornos no dan abasto para quemarles. Los caminos se han teñido de gris.

—¿De gris? —pregunta sin entender el otro soldado.

—Por las cenizas. Las esparcen por los caminos, porque tienen montañas de ellas.

Veo como Arabella da un respingo mientras intenta enderezar el hombro del soldado. Está tensa. Me mira; ella sabe que estoy bien escondida detrás de la cortina blanca. Lo que no sabe Arabella es que, durante los últimos meses, con la ayuda de Friedl, he acabado comprendiendo bastante bien el alemán y aunque no acierto a entender todas las palabras, sí puedo intuir el contexto general de la conversación.

Y las palabras de los soldados me sobrecogen.

Ahogo el llanto y pienso en papá, en mamá, en Ruth; ¿ha dicho cuatro o cinco meses?; ese tiempo ya ha pasado hace mucho. ¿Quiere decir que estarán muertos?, ¿muertos?, ¿quemados?, ¿esparcidos por algún camino?

No, no puedo creer lo que estoy oyendo; me niego a que me roben lo poco que me queda, la esperanza de volver a verlos, de encontrar a mi hermano Josef vivo, de reencontrarme con Dorit, en casa, por las calles de Praga. Me tapo los oídos y tarareo en silencio, solo para mí, la canción de mamá. Pero, pese a todo, su conversación me llega nítida y continuo escuchándoles.

—¿Qué espectáculo!, ¿y tú has estado allí?

—No, me lo contó mi primo las navidades pasadas. Estaba destinado allí, en el campo de concentración de Auschwitz; lo de Treblinka fue, según él, en comparación con lo que ocurre en Auschwitz, una bendición, casi el paraíso. Dicen que allí todo estaba preparado para aniquilarles. Una gran fábrica de la muerte. Los trenes llegaban cargados de judíos, hasta sesenta vagones en cada viaje. Y lo sorprendente es que no llegaba uno al día, sino tres. Y lo más divertido, es que los muy estúpidos pensaban que se iban de vacaciones.

—¿Has dicho llegaban?, ¿y qué ha ocurrido?, ¡palabra que es la primera vez que he oído hablar de ese campo de concentración!

—No lo has oído porque debe permanecer en el más absoluto secreto y porque no era un campo de concentración, sino de exterminio masivo. Los traían desde todas partes, judíos polacos, checos, alemanes, gitanos, y lo hicieron durante trece meses, hasta agosto del cuarenta y tres. Después, unas cuantas ratas judías se sublevaron y prendieron fuego al campo, escapando por el bosque. Desde entonces ha permanecido cerrado. Dicen que los presos que lograron huir narraron el infierno de lo que allí habían vivido y ahora la Comunidad Internacional está detrás de nosotros. Además del Ejército Rojo.

Se ha intentado eliminar cualquier prueba de su existencia, pero creo que ha sido imposible. La gente habla demasiado, son todos unos bastardos.

—Menos mal que no me mandaron allí destinado, no sé si lo hubiese soportado.

—¡Eres un flojo! —le dice un soldado al otro, sonriendo.

Y su risa es contagiosa.

Arabella acaba de vendar el hombro y el brazo del soldado y ellos le agradecen sus cuidados, y por primera vez, parece que se fijan en ella de verdad, viéndola.

—Ni una palabra de lo que has escuchado —le dicen—, amenazándola con el dedo subido cerca de la cara.

Arabella asiente seria, sin pronunciar palabra, avergonzada de su propio miedo, o quizá de las barbaridades que está siendo capaz de cometer el pueblo alemán.

Pero yo sé que no todos los alemanes son malvados, Arabella es la prueba de ello.

Cuando los soldados se marchan, siento cómo ella se va aproximando al rincón donde siempre me escondo; escucho sus pasos tímidos cada vez más cerca, los noto dudar. Imagino que piensa qué va a decirme, cómo podrá consolarme si estoy llorando; y entonces, escucho un batir de alas y siento el aire que me llega hasta la cara; es ella, Arabella que descorre la cortina blanca y me encuentra allí, acurrucada, llorando. Y ella me abraza, tan fuerte que me duele.

Soy testigo de las palabras, de los silencios, de la tierra que clama justicia, de los condenados inocentes, de los crímenes, de lo inútil de los sermones piadosos de mi gente, de la confianza que guardan celosamente cuando pronuncian su célebre y manida frase, «todo acabará pronto»; soy testigo de su vanidad, de los miles de condenados a muerte, de la indolencia de todo un pueblo que se alimenta de rezar, de pedir a su Dios que esto pase pronto; y soy testigo, de la enorme fe que nos mueve, de aquella dignidad pronunciada en tres sílabas bien marcadas que tanto ensalzaba mamá.

También soy testigo de nuestra mala suerte.

Arabella me sigue abrazando y yo continúo llorando, mucho tiempo, todo el que ella me deja.

—Papá quería marcharse, lo quiso desde el principio. Quería empezar de nuevo, alejarse de la locura en la que se estaba convirtiendo Praga. Decía

que él podía enseñar música en cualquier lugar del mundo, que solo necesitaba un instrumento. Hablaba de llevarnos a Palestina o a los Estados Unidos, pero mamá no le escuchaba y se enfadaba mucho cuando tocaba el tema. Se movía inquieta dando vueltas por la casa argumentando que no teníamos visados ni dinero para poder costearnos un viaje tan largo. Que éramos muchos. Y que Praga era nuestra ciudad y que en ella se encontraban nuestras raíces. Y sin raíces, afirmaba, ¿qué seremos?, ¿nómadas?, ¿bestias?

Mamá se molestaba cuando idealizábamos la vida en algún otro país. Para ella ninguno sería lo suficientemente bueno. Estaba orgullosa de ser checa. Estaba orgullosa de ser judía.

Después de lo que sucedió con la tienda, para mamá comenzó a ser un auténtico suplicio salir de casa. Cuando sus libros fueron quemados y su escaparate pintado y destrozado, algo se le rompió por dentro y lloraba sin parar. A menudo se hundía en los brazos de papá, que la cobijaba con dulzura como si fuese una niña pequeña.

—No llores —le decía—, no llores que no iremos a ningún sitio si tú no quieres.

—Los judíos estamos en peligro en todas partes, ¿no te das cuenta?, ¡ya no nos queda nada! —le insistía terca mamá—, ¡nada salvo nuestro hogar!

—Te equivocas —le intentaba animar papá—, nos queda lo fundamental para luchar, nuestra vida. He oído que en Chile y Cuba también acogen a los judíos pagando un visado, ¿y allí te gustaría ir, mi amor? —le suplicaba con la mirada—, ¡yo desearía tanto vivir en otro lugar!, ¡llevarnos a nuestros hijos lejos, ponerlos a salvo de esta aterradora guerra sin sentido!

Y mamá le miraba con tanto amor que le bloqueaba.

—Si te parece bien, querido —le decía—, ya lo pensaremos mañana. Es hora de acostarnos.

Y le besaba en los labios. Y con cada uno de aquellos besos, mamá daba por concluida cualquier posibilidad de huida.

Hoy es de nuevo la víspera

*Me paré en la esquina y miré a la ventana,
allí donde el corazón se separa del corazón.
En las camas yacían abatidas las sombras.
Qué terrible coro resonaba en los cuarteles,
y yo, arrastrado por el remolino, cantaba con ellos.*

HANUES HACHENBURG

12.7.1929 10.7.1944

Hoy es de nuevo la víspera, la víspera del tren. Mañana vuelve a salir el gran dragón negro.

Estamos temblando. ¿Quién se irá esta vez?

La noche oscura nos traerá el insomnio, la angustia, la pena, la separación, las manos agarradas, las lágrimas. Cada semana nos despedimos por si acaso. Nos despedimos de todo, y de todos, y no porque le tengamos ningún aprecio a este lugar, sino porque partir significa una grave intuición.

La intuición de una muerte anunciada.

No sabemos dónde nos llevan exactamente, pero desde que escuché a los soldados en la enfermería hablar de esos campos de concentración, sé que no vamos hacia una vida mejor. Y yo me pregunto, ¿es posible ir a peor?

En unas horas lo sabremos, aunque esas horas se hagan eternas.

En vísperas del adiós, como somos incapaces de esperar con los brazos cruzados, hemos creado una especie de liturgia. Nos regalamos nuestras exiguas pertenencias, dejamos cartas escritas, o poemas, dibujos dedicados o fotografías de recuerdo, todo vale con tal de mostrar algo de nosotros, algo que nos permita, al menos, existir en la memoria de alguien, el que se queda en los barracones. Si alguno consiguiera sobrevivir a esta pesadilla, a este lugar, ¡y volver!, ¡volver!, ese sería su legado, nuestras vidas, nuestros recuerdos, nuestra Historia. La de nuestro pueblo.

Es como un gran ritual.

Mientras intercambiamos objetos, fuera se escucha la lluvia caer. Tan solo es un rumor que barre el polvo del camino y la soledad, pero nos habla, nos mantiene en vela, como nuestros estómagos. Suenan a leones. Siempre están hambrientos.

Esta vez, le he regalado a Friedl mi maleta de cuero marrón, la que compartí con Ruth al venir de viaje, para que guarde todos nuestros dibujos y

poemas en su interior. Ella vivirá, lo presiento. Un ser tan especial no puede morir. Dentro he dejado una fotografía mía y en el reverso he escrito algo:

«En este retrato late mi vida entera».

En un hatillo aparte, he guardado todo lo que me quiero llevar a ese otro lugar, al que el tren nos lleva; poca cosa, casi nada, la foto de mi hermano pequeño Josef, la de mi querida amiga Dorit, las partituras y las escrituras de la casa de Praga. También nuestras trenzas. He metido algo de ropa de abrigo, pero casi toda la llevo encima. Los calcetines y las mudas; aunque cada día me quedan menos. Todo está medio roto, deshilachado por el cansancio de esta vida de encierro.

El resto ya no me hace falta. He apilado mis vestidos bonitos y le he dicho a Friedl que se podían usar para las funciones teatrales. Me ha acariciado la cara, sus ojos brillaban, tiene una preciosa mirada color avellana.

—¡Buena idea! —ha dicho contenta—, y lo ha repetido después más bajito, en un susurro—, ¡buena idea, Alena! —pero su tono ya no me ha sonado alegre, ni nítido, sino muy melancólico—. Aunque creo que deberías conservar algún vestido, al menos los de tu hermana Ruth. ¡Nunca se sabe, quizá, dentro de un tiempo, todavía puedan servirte! —ha terminado enigmática.

Después, se ha quedado mirando la maleta, como ausente y la ha acariciado como si fuese la piel de un ser muy querido.

Me hubiese gustado que esa caricia tan suya hubiese sido para mí.

—¡Aquí se conservarán mucho mejor los dibujos, tienes razón!, ¡muchas gracias, Alena!

Yo la he sonreído, aunque en realidad, me hubiese gustado abrazarla fuerte, besarla, acurrucarme cerca de ella, en su regazo, en su cama, como hacía con mamá. Friedl es un poco como ella, como mi madre, pero mantiene ciertas distancias; supongo que no quiere encariñarse demasiado con nosotras, ni tampoco hacer diferencias. Y yo lo entiendo. Todas lo entendemos y lo aceptamos.

Somos sus estrellas fugaces, breves, como el tiempo que nos quede de vida.

Y justo después, ha dicho en voz alta, para que todo el hogar de chicas lo escuchásemos bien:

—Tengo una gran sorpresa que daros. ¡Os va a encantar!

Todas las niñas se han alborotado, sobre todo las más pequeñas, y han

comenzado a insistirle, tirándole del vestido, para que les adelantase alguna información más.

—¡Por favor, Friedl!, dinos algo.

—No, no, no puedo decirlos nada —ha dicho muy seria—. Hoy es día de vísperas. ¿Y recordáis lo que eso significa?

Entonces, nos hemos quedado calladas, sus palabras nos han segado la ilusión y la sonrisa de golpe. Ha sido como si una gran sombra grisácea nos hubiera rozado el hombro.

Quizá ha sido el ángel de la muerte.

Del silencio ha brotado un llanto tímido, consciente, repetitivo, temeroso y Friedl ha comenzado a cantar.

Una plegaria. La he reconocido al instante, Yehí Ratzón Milefaneja.

Mi madre la tarareaba por la casa, sobre todo cuando los alemanes invadieron Praga.

Se nos hizo monótona durante meses.

Intento retener la letra y repetirla para no olvidarla de nuevo. Estoy segura de que a mamá le gustaría que la cantase. Puede que si sigue viva, esta canción nos una en la distancia.

Mientras la escucho, puedo ver a mamá; la veo deslizarse por el pasillo, la veo acercarse hasta mí, cogermela mano. Yo la cobijo entorno a sus dedos, la miro y ella me sonrío...

¡Mamá!

Entonces, una niña pequeña interrumpe la plegaria y mi visión, mi espejismo, se rompe en mil añicos. Mamá se esfuma. Y a mi mano, todavía cerrada, le duele su ausencia.

—¿Qué cantas? —le ha preguntado la niña a Friedl.

Y Friedl le ha respondido con cariño.

—Los Sabios del Talmud cantaban esta breve plegaria, antes y después de la Amidá. Pertenece al santo Rabí Yehuda Hanasí. En cada palabra le pedimos a Dios que nos mantenga alejados del mal. Le pedimos al Señor que nos libre de la enfermedad, del dolor.

—¡Escucha! —le dice.

Y la vuelve a tararear.

«Oh Dios, Dios de mis padres y hermanos, líbranos de la arrogancia y de todos los hombres malos y soberbios. Oh Dios, líbranos de las malas compañías o del mal vecino; de la desventura, la mirada de odio, la lengua perversa, la calumnia, y la difamación; líbrame de la muerte prematura, de la

enfermedad y los juicios injustos».

—Pero, Friedl —insiste la niña y la corta de nuevo—, en este campo nos ocurre todo lo que cantas en la plegaria. En este lugar hay malas personas que nos miran con odio, que nos insultan y maltratan, que después duermen tranquilamente aquí al lado. Friedl, ¿tus plegarias no pueden hacer nada para que se vayan?, ¿para devolverme con mamá?

—Desgraciadamente no, tesoro. Solo podemos tener fe y pensar que, algún día, esto también pasará y tan solo nos parecerá una lejana pesadilla.

¿Pasará?, digo yo en un murmullo bajito, audible solo para mí, ¿pasará?, ¡qué gran mentira!, ¿pasará?, ¿cuándo pasará? ¿Por qué los mayores se empeñan en mentirnos una y otra vez?

Eva, la niña que duerme a mi lado, me aprieta fuerte la mano. Probablemente me ha escuchado.

—Hay que tener fe, Alena. Friedl tiene razón, es lo único que nos queda.

—¿Fe? —le contesto enfadada—, ¿y de qué nos ha servido la fe?, ¿acaso ha evitado que se llevaran a nuestras madres, padres o hermanos?, ¿ha impedido que en las tiendas se nos prohibiera la entrada?, ¿que se pusieran esos odiosos carteles de «no se permite la entrada a judíos y a perros»? ¿no es la fe la que nos ha traído hasta aquí?, ¿no somos repudiados tan solo por ser judíos?, ¿nos salvará la vida la fe?, ¡desde luego que no!, porque la fe no sirve para nada, ni las plegarias, ni las velas encendidas, ni los dibujos, ni los versos, ni nada. ¡Yo no quiero la fe!, ¡te regalo la poca que me queda, si es que alguna vez tuve alguna! —le digo acalorada, casi gritando.

—No me gustan nada tus palabras, Alena —me censura Friedl de pronto, acercándose hasta mi litera—. Aquí todas estamos tan asustadas como tú, pero eso no significa que le faltes el respeto a nuestra historia, a nuestro pueblo, a los miles de personas que ya han partido sacrificándose por nosotros.

Entonces, me he incorporado y por primera vez desde que la conozco, me he enfrentado a ella, le he increpado:

—¿Crees, de verdad crees Friedl, que nuestra gente se ha sacrificado por nosotros?, ¡no estoy de acuerdo! ¡Todos fueron elegidos al azar!, como ocurrirá mañana con nosotras y la semana que viene con otra gente desconocida que llegue a Terezín, hasta que terminen con todos nosotros y dejemos de existir como pueblo. ¿Por qué te empeñas en hacernos creer que no pasará nada, que sobreviviremos a Terezín o al gran dragón negro? ¡No,

no es cierto!, ¡nadie ha vuelto!, ¡nos están aniquilando, borrando del mapa!, pero, ¿es que no lo ves? —le he recriminado dolida.

Friedl me ha hecho bajar de la litera y me ha sacado a empujones del barracón. Y una vez fuera me ha mirado con furia.

—Pero, ¿qué pasa contigo?, ¿qué crees que estás haciendo?, ¿es que no te das cuenta de que hoy es día de vísperas, día de despedidas? Mañana podría suceder que ninguna estuviese aquí. ¡Mañana podría alcanzarnos la muerte a todas! Muchos, la mayoría de los niños, no sobreviven ni siquiera a ese maldito tren de ganado, al dragón negro como tú le llamas. Que el viaje es un infierno, ¿eso quieres que les diga?, ¿la verdad?, ¿te haría sentir mejor?, ¿y a ellas que son pequeñas?, ¿crees que les consolará saber que, durante todo el viaje, que se alarga entre dos y tres días, o quizá más, nadie les dará de beber ni una sola gota de agua?, ¿que la gente llegará a ingerir sus propios orines para poder resistir la sed?, ¿que la muchedumbre viajará peor que si fuese ganado, hacinada, apretada, unos contra otros, de pie, porque no habrá espacio ni para sentarse?, ¿que cuando lleguen a su triste destino, el hedor a carne quemada les ahogará?, ¿qué les desnudarán nada más llegar?, ¿qué les despojarán de cualquier rastro de humanidad?, ¿que la inquietud y la alerta por sobrevivir y pasar inadvertidos convivirán con su imaginario sobre lo que realmente está sucediendo allí?, ¿que los gritos de dolor que escucharán por todo el campo serán torturas o peor, experimentos médicos?, ¿que las duchas a las que les llevarán, serán en realidad cámaras de gas?, ¿que la nube gris que cubre el aire es el humo de las cenizas de los cuerpos quemados?, ¿qué quieres?, ¿que les diga que morirán de hambre?, ¿de pena?, ¿de dolor?, ¿gaseadas?, ¿cuál de todas esas verdades quieres que les diga?, ¿que les matarán por ser viejos, niños, inútiles, mujeres, o tan solo por ser judíos?, ¿realmente piensas que es eso lo que esas niñas asustadas, como tú, quieren oír? Lo que sucede después del tren son campos de exterminio, Alena. Todo lo que allí acontece escapa a nuestro entendimiento. Tan solo necesitarán unos pocos segundos para verlo por sí mismas, para destruir toda una vida de creencias, de esfuerzo o de fe y plegaria. ¿Tú también quieres participar de ello?, ¿les despojamos, como nos hacen ellos, de lo único que no pueden quitarnos?, ¿crees que si alguna de nosotras supiera lo que va a acontecer mañana, o pasado, serían hoy más felices?, ¿jugarían más?, ¿pintarían más?, ¿escribirán poesías más largas?, ¿rezarían con mayor fervor?, ¿dormirían mejor?, ¡dime!, ¡dímelo!, porque realmente no te comprendo, Alena.

Me tiembla la boca, los labios, las manos. Estoy ardiendo. No puedo

sostenerle la mirada a Friedl, me duele su enfado; tampoco puedo responderle porque me avergüenzo de mí misma y de todo lo que he provocado en vísperas.

Sé que mi actitud no conduce a ningún sitio. Y me llevo las manos a los ojos, porque sé que están llorando. Entonces pienso en sus últimas palabras, en las preguntas que me ha formulado que no buscaban respuesta alguna, y me digo, pero, ¿cómo es posible?, ¿cómo sabe Friedl lo que ocurre en el gran dragón negro?, ¿y después?, ¿quién se lo ha contado?

—¡No me ayudas, Alena!, ¡así no! Y tus lágrimas ahora ya no me sirven, ni tampoco me entristecen, ¡esta noche, no! Será mejor que no duermas en el barracón. Pídele a Arabella que te aloje en la enfermería, dile que no te encuentras bien.

Friedl se vuelve hacia la puerta y yo me quedo con el corazón encogido. Antes de cerrar, se gira sobre sus pasos y me mira de nuevo con desánimo.

—Lo siento, Alena, hubiera preferido que no supieras nada. Y no te preguntes cómo lo sé, ni quién me lo ha podido contar. No te tortures, confórmate simplemente con la verdad. Alena, mi dulce Alena, sé que tú no eres como las demás niñas, preguntas demasiado, te cuestionas la realidad. Te aconsejo que si quieres sobrevivir a Terezín, o a cualquier otro infierno de los que nos tienen reservados los alemanes, encuentres un motivo, Alena. ¡Solo uno, para creer! Si no, te volverás loca. No pierdas la esperanza, Alena, no pierdas tu fe; si lo haces, ellos se darán cuenta. Ellos habrán ganado. Nuestra debilidad les hace fuertes, ¡recuérdalo siempre!

Y justo después se ha cerrado la puerta del barracón con un golpe seco que me ha asustado.

Durante unos instantes he deseado dar marcha atrás, he deseado volver a entrar, subirme a mi litera, escuchar las plegarias de Friedl, pedirles disculpas a las chicas, a todas y callar después. He sujetado el pomo y lo he apretado varias veces, sin empujarlo, pero en ese preciso momento, en el centro de la puerta ha aparecido un reflejo intenso, como una luz. Y un segundo después, esa misma irradiación, se había transformando en el rostro de mamá. Un rostro que me hablaba, que me hacía recordar:

«Volverás, Alena» —han susurrado sus labios—, «¡volverás!, ¡no lo olvides!, ¡debes encontrar a tu hermano!».

—¿Y si no puedo?, ¡mamá!, ¿y si no puedo?, ¿y si está muerto? —le he dicho, gritando, golpeando su imagen con los puños cerrados.

—«¡Podrás!, ¡podrás! —ha dicho diluyéndose—Recuerda quién eres, Alena, recuerda. ¡Tú volverás!».

Y su rostro se ha difuminado.

—¡Mamá!, ¡no te vayas!, ¡mamá!, ¡no me dejes! ¡Mamá! —he llorado, mientras arañaba en vano la puerta y el rastro de su mirada. Entre mis manos solo ha quedado la estela tibia de su voz recordándome una promesa:

«¡Alena, tú volverás!»

Con la cabeza apoyada en el quicio, he seguido sollozando en silencio. ¡Me sentía tan sola!, pero Friedl tenía razón, mamá tenía razón, me hacía falta un motivo para seguir adelante. Sí, «tú volverás», ese sería mi motivo.

Y corrí a refugiarme a la enfermería.

Arabella me acogió con cariño y me metió en su habitación, pese a que sabía que tenía prohibido cualquier contacto personal con los presos del gueto, salvo en labores propias de curas y enfermería. Me limpió las lágrimas con el dorso de su mano y me hizo un hueco en su lecho, que desprendía aroma a lavanda. Sabía que Arabella me quería, lo había comenzado a notar desde que me había quedado sola, desde que me habían roto el alma en dos, pero lo que no sabía o no acertaba a entender muy bien, era por qué.

Una última pregunta

*La oscuridad vuelve a arrastrarse por las calles del gueto,
abrazando a los caminantes.*

*La oscuridad es buena
para los ojos cansados de tanto mirar durante el día.
Esta dulce oscuridad que cae sobre el alma
cura las heridas que ilumina el día.*

*Por las calles se deslizan largas filas de personas,
como una cinta negra trenzada con oro.*

Autor desconocido

Antes de dormirme junto a Arabella, formulé en alto una pregunta.

—¿Por qué nos matan?

Arabella no levantó la cabeza de la almohada, no me miró, no se movió, tampoco dijo nada. En la oscuridad de la habitación, solo percibí su agitada respiración.

¿Arabella lloraba?, era extraño, al parecer los alemanes también lloraban.

No sé en qué momento de la noche me quedé dormida, ni cómo evité una vez más al gran dragón negro. No escuché ningún grito, ni llantos, ni a Arabella vestirse, salir o cerrar la habitación detrás de ella. No sé cómo llegó hasta mí el sueño, pero las imágenes de Dorit se infiltraron en mi subconsciente como si fuesen reales, como si fuesen la vida misma. Una vida completamente absurda...

«Mi amiga del alma Dorit y yo recorriamos de la mano las estrechas calles del centro de Praga, cuando Praga era todavía una ciudad bonita, un lugar alegre y seguro. Caminábamos veloces admirando las flores que la primavera nos estaba regalando en cada rincón; los pájaros cantaban a nuestro alrededor y un simpático camarero con un bigote negro, pequeño y ridículo nos ofrecía sentarnos en la mesa de un café, al aire libre, y poco después nos invitaba a un helado de fresa con vainilla, mi favorito. Desde donde estábamos la ciudad bullía en un ir y venir de gente que espantaba con su risa los largos y fríos días del invierno.

Pero, de pronto, el día se había vuelto gris y los helados ya no eran helados sino un cúmulo de hielo compacto donde la lengua se pegaba; el cielo amenazaba con descargar una fuerte tormenta. El viento soplaba y

arrancaba las flores que antes lucían hermosas en los grandes maceteros. Ya no cantaban los pájaros y en su lugar se escuchaba el sonido de las botas estrellándose contra el suelo, miles de ellas. Las terrazas se habían quedado vacías, y todo el mundo corría a refugiarse. Había comenzado a llover, y llovía mucho, pero lo más extraño es que la lluvia no mojaba, porque llovían estrellas amarillas afiladas que hacían daño al caer; el simpático camarero del bigote pequeño y negro había dejado de serlo y se había vestido de soldado verde ridículo. En su manga llevaba una gran araña negra retorcida enmarcada sobre un fondo muy rojo, como si fuera una alfombra de sangre. Nos gritaba muy alto y en un idioma extraño y seco, como de ladrido, y nos pedía los papeles mostrando los dientes de abajo, parecía un perro feroz. Su rostro se había deformado, crispado; tenía las orejas encarnadas, y el pelo grasiento y negro le caía pegado sobre la frente. ¡Parecía un ser malvado, casi diabólico! Y chillaba todo el tiempo a quien le quisiera oír: ¡judíos!, ¡judíos!, decía, ¿dónde estáis, repugnantes y sucios judíos?

Dorit y yo estábamos cada vez más asustadas y nos echábamos a correr, pero Dorit corría muy rápido, esprintaba y la perdía. El camarero soldado me perseguía y sus botas negras hacían mucho ruido al correr, como los cascotes de un caballo. Estaba sola y no sabía qué hacer, ¿dónde podía refugiarme? Entonces el soldado del bigote pequeño y ridículo desaparecía de pronto y yo me paraba. Recuperaba el aliento y entre suspiro y suspiro recordaba que la librería de mi madre no estaba muy lejos de donde me encontraba. Y corría de nuevo, angustiada por llegar, pero mis piernas pesaban como rocas e intentaba gritar, llamar a mamá, pero no me salía la voz de la garganta. Con mucho esfuerzo alcancé la librería. Mi madre lloraba en plena calle, de rodillas, desesperada. Alrededor de ella había muchos cristales, todos rotos y libros ardiendo en pequeñas hogueras. El humo era muy negro, un humo de carbón. Algunos soldados verdes, sin bigote, con arañas en los brazos, le apuntaban a la cabeza con sus fusiles, y se reían con unas bocas gigantes y deformadas. Yo quería acercarme, abrazarla, alejarla de su desesperanza, consolarla, pero no conseguía avanzar ni un milímetro; mis piernas no se movían, de mi voz no salía ni un solo rumor y el humo negro me hacía llorar todo el tiempo. Entonces, apareció de nuevo el camarero soldado con su bigote pequeño y ridículo. Tenía a Dorit agarrada por el brazo y le hacía daño. Gritaba con desprecio y muy alto: «Ya te tengo a ti también, sucia judía». Y mi brazo se partía en dos. ¡Mamá!, grité de nuevo implorando su ayuda, pero mamá parecía haberse dormido en el suelo. Junto

a ella había una gran alfombra roja cubierta de cenizas y cristales.

¡Nooooo!, ¡mamá!, volví a gritar con fuerza.

Y en ese momento, desperté.

Sobresaltada, me miré las manos que aún temblaban, me toqué el brazo que creía roto y me sequé el rostro anegado en lágrimas.

Aturdida eché un vistazo a mi alrededor y por un momento no supe decir ni dónde me encontraba. Había tenido una pesadilla.

Una foto de Arabella sobre el escritorio me devolvió a la realidad. La cama estaba deshecha, y mi cuerpo empapado en sudor.

Desde la ventana se filtraba la mañana y un nuevo día que ya apuntaba soleado.

El tren ya no estaba en el andén.

Arabella tampoco en la habitación.

Sobre la mesa encontré una manzana muy verde y un trozo de pan con confitura de fresa. También una nota que decía:

«Querida Alena, no he querido despertarte, has tenido una noche muy movida y con fiebre, es mejor que descanses todo lo que puedas. Intenta comer algo y cuando salgas de la habitación, te pido, por favor, la máxima discreción. Nadie debe saber que has dormido en mi cuarto, no quiero imaginar lo que nos harían a las dos si lo llegasen a descubrir; en cuanto leas este mensaje, rompe esta nota en pedacitos y, si puedes, quémalos. Cuando salgas, hazlo por la enfermería, será más sencillo que pases desapercibida».

Mientras devoraba el desayuno con un hambre ya olvidado, pensaba con tristeza en las compañeras de mi barracón, y sentía que no me merecía mi buena suerte, haberme salvado una vez más, ni tampoco todo lo bueno que me pasaba, como por ejemplo aquella manzana ácida que me hería las encías. ¿Quién era yo para tener más que las demás?, ¿quién, para evitar que el tren me llevase cada sábado?, ¿por qué me salvaba del gran dragón negro una y otra vez?, ¿quería Dios algo de mí? ¿Por qué para Arabella era especial?, ¿por qué me protegía con tanto fervor? ¿Por qué tenía siempre tantas preguntas atrapadas en mitad de la garganta?

Ni siquiera sabía cómo había conseguido que mi tristeza se transformara en sueño y pesadilla al mismo tiempo, ni cómo la noche y el alba habían pasado de puntillas sin rozarme otra vez, pero la realidad era que la noche de vísperas había pasado y que el gran dragón negro ya no estaba en el andén bramando, exigiendo vidas. Me estremecí. Y con la agilidad de una ardilla me vestí y guardé la mitad de la manzana en el bolsillo delantero de

mi chaqueta. Después, me escabullí discretamente hasta el patio por la enfermería. Ni siquiera Arabella me vio.

Los rostros que me fui cruzando por el camino estaban demacrados y más tristes de lo habitual. Me pregunté a cuántos se habría llevado el gran dragón durante la noche. Entonces noté que el estómago se me hacía más pequeño y que el trozo de pan que me había comido momentos antes con fruición me volvía a la garganta, como una gran bola gigante. Sin poder evitarlo sentí una arcada subiendo y vomité sobre mi mano y el vestido. Pero vomitar no fue lo peor, lo más doloroso fue el hambre que noté justo después, en el centro del cuerpo. Por eso, venciendo el asco que me produjo el hedor a bilis, las babas y el trozo de pan deshecho, me comí, de nuevo, mi propio vómito. Era lo justo.

Y, nerviosa, corrí de nuevo para ahuyentar la ansiedad del barracón vacío —aun sabiendo que no podría, mi temblor estaba pegado a mí como una segunda sombra—. ¿Y si ya no quedaba nadie?, pensé. Y corrí más rápido, hasta quedarme sin aliento.

En Terezín no estaba permitido correr, si lo hacías podías morir; por fortuna, no me crucé con ningún soldado en mi larga carrera hacia la verdad.

En el barracón encontré a Friedl deshecha en lágrimas, tirada en el suelo; tenía ensangrentada la nariz y un gran hematoma en el pómulo derecho.

Hablaba sola y decía: «¡Se las han llevado, se las han llevado!».

Miré a mi alrededor y no vi a nadie, salvo a Eva. Mi compañera de litera intentaba, en vano, consolarla.

Friedl levantó la cabeza al verme entrar y me miró como si fuese un fantasma o quizá una aparición y con dificultad vino corriendo hasta mí y me abrazó con tanta fuerza que me hizo daño. Por unos instantes me robó el aliento y me hizo muy feliz. Jamás me había abrazado de aquella manera, jamás me había mostrado su amor. En su rostro percibí un sentimiento muy cercano al alivio, al cariño, a la esperanza.

—¡Estás aquí, y viva! —dijo sollozando.

Y yo me uní a su llanto. Mis compañeras iban camino de la muerte y yo, por primera vez y desde hacía mucho tiempo, me sentía extrañamente feliz. Había dormido en una cama cómoda, había comido algo decente, había soñado, había estado a salvo del gran dragón y mi madre me había hablado, me había hecho recordar una promesa, y la idea de que mi hermano todavía estuviera vivo.

También me sentía culpable. ¿Por qué les había tenido que robar a aquellas niñas su noche de vísperas, su ilusión, sus últimas plegarias, su fe contagiosa? Me odié por mi conducta, por las palabras pronunciadas; me odié por haberlas entristecido, por no haberme despedido, por no haberme ido con ellas, por vivir y salvarme una vez más. Siempre una vez más. Y me insulté:

—¡Estúpida!, ¡eres una estúpida, una insensible! —me reproché—, ¡una inmadura! —me repetía llorando—, balanceándome.

—¡Déjalo ya, Alena!, no tiene sentido tanta desesperación, ese maldito tren te hubiera llevado con él de haber estado tú también en el barracón esta madrugada. Se las han llevado a todas; esta vez no ha habido ninguna excepción.

—¿Y entonces Eva? —he preguntado sorprendida mirándola.

—Eva pudo ocultarse debajo del colchón, en el rincón, es tan menuda y delgada que no se dieron ni cuenta de que estaba allí.

Durante el resto del día, le di muchas vueltas a lo ocurrido. No quería hablar con nadie. No había vuelto a ver a Arabella, ni tampoco había tenido deseo alguno de pintar o escribir como me había pedido Friedl. En mi mente solo estaba el hogar de las chicas, sus caras, los recuerdos que habíamos compartido; las imaginaba tal como Friedl las había descrito, hacinadas en el tren, muertas de sed, solas, acurrucadas en un rincón, pisoteadas por una muchedumbre enferma y maloliente, con la orina cayéndoles por las piernas. Por la noche tuve, de nuevo, una espantosa pesadilla y me levanté gritando.

A lo lejos, le escuché decir a Friedl, como si también formase parte de mi sueño, que tenía mucha fiebre.

Creo que deliraba.

En mis alucinaciones vi el rostro de mis compañeras de barracón que se alargaba hasta el suelo, su risa estaba deformada, era estridente y chillona; pedían ayuda; lloraban. Sobre sus cabezas rapadas saltaban ratones gigantes que se parecían a ratas y de las cuencas de sus ojos brotaban lágrimas de tinta negra y poemas.

Estuve casi una semana en la enfermería. En algún momento, algunos creyeron que no saldría viva de Terezín.

Arabella, no.

Otros, desearon que me muriera. Un judío menos.

Pero la mayoría de ellos rezaron y sus plegarias surtieron efecto. Me recuperé justo a tiempo. A tiempo para participar en la gran mentira nazi.

A tiempo para conocer a Judith y a su hermano.

A tiempo para enamorarme.
¡Ayy, Hanus!

¿Es posible enamorarse?

*La oscuridad vuelve a arrastrarse por las calles del gueto,
abrazando a los últimos caminantes, a sus espectros...
Solo un coche perdido como saludo del mundo,
traga la oscuridad con sus ojos de fuego.
Autor desconocido*

Desde que he salido de la enfermería, el dragón negro ha llegado todos los días bien cargado. Vomita gente, mucha, cada vez más. Y no descansa, como en otras ocasiones, durante la semana, parte enseguida hacia esa dirección que no es Praga.

Todo es muy extraño.

Los que llegan están asustados, desesperados, aferran sus equipajes y las manos de sus seres queridos para no perderlas de vista, para no perderse ellos tampoco por el camino. Algunos ni siquiera llegan a los barracones y los dejan en el andén para que cojan el próximo tren.

La guerra continúa.

Tan solo faltan unos días para que 1944 inaugure su calendario.

Se escuchan muchos gritos desde el andén, en los patios, dentro de los barracones. Los soldados nos quieren imponer su miedo y se divierten atemorizándonos.

¿Qué está ocurriendo?

Friedl nos cuenta que la Cruz Roja quiere visitar el gueto. Parece ser que la Comunidad Internacional está preocupada por lo que está ocurriendo realmente en Terezín y en otros campos de concentración alemanes. Se escuchan demasiados rumores, barbaridades que no acaba de creerse nadie pero que, de ser ciertas, y temen que así sea, conmocionarían al mundo entero por su crueldad.

Comienzan a plantearse por primera vez que hay que ponerle fin a ese gran tirano llamado Hitler.

Pero los alemanes no lo pueden permitir y no quieren colaborar con la Comunidad Internacional.

Su entramado de muerte es demasiado perfecto para que salga a la luz, y su gran misión, su limpieza étnica, quedaría profundamente dañada y sin finalizar. Ellos lucharán hasta el final, lo sé, están convencidos de lo que hacen, están amparados por su ideología fascista.

Por este motivo vedan, de momento, la entrada al campo de la Cruz Roja, pero se comprometen a la difusión de una película donde se pueda ver cómo es de idílica la vida de Terezín. Nos venden como una ciudad regalada por Hitler a los judíos. ¡Qué obsequio!

¡Muchas gracias!

Mientras preparan la gran farsa filmada van pasando los días, y también las semanas. Enero y febrero han sido un infierno en el gueto y al mismo tiempo una bendición. Creo que voy a recordar el 1944 durante toda mi vida. El barracón se ha llenado de nuevo de chicas ruidosas y desnutridas. Ellas mantienen lo que yo ya hace tiempo he perdido, la esperanza de que termine la guerra pronto; al menos, eso parece que dicen las noticias.

Sin embargo, yo, cada día que pasa, estoy más débil.

Ya no me quedan fuerzas.

El invierno está siendo demasiado duro, casi helador. Mi delgado cuerpo ya no me aguanta. Por primera vez, he dejado de sentir hambre y me cuesta mucho probar bocado; mis dientes se me están moviendo y me duelen. Las encías me sangran sin parar. Arabella está preocupada por mí y en sus bolsillos siempre me reserva algo de comer de lo que a ella le han asignado. Es peligroso lo que hace, las dos lo sabemos, y quizá por eso se lo agradezco tanto. Mientras la sonrío, tomo un bocado mínimo y el resto le prometo que me lo comeré más tarde, a solas, sin prisas. Ella asiente, confía en mí, aunque no debería. Cuando llego al barracón, siempre lo regalo, me gusta ver la ilusión en el rostro de las niñas que me rodean. Estamos muy unidas y ha dejado de importarme que estemos hacinadas; el contacto humano nos mantiene calientes durante la noche; nuestras mantas son casi transparentes, apenas les quedan hebras de lana virgen.

Desde hace días tengo a mi lado a una muchacha que me recuerda a Dorit; se llama Judith. Me he encariñado con ella, y eso que me había jurado a mí misma que no volvería a hacer amistad con nadie; cuando el gran dragón negro se los lleva, ya no puedo soportarlo.

Con Judith hablo mucho, aunque ella sea dos años menor que yo, y encima alemana. Nada más llegar, la separaron de su madre. El gran dragón negro no la dejó ni siquiera instalarse. Judith estuvo durante dos semanas tumbada en la litera, sin salir, llorando sin parar. Yo guardaba mi ración y la compartía con ella. La miraba cómo lloraba, en silencio, y mientras, le acariciaba su nuca rapada. Friedl me aconsejó que la dejase, que era preferible llorar unos días a hacerlo durante una vida entera. Y yo asentía,

porque Friedl siempre tenía razón, aunque en el fondo, muy en el fondo, no creía ni una palabra de lo que decía, ni de que dispusiéramos de esa «vida entera», ni siquiera de que la vida nos perteneciera ya.

Pero al final, fue cierto, el llanto de Judith se fue apaciguando, secando, y un día comenzó a hablarme. Y lo primero que le salió, fue su historia.

Todo el mundo tiene una historia aquí.

—Papá se quedó sin trabajo de un día para el otro, apenas llegó Hitler al poder. Berlín cambiaba de dueño y el miedo comenzó a reinar por las calles. En casa, ninguno se lo podía creer, ni mi madre, ni mi hermano mayor, y yo era demasiado pequeña para darme cuenta de nada. Papá había sido el director de uno de los bancos más prestigiosos de Berlín. De la noche a la mañana, dejamos de existir. Peor aún, comenzamos a ser perseguidos e insultados; a mamá la humillaban por la calle constantemente por estar casada con un judío, por tener hijos con él; ella era alemana, de la alta sociedad; ella decía que todo aquello pasaría; mamá amaba a su país, lo idealizaba por encima de todo. Pero la situación no se pasó, fue empeorando, recrudeciéndose cada día más. Y entonces, aprovechando que el verano estaba próximo, comenzaron a preparar un largo viaje. La idea de la fuga fue calando en nuestros corazones. Pero los soldados se nos adelantaron e irrumpieron en nuestra casa antes de que nos hubiéramos marchado. Se llevaron a papá un día soleado de primavera. Mamá no se rindió. Intentó llamar a sus contactos para descubrir dónde se encontraba; quería salvarle, protegerle, pero todo el mundo tenía mucho miedo a involucrarse y la mayoría le dieron la espalda. Aquellos que un día llenaron nuestras fiestas, dejaron, de pronto, un gran vacío en su corazón. Miraban hacia otro lado, se cambiaban de acera al verla, le prometían que harían algo pero después a solas lo incumplían.

Mamá se desesperaba. Nunca la había visto tan triste como en aquella época. Intentó comprar la libertad de papá, pero tampoco lo consiguió.

Se quedó sola, sin noticias, y poco a poco, también sin dinero.

Fue entonces cuando decidió que no podíamos seguir allí. Berlín se había vuelto una ciudad demasiado peligrosa para los judíos y, aunque ella no lo era, nosotros sí; bueno ya sabes, medio judíos. Comenzó a vender todas sus joyas y pertenencias con discreción. Necesitábamos visados y papeles falsos para salir de Berlín.

Los acontecimientos se aceleraron cuando un día un hombre vestido con un abrigo negro entró en nuestro hogar. Mamá nos hizo escondernos en el hueco de la escalera. Todo estaba previsto por si en algún momento venía la Gestapo a buscarnos. ¡Sabíamos que ocurriría!, y allí estaba. Traía papeles, un aviso, ¡íbamos a ser deportarnos!

Mamá disimuló, dijo que no estábamos, que llegaríamos tarde, que habíamos ido a casa de unos amigos a pasar el día. Tenía un nudo en el estómago. El hombre pareció creerla aunque insistió en registrar la casa. Y ella aceptó. El corazón nos latía con fuerza en aquel escondite caluroso. Nos cogimos de las manos, resbalaban. Escuchamos pasos cerca, muy cerca, y de pronto, un golpe seco y algo que caía al suelo a plomo.

Entonces, el pomo de la puerta comenzó a girarse lentamente y nosotros nos abrazamos muy fuerte llorando. Nos habían descubierto, ya no había escapatoria. Íbamos a correr la misma suerte que nuestro padre. Pero al abrir solo vimos el rostro angustiado de nuestra madre y sus manos ensangrentadas temblando. El hombre del abrigo negro yacía en el suelo a escasos metros, con una mancha roja debajo de su cabeza. A su lado había una bola de acero.

—¡Hay que darse prisa, niños!, ¡tenemos que limpiar todo esto y esconder al oficial de la Gestapo! —les dijo apremiándoles—, ¡no puede quedar ni rastro de este hombre, ni tampoco de la sangre!

—Mamá, ¿está muerto?, ¿lo has matado? —le pregunté ahogando el vómito que me subía a la garganta al ver toda aquella sangre delante de mí.

—Escúchame mi querida Judith, no hagas de esto un drama, ahora no, era él o vosotros. Sé que no está bien matar, pero era vuestra vida lo que estaba en juego, y no podía permitir... ¡Tenía que elegir! ¿Lo entiendes? ¡Hay que ser fuertes!, ¡estamos en guerra!

Limpiamos el suelo y le envolvimos entre sábanas; después, le metimos en el mismo hueco de la escalera donde momentos antes nos habíamos escondido nosotros. Le dejamos dentro de un gran baúl que utilizábamos solo para viajar y encima colocamos unas mantas de lana. Tardarían en encontrarle. Tan solo nos delataría el hedor del cadáver, pero para llegar a ese punto de descomposición pasarían algunos días. Teníamos tiempo de sobra para huir. Cerramos la puerta de aquel lugar con llave y nos la llevamos. Después, nos prometimos olvidar todo lo que allí había ocurrido.

Mamá nos apremió a preparar algo de ropa y a marcharnos. Nos aconsejó que nos pusiéramos nuestras mejores ropas y que cogiéramos el

abrigo aunque hiciese calor. «Si nos paran», nos dijo, «diremos que vamos a Suiza y explicaremos que llevamos el abrigo porque allí las noches son muy frías». Ella recogió todo el dinero que había ahorrado hasta aquel momento, las joyas que le quedaban, e hizo tres pequeñas bolsas. Con maestría, las cosió dentro del forro de nuestros abrigos para que pasaran desapercibidas.

Así emprendimos nuestra huida y así fue como llegamos hasta Praga algún tiempo después. No fue premeditado, una situación nos llevó a la otra.

En Praga encontramos, por fin, algo de tranquilidad, y aunque la guerra nos perseguía y la sombra del delito cometido también, vivimos durante un tiempo con cierto sosiego. El problema fue que el dinero se nos fue acabando y mamá no tuvo más remedio que comenzar a vender algunas joyas de nuevo. Esa fue nuestra perdición, la casa de empeño. En realidad, era una tapadera de la Gestapo, pero entonces nosotros no lo sabíamos. Así que, un día, después de empeñar una sortija, la siguieron sin que ella se diese cuenta y anotaron nuestra dirección.

Al día siguiente, tres oficiales de la Gestapo se presentaron en nuestra casa y nos pidieron los papeles. Toda nuestra documentación era falsa, pero estaba muy bien hecha; mamá había pagado un alto precio por ella. La Gestapo dudó. Le preguntaron por su marido, su nombre. Mamá mintió, les dijo que era viuda desde ya hacía tiempo; después indagaron sobre por qué no íbamos al colegio y ella nos excusó diciendo que la agitación de la calle le ponía muy nerviosa y que prefería enseñarnos ella misma en casa, al abrigo de la violencia que se respiraba en la calle; nos preguntaron muchas cosas y a todas ellas respondimos con calma. Teníamos muy ensayado nuestro papel como hijos huérfanos afectados por la guerra.

Ellos se miraron y aceptaron que quizá se habían equivocado. Todo parecía de lo más normal; una madre sola, viuda, preocupada en exceso por sus hijos, que vendía sus joyas para poder pagar algún extra.

Al final, no tuvieron más remedio que aceptar que allí no pasaba nada. Cuando cerramos la puerta, nos abrazamos en silencio y nos felicitamos por nuestra buena actuación, pero a partir de aquel día no bajamos la guardia ni un minuto. Sabíamos que podían tenernos vigilados y mamá comenzó a ponerse muy nerviosa. Se empeñó en que debíamos huir de nuevo y para ello volvió a la casa de empeños. En aquella ocasión, yo le acompañé. En el momento en que entramos, notamos que algo extraño sucedía, como si alguien estuviera espiándonos desde algún lugar de la sala; tan solo fue una sensación que se incrementó cuando el prestamista, sudando a mares, nos

atendió. Pronunció el nombre de mamá de forma exageradamente alta y miró hacia un lado levantando las cejas, como diciendo a quien estaba escondido que éramos nosotras las que buscaban. Al instante, de una puerta blanca salió un hombre vestido de negro. Lo reconocimos enseguida. Era el mismo hombre que había venido a casa hacia unos días, su rostro era inconfundible, su bigote grande y espeso y su cabello rizado, echado hacia atrás con mucha brillantina.

Mamá dio un paso hacia atrás y me protegió con su cuerpo, como escondiéndome.

Entonces, el hombre comenzó a hablarnos en alemán:

—¡Vaya, vaya!, ¡otra vez usted por aquí! Debe de tener muchos extras para querer vender todas sus joyas familiares. ¿No será que vienen huyendo de algo o de alguien?, o ¿no será que quiere marcharse de nuevo porque esconden algo? Y comenzó a reírse con un deje mezquino ante nuestra sorpresa y pánico crecientes.

Nosotras intentamos disimular que no le entendíamos; no debíamos demostrarle que conocíamos el idioma alemán.

Mamá le dijo en checo:

—No comprendo. ¿Desea algo? ¿Nos conocemos?, su rostro me resulta vagamente familiar.

Él asintió.

—Hace unos días estuvimos en su casa, ¡es extraño que no lo recuerde! Por suerte y para su tranquilidad, yo no olvido fácilmente una cara, y menos un rostro que miente. Enseguida me di cuenta de que nuestra presencia le había alterado mucho y cómo nos contó un montón de falsedades, eso sí, bien hilvanadas, porque mi compañero se las creyó todas a pies juntillas. Comencé a seguirla discretamente. Y ahora, como no creo que éste sea el lugar adecuado, me va a acompañar porque tengo algunas preguntas más para usted. Y para que su hija no se pierda, ¿porque no queremos que eso ocurra, verdad?, se vendrá con nosotros también, dijo acercándose al rostro de mamá más de la cuenta y posando su dedo índice y acusador en su escote.

Su aliento olía muy mal, como a vino rancio, y su dedo grueso apoyado en el pecho de mamá comenzó a resbalar hacia abajo, provocativo, acusador. Paró justo en el inicio del seno izquierdo de mamá y con destreza echó hacia un lado el vestido, sonriendo con lascivia; el delicado encaje del sujetador de mamá quedó al descubierto.

—Verá, el caso es que su cara encaja perfectamente con la descripción de una mujer que desde hace tiempo se busca por las calles de Berlín; escapó con sus hijos, ambos judíos, aunque ella es alemana, noble y preciosa. Y han puesto un alto precio a su cabeza, ¿sabe? ¡Pero usted no sabe nada de alemán!, ¿no es cierto?, le preguntó con un deje de ironía utilizando de nuevo nuestra lengua germánica y cerrando su mano entorno al seno de mamá.

Ella dio un respingo hacia atrás y le propinó una sonora bofetada. Aquel hombre ni se inmutó, tan solo se agitó un poco y se acarició el moflete riendo. Entonces sacó una pistola y le apuntó en la cabeza.

—Sabe que podría matarlas aquí mismo y no me pasaría nada, ¿no es cierto? —dijo sarcásticamente—, pero quisiera cobrar esa recompensa. La guerra no durará siempre y el dinero siempre viene bien, así que ¡andando!

Estábamos muertas de miedo. Si nos cogían, ya no nos soltarían; demostrarían quiénes éramos y después, después llegaría la muerte, o peor, los campos de concentración de los que tanto habíamos oído hablar, donde seguramente nuestro padre todavía malvivía o quizá ya había muerto. Debíamos escapar, pero, ¿cómo?, ¿cómo?

Mamá miró al prestamista y este agachó la cabeza mirando hacia otro lado. ¡Él también tenía miedo! ¡No, no podíamos contar con él!

Mamá me hizo un gesto con la mirada que no entendí, pero decidí seguirla, imitarla. Confiaba en que por el camino se le ocurriera alguna idea para huir. Mamá caminaba con seguridad, parecía tranquila siguiendo al hombre de negro. Al llegar a las empinadas escaleras mamá me apretó la mano con fuerza; deduje sin palabras que algo iba a hacer. Sabíamos que si poníamos un pie fuera del portal estaríamos perdidas; había que actuar rápido, solo teníamos una posibilidad. Mamá se dio la vuelta y a mí me empujó hacia un lado de la escalera. Se acercó a aquel hombre y le abrazó con desesperación mientras le hablaba en alemán.

—¡No nos denuncie, se lo ruego señor, haré lo que usted quiera! —le dijo—, mientras fingía una debilidad que lejos estaba de sentir; parecía que sollozaba de verdad.

El hombre, sorprendido, se dejó abrazar y bajo la pistola, también la guardia. Mi madre comenzó a besarlo con una pasión que me asqueó al instante. Retiré la mirada, porque no entendía lo que estaba haciendo, ¿cómo podía acariciar a una persona así? Entonces, justo un momento después, él apoyó la pistola en el suelo. Sus manos la manoseaban con violencia,

estrujándola contra la pared. La forzó el vestido hasta romperlo. Mi madre me hizo un gesto abriendo mucho los ojos. Miraba la pistola sin pestañear. Y entonces lo entendí y negué dando un paso hacia atrás. ¡No, no podía hacerlo! Pero ella volvió a fijar la mirada en la pistola, y luego lo hizo en mí. Estaba muy seria. Me hablaba en silencio, me pedía que no dudase, que le disparase.

Me agaché y recogí el arma asustada. Temblaba. Luego lo empuñé. Nunca había disparado a nadie, nunca había sostenido un arma, ni siquiera sabía lo que tenía que hacer, pero cuando mamá se inclinó hacia delante, hacia sus pantalones, y vi que él se sacaba..., y yo, Alena, no sé cómo, ni de dónde saqué las fuerzas, ¡le disparé! La detonación resonó en la escalera como si hubiera estallado el trueno de una tormenta.

Pero en la calle lucía el sol.

Su cabeza no llegó a reventar, pero mamá se manchó con su sangre toda la cara, las manos y el vestido.

Entonces, se abrió una puerta justo en el rellano de abajo, y un hombre se nos acercó junto a su mujer. Nos miraba con la boca muy abierta y yo les apunté con el cañón también, con una firmeza que lejos estaba de sentir por dentro. Temblaban ellos. Temblaba yo. Sin embargo, la pareja no gritó, no hizo ningún mal gesto, tan solo nos pidió que nos calináramos y nos ofrecieron su casa. Accedimos, ¿teníamos alguna otra elección? La mujer nos ayudó en todo lo que pudo; llevó a mamá hasta el baño y la dejó lavarse; después, le acercó un vestido suyo que le quedaba algo grande, pero al menos estaba limpio. No nos preguntaron nada, no quisieron saber. No hacía falta. Nos dio la impresión de que no era la primera vez que ayudaban a alguien en apuros. Mientras mamá se aseaba, la mujer se fue hasta la cocina y nos preparó una infusión. Con cariño, se me acercó y me tomó la pistola; ni siquiera me había dado cuenta de que todavía la tenía en la mano.

Alena, había matado a un hombre, ¿te das cuenta?, ¿y sabes lo más triste de todo?, ni entonces ni ahora me he sentido culpable, no, y hubiera seguido matando a aquella pareja que nos ayudó si en vez de protegernos nos hubieran querido delatar. La elección estaba clara, o eran ellos o éramos nosotras. Al final, para sobrevivir no tienes otra opción que volverte insensible, como ellos, como los soldados alemanes.

Cuando salimos al rellano, nos sorprendió que el cuerpo de aquel hombre de negro había desaparecido de la escalera. No quedaba ni rastro de la sangre en la pared. Todo parecía haber sido un mal sueño.

En el portal nos esperaba el prestamista. No dijo mucho, tan solo nos

hizo un pequeño guiño y fue suficiente. Comprendimos. Le utilizaban. Él también era una víctima del nazismo. Después nos pasó un sobre que contenía dinero, todo el que nos había ofrecido por las joyas. Mamá asintió y deslizó sus alhajas hasta sus manos.

—¡Buena suerte! —nos dijo con timidez, agachando la mirada—, creo que la van a necesitar.

—Sí, muchas gracias —le respondió mamá escuetamente, despidiéndose con un gesto lánguido—, aunque creo que vamos a precisar algo que más que un poco de suerte, —murmuro entre dientes.

El prestamista desapareció escaleras arriba.

Y nosotras huimos del portal.

Debíamos desaparecer, eso era algo que teníamos claro. Praga se había convertido en una ciudad casi tan peligrosa como Berlín. Nos quedaba todavía una oportunidad, y el dinero de las joyas.

Cogidas del brazo, destempladas y con un frío que nos encogía hasta el alma, apresuramos nuestro caminar por las vacías calles del centro de Praga y nos dirigimos a casa.

Debíamos avisar a Hanus, preparar una maleta rápida, la documentación falsa y coger el primer tren hacia Suiza.

Pero cuando llegamos a casa, todo estaba revuelto y Hanus no estaba. Su violín yacía en el suelo abandonado y roto. Mamá lo recogió con suavidad y lo guardó. El compartimento interior de su instrumento estaba abierto; allí teníamos escondida toda nuestra documentación. Pero nuestros papeles no estaban por ninguna parte. Angustiadas, dábamos vueltas a las habitaciones, rebuscábamos en los cajones, en los armarios. Mamá no paraba de pensar en voz alta, no sabía qué hacer, sin papeles no podíamos llegar muy lejos; y si encargábamos otros, sería demasiado dinero y solo nos quedaba lo justo para huir. Y luego estaba el tiempo, no teníamos tiempo, habían puesto precio a nuestras cabezas en Berlín, habíamos matado a un hombre de la Gestapo, había testigos, el prestamista, los vecinos, ¿callarían?, y luego estaba el inconveniente más grave, Hanus, ¿podíamos abandonarle a su suerte?, ¿irnos sin él?

Recogimos cuatro cosas y escapamos de allí con presteza. Nos refugiarnos en la casa de unos amigos que también eran medio alemanes, medio judíos; ellos, como nosotros, habían huido a Praga cuando los nazis comenzaron a hacer del mundo un lugar inhóspito y, como nosotros, también sobrevivían con documentación falsa. Decidimos que lo mejor que podíamos

hacer, dadas las circunstancias, era esperar.

Esperar. Esperar.

Había que descubrir qué suerte había corrido Hanus. Sin embargo, las noticias de mi hermano no se hicieron esperar demasiado, porque aquella misma noche nos detuvieron a todos.

Y el resto, bueno, creo que ya lo conoces.

—¿Me estás diciendo que tu hermano es la persona que os delató?, ¿que es el mismo chico que viene cada día hasta la puerta del barracón con la tristeza pintada en el rostro?, ¿el mismo que espera pacientemente horas y horas, si hace falta, hasta que puede preguntar por ti, saber de ti?, ¿que llama con timidez para no molestarnos, que jamás eleva el tono, que se niega a irse hasta que alguna de nosotras le cuenta cómo van las cosas, cómo te encuentras, si ya has hablado, comido, o si has dormido bien?, ¿el mismo en cuya voz se percibe tanta angustia?

—¿Angustia? Alena, fue él quien nos delató, ¡él!, mi propio hermano. ¡Nunca, jamás, podré perdonarle! Él ha matado a mi madre, ha hecho que nos detuvieran a todos.

—Imagino cómo debes de sentirte, pero, ¿te has parado a pensar, tan solo por un momento, en lo que sufriría Hanus antes de que llegara el momento de delataros, en el infierno que supuso para él una tortura en las salas de la Gestapo?, ¿estás segura de que tú habrías podido resistirlo?

Judith me miró con interés, mis preguntas la hicieron dudar por un momento, arrugó la nariz obstinadamente y dijo:

—No insistas, Alena. Sé que nunca podré perdonarle.

—No le perdones si no quieres, pero te guste o no, él es lo único que tienes en este maldito gueto, la única familia que quizá te quede. Y créeme, Judith, yo que ya no tengo a nadie con quien contar, salvo un hermano perdido en Praga que ni siquiera sé si continuará vivo, daría lo que fuera por estar en tu lugar, por tener a mi hermano cerca.

Tuvimos muchas conversaciones como aquella, pero Judith se había vuelto de piedra, odiaba con la misma intensidad con la que lo hacía yo, aunque su odio tan solo tenía una dirección, un único culpable.

Un culpable por el que yo comencé a sentir un profundo amor.

Me enamoré de Hanus sin conocerle; me enamoré de su voz varonil y preocupada, me enamoré del amor incondicional que sentía por su hermana, me enamoré de la sombra que llegaba y de la culpa que arrastraban sus palabras al marchar, me enamoré de sus pisadas y de la forma en la que

llamaba a la puerta del barracón con los nudillos, delicadamente; me enamoré de las historias que me contaba Judith, de su vida en Berlín, de sus manos virtuosas sobre un violín que todavía no había escuchado. Me enamoré de su traición y de la debilidad de su llanto.

Al principio no quise ponerle rostro; me conformaba con su voz, con escucharle preguntar. Mi mente imaginaba el resto: su cuerpo, las manos, sus ojos, sus labios besándome, sus brazos entorno a mi cintura huesuda; era mejor así, imaginar; imaginar no dolería después, cuando el gran dragón negro se lo llevase también a él.

Pero, poco a poco y sin proponérmelo, ocupó mi corazón.

Y después, ya no pudo salir de él.

La mentira nazi

¿Para qué sirve el mundo cuando no existe el derecho?

¿Para qué existe el sol cuando no hay día?

¿Para qué existe Dios?, ¿para castigar a los hombres?

¿Para qué sirve la vida?

¿Por qué el mundo es una muralla?

HANUS

12. 7. 1929 10. 12. 1944

La primera vez que nos vimos fue en el barracón donde trabajábamos con Friedl. Yo estaba dibujando cuando un muchacho se acercó a nuestra mesa a hablar con Judith. Imaginé que era Hanus, tenía que serlo. Al verle, mi corazón dio un vuelco y mis manos comenzaron a temblar. Era casi como me lo había imaginado. Lo miré disimuladamente. Discutían otra vez, y yo me entristecí. Judith no me lo presentó aquel día.

Nuestras miradas se cruzaron tan solo un momento cuando se marchó. Noté que me encendía y le rehuí.

Hanus desapareció del barracón cabizbajo.

Pero volvió. Era un chico insistente, y no se rendía con facilidad. Cuando retornó, se sentó a mi lado, enfrente de Judith.

Fue así, casi sin palabras, como nuestra historia de amor fue tomando forma, entre dibujos y poemas. También fue así como consiguió que Judith le perdonase.

Y después, nos volvimos sencillamente inseparables, tanto que hasta nos eligieron para protagonizar la gran mentira nazi.

Íbamos a ser los protagonistas del rodaje: «Una ciudad regalada por Hitler a los judíos».

La preparación del cortometraje se alargó durante algo más de tres semanas. Vivimos días felices, porque ninguno de nosotros tuvo el menor temor a coger el tren. Tampoco llegó ninguno cargado a Terezín.

Por fin, el gran dragón negro se tomaba un descanso.

Y nosotros, también.

Hanus y yo nos amábamos con dulzura, con mucha calma, con la inocencia propia de lo que éramos, dos adolescentes sin apenas horizonte. Sin fuerzas. Procurábamos hacerlo todo a escondidas, no llamar la atención; por eso, él me robaba los besos con insolencia en cualquier rincón y yo le

acariciaba la pierna por debajo de la mesa cuando estábamos en clase con Friedl. Sentía mariposas, una sensación en el estómago que no se parecía en nada al hambre. Pero era muy difícil que nuestro amor pasara desapercibido, era casi un imposible entre tanta amargura. Y una provocación, motivo de preocupación en el gueto y de comentarios jocosos entre los soldados nazis.

Durante aquellos días de rodaje, el gueto se transformó en un insulto, en una parodia, sobre todo para los que llevábamos allí largo tiempo intentando sobrevivir, pasando frío, hambre, miseria, enfermedades y mil penalidades más. Al mismo tiempo, Terezín fue un escenario perfecto, para Hanus, para mí. Fue como un regalo.

Los alemanes estaban demasiado pendientes de los ensayos, de arreglarlo todo, de aparentar ante el mundo, de intentar demostrarles justo lo que no éramos, felices. Bueno, algunos conseguimos serlo, aunque solo fue algo fugaz.

Yo comencé a cubrir mi cabeza rapada con pañuelos hechos con jirones de tela, a elegir la ropa menos raída. Me mordía los labios hasta hacerlos sangrar para que parecieran más vivos y me pellizcaba las mejillas muy fuerte antes de ver a Hanus para darles algo de color. Mi tez estaba tan macilenta como la leche agria. Recuperé alguna prenda de Ruth, ya ambarina, que todavía conservaba escondida debajo del colchón. Vestida como ella me sentía más mayor. Estaba radiante de felicidad y ni siquiera mis ojos hundidos o mi delgadez extrema de papel me preocupaban ya. Hanus me veía bonita. Yo me sentía bonita. Era un hermoso esqueleto viviente.

De pronto, y como por arte de magia, nuestro escenario deslucido cambió. Teníamos comida en abundancia en el gueto, flores repartidas en macetas por todo Terezín, y eso que la primavera tan solo era un espejismo en medio del crudo invierno. Las paredes de los barracones dejaron de ser grises y se afanaron en pintarlas de blanco, nuestros colchones volvieron a ser mullidos. Nuestra ciudad regalada se llenó de vida y los alemanes nos sonreían, nos guiñaban los ojos al pasar, sobre todo cuando las cámaras les enfocaban.

Las armas habían sido retiradas de sus manos, de sus hombros, pero sus ojos de hielo no engañaban a nadie, al menos a nosotros no; seguían despreciándonos, nos escupían con su aparentada bondad fingida que estábamos acabados.

Friedl nos hacía dibujar y escribir sin descanso y nos obligaba a ponernos nuestros mejores vestidos. También comenzamos a utilizar

pañuelos de colores en la cabeza. Había que ocultar nuestras cabezas afeitadas.

Los barracones se decoraron con algunas de nuestras pinturas, las más alegres. A las familias se les permitió unirse para dar al gueto un aspecto de normalidad. Todo era poco con tal de representar nuestro papel, nuestra vida sencilla y saludable, apacible casi, nuestra vida regalada por los nazis.

La burla fue llevada a cabo bajo la dirección de Kurt Geron, director y actor judío; fue él quien se encargó de todo, de dirigirnos, de mentir, de recrear un guión y unos escenarios donde los judíos no sufríamos ningún abuso, ni pasábamos hambre o penurias. Un lugar elegido por voluntad propia, donde éramos inmensamente dichosos.

A pertrechar aquella injusticia nos prestamos todos en el gueto. ¿Acaso nos quedaba otro remedio? La artimaña de los nazis, su increíble rodaje, resultó un éxito ante el público y se felicitaron por ello. Pero meses después, la Cruz Roja Danesa volvió a la carga, insistían en que querían visitar el gueto y ver toda aquella felicidad filmada con sus propios ojos.

Fue justo después de aquella gran mentira nazi, del rodaje, cuando todo empeoró. No solo la situación volvió a ser como antes, o peor, sino que, a partir de aquel día, comenzó realmente la gran limpieza judía en Terezín.

El gran dragón negro volvía a la carga, volvía a bramar con fuerza.

Llevaba demasiado tiempo sin comer nada.

La solución final, la llamaron.

Había que eliminar del gueto a todos aquellos que estuvieran extremadamente delgados y tuvieran pinta de enfermos. Y yo empecé a preocuparme. Mi aspecto era casi transparente. Me vestía con una triple capa de ropa, con toda la que tenía y me ponía relleno donde podía. A mí no podían llevarme. No, no quería que me llevaran. No, mientras Hanus estuviera en Terezín. Después, después, todo me daría igual.

A Kurt Geron, el director de la película y a su familia, a quienes prometieron un indulto por filmar el cortometraje de Terezín, les metieron un día en el gran dragón negro sin miramiento alguno.

Los soldados de Terezín se encargaron de ir vaciando el gueto de judíos para disimular su mal estado y muchas familias fueron devoradas por el tren casi diariamente. El único objetivo era poder engañar una vez más a las delegaciones internacionales, mostrarles el lugar idílico en el que vivíamos, aquel que con gran descaro descubría la gran película nazi.

La llegada de la Cruz Roja Danesa estaba anunciada de forma

inminente y solo era cuestión de tiempo y de papeleo que se presentasen allí, a las puertas del infierno de Terezín.

Los alemanes estaban nerviosos.

Todos los que no devoró el tren fuimos de nuevo aleccionados ante aquella importante inspección, debíamos ofrecer la misma apariencia de felicidad y compañerismo que habían mostrado las imágenes difundidas como propaganda nazi. Debíamos hacerles creer que nuestra vida era tranquila y apacible, que la comida era buena, que acudíamos al colegio y a los talleres de arte para instruirnos, que cultivábamos la música y otras disciplinas. Teníamos que parecer un modélico Campo familiar, disimular que éramos libres. Y si nos interrogaban, debíamos repetir las frases que nos habían hecho aprender de memoria durante semanas; en todas ellas elogiábamos a nuestros carceleros. En todas las respuestas, nuestras alas no parecían truncadas.

A los actores principales se nos permitió seguir mintiendo un poco más. Mentir suponía un gran reto, suponía el mayor reto, seguir viviendo.

Seguir enamorados.

Fue un papel fácil de representar

Al principio, todo resultó según lo convenido. Los recién llegados se dejaron engatusar, no veían la realidad que ocultábamos y eso me consumía, y mientras nosotros callábamos, los alemanes se felicitaban dándose manotazos en la espalda cuando escuchaban a la Cruz Roja decir:

«Terezín no parece tan malo, creo que los prisioneros que se escaparon han exagerado».

Pero, ¡qué equivocados estaban! ¿Por qué no abrían los ojos?, ¿es que ninguno iba a ser capaz de intuir realmente lo que pasaba en el gueto de Terezín?, ¿es que nadie podía percibir nuestra tristeza, nuestro artificio, la impostura que arrastraba nuestra vida supuestamente ideal?, ¿es que no veían que tan solo éramos un campo de tránsito, una antesala hacia la muerte?, ¿no apreciaban nuestra delgadez extrema, de papel, nuestras miradas huecas y vacías?

Había que sembrar la duda, ¡era necesario!, ¡la duda era la certeza de que después se interrogarían!, ¡la duda!

Pero, ¿qué podíamos hacer?

Entonces, se me ocurrió una idea formidable, pero no podía implicar a Friedl, era demasiado peligroso para ella. Necesitaba la ayuda de alguna niña pequeña para que condujese a la delegación hasta nuestros talleres en el

barracón de las chicas. Pensé en Judith y se lo ofrecí. Aceptó encantada. En la pared del barracón y ayudada por varias compañeras, colgamos los dibujos más dramáticos del Campo, aquellos que habíamos pintado en los días de vísperas. Todos ellos estaban guardados en la maleta que yo le había regalado hacía tiempo a Friedl, unos dibujos que ella atesoraba como si fueran joyas, porque eran un gran testimonio, la prueba real de todo lo que estaba sucediendo tras los muros de Terezín.

Nuestra intención era conseguir que nos preguntaran, que se cuestionaran lo que estaban viendo con más de un interrogante, que sufrieran nuestra pena al ver los dibujos, que nos mirasen bien, de frente.

Queríamos ponerles el corazón en un puño.

Cuando llegaron al barracón, les leímos algunos poemas a modo de bienvenida, elegimos los más tristes, los que hablaban de muerte, y de hambre, de tristeza y enfermedades, los que nombraban al gran dragón negro.

Los alemanes no sabían cómo callarnos y sonreían asesinándonos con la mirada, ¿cómo era posible que unas chiquillas estuvieran desbaratando su gran mentira nazi?

Ese día lo conseguimos, sí, lo conseguimos, la Cruz Roja dudó, y el mundo comenzaría a dudar también; comenzaría a moverse para liberarnos.

Algunos de aquellos señores nos preguntaron mucho: ¿y qué hacíais antes de llegar Terezín?, y vuestros padres, ¿dónde están?; y ¡después!, después llegaba la terrible pregunta, la que nadie quería hacerse, aunque estaba en boca de todos...

¿Y qué hay después de Terezín?

Cuando nos hacían esa pregunta, todos mirábamos al gran dragón negro, porque solo él tenía la respuesta.

Vuelta a la realidad

*El viento canta en las copas de los árboles
una hermosa canción llena de anhelos.*

*Queremos ir a casa,
pero el tiempo pasa tan lento,
¡quizá sea dentro de un año,
dentro de un mes,
quizá mañana!,
¡alguna vez será!*

IRIS

Durante aquella última farsa nos hicieron representar la ópera infantil de Brundibár de Hans una vez más, e hicimos nuestra propia versión cultural e infantil del gueto.

La exageramos todo lo que pudimos.

Los alemanes no estaban contentos con lo que había sucedido en el barracón de las chicas y para hacerles olvidar el inquietante suceso, insistieron una y otra vez, a la delegación de la Cruz Roja, que Terezín era un campo modélico, un lugar donde la élite y los artistas se refugiaban de la guerra para crear y pensar, donde se organizaban espectáculos y orquestas como las interpretadas por el difunto Kurt Singer, conocido por todos por su gran talento y servicio a la comunidad artística alemana.

No había duda de que éramos una ciudad privilegiada, abarrotada de artistas, y durante la actuación de Brundibár, Hanus tocó el violín. El sentimiento que brotaba de sus notas era tan negro, tan vibrante como el terror que sentíamos ante la marcha inminente de la Cruz Roja.

Aquel día Hanus me enamoró, sus notas sonaron con la determinación de los vivos. Cerraba los ojos y lo hacía con tanta fuerza, con tanta pasión, que angustiaba mirarle. Esa noche, mientras sus labios se fruncían, mientras las lágrimas le rodaban por el rostro supe que le querría toda la vida. También supe que aquella melodía estaba dirigida a su madre.

En aquel momento, ninguno en el gueto podíamos ni imaginar, que sería la última vez que representaríamos la magnífica obra de Hans.

La Cruz Roja aplaudió entusiasmada, ciega, ebria de notas; aclamaban a Hans, al héroe de aquella gran velada musical, al héroe de la tristeza y el punto final. Detrás del escenario, los niños agonizábamos. Nos acercamos al

dolor a pasos agigantados. Desde el coro respirábamos intranquilos, los alemanes nos miraban con odio, y su odio ya no era pasajero, recorría las dos direcciones, entraba, salía, nos contagiaba, y se extendía entre nosotros como una manta pesada.

Algunos soldados cuchicheaban, nos señalaban. ¡Teníamos tanto miedo de que se fuese la delegación internacional!, ¿qué nos harían después?, ¿qué pasaría?, ¿volverían a darle vida al gran dragón negro?, ¿nos matarían allí mismo?

Cuando el coro finalizó de cantar, nos recogimos en los barracones. Algunas niñas, las más pequeñas, perdieron los nervios al ver de nuevo los dibujos que todavía colgaban de las paredes. Los recogimos de prisa y los escondimos de nuevo para ponerlos a salvo.

Todas sabíamos que lo que habíamos hecho tendría serias consecuencias.

De pronto, escuchamos unos golpes en la puerta de la entrada al barracón. Nos asustamos. Me acerqué con cautela a la ventana.

Era Hanus el que esperaba fuera, parecía inquieto, se movía de un lado al otro nervioso y me hacía señas con las manos.

Cuando salí, le besé en los labios.

Y fue mi primer beso, el primer beso de verdad.

Le amaba.

Me abrazó. Y mientras lo hacía, supe que juntos íbamos a poder superar cualquier cosa que nos sobreviniera, incluso a la propia muerte. Después, le di la enhorabuena por su fabulosa interpretación al violín. Le dije que me había hecho llorar como a una niña pequeña.

Él seguía abrazándome emocionado, se mordía los labios, me rompía en dos. Cuando nos separamos, posó sobre mis manos su preciado violín y, con la voz sobrecogida me dijo:

—Quiero que me lo guardes, Alena. Dentro, está encerrada mi alma.

—¿Por qué?, ¿qué ocurre?, ¿qué está pasando, Hanus?, —dije comenzando a llorar—, ¡me estás asustando!

—Escúchame bien, no me queda mucho tiempo y sé que contigo estará a salvo. Es un presentimiento que tengo desde hace tiempo, porque tú volverás, Alena, sé que lo harás. ¡Volverás!

En aquel momento, recordé a mamá. Hanus había pronunciado sus mismas palabras. «Tú volverás, Alena». Pero no entendí qué me estaba diciendo, pidiendo, ¿se marchaba?, ¿me decía adiós?

Comencé a temerme lo peor.

—¡Hanus!, ¡yo!, ¡yo no podría vivir sin ti!, ¡ya no!, ¡aquí no! —le dije —, sollozando cada vez más fuerte.

Hanus me miraba y me sonreía con desolación.

—No, no pasa nada, solo que sé que tú lo cuidarás mejor. Alena, prométeme que, pase lo que pase esta noche, siempre conservarás este violín, es el único recuerdo que conservo de mis padres y no quiero que viaje en el gran dragón negro. De allí no vuelve nada, no vuelve nadie. Alena, ¡prométemelo!

—Pero, Hanus, ¿es que crees que tú... esta noche?, ¿y Judith?, pero, ¿y si quizá yo también...? —balbucí.

—No, Alena, tú no irás a ninguna parte. Volverás a Praga. Tienes un hermano que te necesita y una promesa que cumplir, ¿recuerdas?, ¡debes volver a Praga!

De pronto, los soldados comenzaron a ladrar, a disparar al aire, a encender las luces del Campo, a llenar los vacíos y silenciosos espacios de Terezín con ruido, mucho ruido.

Llegaba la expiración.

Hanus me besó fugazmente de nuevo y sus labios me supieron a despedida.

Después, desapareció.

La oscuridad nunca me había parecido tan negra.

Entonces sentí el impulso de correr tras él, de seguirle, y mientras lo hacía, vi el rostro de mi madre. De nuevo. Sus labios se movían con rapidez, me gritaba que volviera, que me escondiera. Giré sobre mi misma y corrí lo más rápido que pude hasta la enfermería. Arabella me protegió una vez más, me acogió sin pronunciar palabra, me metió en su cama y me tapó los oídos con las manos, pero fue imposible acallar el rumor que arrastraba la muerte aquella noche.

Los barracones se llenaron de golpes, de pechos lastimados, de escenas de histeria, de gritos, de cristales rotos, de lamentos y llanto.

Me sentí morir.

Para ahuyentar el dolor de los demás, el sufrimiento propio, pensé en Hanus, y recordé su adiós, su largo abrazo, las palabras de mi madre.

Estaba destrozada, y tenía tanto miedo que apenas podía dejar de temblar. Con el corazón roto y un dolor que me atravesaba el costado, recé por Hanus, por Judith, por Friedl, por mamá, por Josef, por Ruth, por papá,

por todos y cada uno de mis seres queridos, ¿qué habría sido de ellos?, ¿y de Arabella?, ¿qué la sucedería si me descubrían allí con ella?

Los alemanes eran peligrosos y llevaban demasiados días disimulando su propia e inherente sangre fría, su absoluto desprecio hacia nosotros, los judíos. ¿Y ahora?, ¿qué ocurriría?

Arabella intentaba tranquilizarme, me cantaba una canción alemana que no conocía, me repetía una y otra vez que en su cuarto no entrarían.

¿Por qué estaba tan segura?, ¿por qué Arabella era así conmigo?, ¿por qué me protegía?, ¿por qué solo a mí?

La contemplé unos instantes mientras dormía; era una mujer muy bella, grande, alta, rubia, nacarada. Nunca se había casado, tampoco había tenido hijos, y yo me preguntaba una y otra vez, por qué ella, que era alemana, que no corría ningún riesgo, estaba malgastando su juventud, su vida, en Terezín cuidando de nosotros, unos sucios judíos.

Me hacía esta y muchas otras preguntas y me censuraba por mi mutismo, por no preguntarle, por no confiar más en ella. Mi perpetuo miedo me hacía callar. En realidad, no la conocía, no sabía quién era, no conocía su historia. Cuando estábamos juntas, solo hablaba yo, solo me preguntaba ella.

Al cabo de unas horas, la tranquilidad invadió de nuevo el gueto y un silencio denso se extendió por los barracones exhaustos de vivir. Escuché cómo el gran dragón negro se preparaba de nuevo para partir, bufaba.

Los ojos de mi pueblo se hundían.

El plan de exterminio parecía funcionar y sobre todo debía de continuar.

Arabella no me dejó salir de la habitación al día siguiente. Presentía que lo peor estaba por llegar. Sin embargo, yo necesitaba saber y ella me argumentaba:

—Alena, es mejor que te quedes aquí, al menos por el momento, hasta que llegue más gente en el próximo tren o parta el nuevo que están preparando; no es seguro salir de la habitación ahora —me insistía—. Me acercaré a ver qué ha ocurrido esta noche en los barracones, pero, por favor, no te angusties más.

Y yo asentía, o al menos, lo intentaba, pero seguía temblando de miedo. Allí encerrada en su habitación estaba segura de que nada podía pasarme sin embargo, me sentía fatal, me faltaba el aire.

Deseaba ver a Hanus, a Friedl, a Judith, a Eva, ¿estarían bien?, ¿qué

habría ocurrido?

La vi marchar y aguardé con impaciencia su vuelta.

Arabella tenía razón, era peligroso salir al gueto. Y para consumir el tiempo que me quemaba por dentro, comencé a mirar sus cosas, a merodear por la habitación. Arabella tenía decenas de libros esparcidos por el suelo, todos escritos en alemán; me resultaba muy difícil entender su lengua. Me asomé a la ventana con cautela a ver si la veía volver, y fue entonces cuando vi a varios soldados que venían de los barracones de los chicos empujando a algunos hombres. Les llevaban hacia un lado del muro. Me oculté tras la cortina y abrí una mínima rendija. Los soldados les ponían pegados al muro, en fila. Y de pronto, se escuchó un grito, un ¡nooooo! desgarrado, justo después un disparo. Luego otro, y otro, así hasta trece detonaciones. Dejé de mirar al segundo disparo y me tapé los oídos. Cuando llegó el silencio, me acerqué de nuevo hasta la ventana y les vi; aquellos hombres yacían muertos en el suelo. Un soldado les pisoteaba la cabeza, otro les daba patadas. Y un tercero se divertía rematando lo que ya estaba muerto.

El mundo se había vuelto loco.

Yo me estaba volviendo loca.

Me temblaban tanto las piernas que no podía sostenerme en pie. Tenía ganas de vomitar y la cabeza me daba vueltas. Pensé en Hanus y decidí escribirle, tal vez Arabella pudiera pasarle la carta; las palabras me venían solas, indomables, certeras, como las lágrimas que fueron formando grandes borrones de tinta sobre la hoja.

¡Le amaba tanto!

Mientras releía lo que había escrito, me di cuenta de que eran muy peligrosos mis sentimientos y podían delatarnos. Rompí la carta en mil pedazos y busqué algo para quemarlos. Hice una pequeña hoguera sobre un cenicero en un rincón de la habitación, pero cuando comenzó a salir aquel humo negro hacia arriba, lo apagué enseguida con el pie. No había sido una buena idea, el aroma a quemado se extendía por todas partes y no podía abrir la ventana. ¿Y si había llegado hasta la enfermería? ¿Y si había algún alemán ahí fuera?

Debía pensar en alguna solución, pero la única que se me ocurrió fue la de masticarlos, engullirlos despacio, todos, cada uno de los trozos, cada una de las palabras y esconderme debajo de la cama. No debía quedar ningún rastro. Mis recuerdos se quedarían dentro, muy adentro, lejos del mundo,

lejos de ellos.

Cerré los ojos con fuerza cuando el estómago comenzó a dolerme. No podía gritar. Me doblé en dos. Escuché un tren a lo lejos, su silbido, su traqueteo; me pregunté si partiría o si estaría llegando; el abdomen me dolía mucho, cada vez más, me daba pinchazos muy agudos; comencé a sudar y al mismo tiempo tenía mucho frío. Me hice un ovillo. Necesitaba aire pero no me atrevía a salir. Me estaba ahogando.

En mi dolor, imaginé a un grupo de personas avanzando penosamente con bultos en las manos. Los soldados les apremiaban insultándoles, y cuanto más les empujaban, más pequeñitos se volvían, hasta que desaparecieron en el suelo. Recordé la imagen de papá, su mano en el corazón, su pequeñez de gigante y el rostro de mamá hablándome. Escuché un grito cercano, un aullido de pena, ¿había salido de mi garganta?

Intenté estirar la mano, salir de debajo del lecho. Junto a mí se desplomó una de las torres de los libros de Arabella.

Un gran adiós

*Cuando llega el novato, todo le parece extraño,
¿que yo tengo que dormir en el desván?,
¿y acostarme encima de eso tan sucio?,
¿cómo voy a comer patatas negras?
¡No y no!*

*En Terezín hay mucho ruido,
todo está sucio, el suelo es puro fango
y hay ¡tantas moscas!*

*Todo el mundo sabe que las moscas traen enfermedades.
¡Oh, algo me ha picado!, ¿no serán chinches?*

TEDDY

Cuando desperté, estaba en la enfermería. Arabella estaba a mi lado y me cogía de la mano para tomarme el pulso.

De nuevo, al verla, tuve la misma sensación que venía acompañándome desde que la había conocido hacía varios años ya; Arabella me protegía y lo hacía con celo, como una guardiana; solo si me mantenía cerca de ella tendría alguna oportunidad de sobrevivir a Terezín.

Apreté su mano. Y ella cerró los ojos suspirando aliviada.

—Te he echado de menos, Alena —me dijo muy bajito, casi susurrándome—, ¡creí que ésta vez no saldrías!

Quise incorporarme para abrazarla, pero me hizo un gesto negativo y se retiró de mi lado con rapidez, con despego.

Comprendí.

No estábamos solas. Un soldado que estaba próximo a nosotras nos observaba con interés.

Pasé varios días más allí, en la enfermería, postrada. Deseaba salir, encontrarme con mi gente, saber, pero Arabella no podía contarme nada, la enfermería estaba siempre repleta de gente.

Tuve la impresión de que sospechaban de ella, y también de mí. Le imploré que me diera el alta, me encontraba mucho mejor, pero Arabella no me quería dejar marchar. En la enfermería sabía que estaba a salvo, me podía proteger. Fuera era una judía más, fuera no era nada, fuera era mucho menos que nada.

Pero la convencí, y al salir, lo primero que hice fue correr al barracón

de las chicas. Sentada en un rincón me encontré a Friedl. Nos fundimos en un gran abrazo, cálido y largo, muy largo. A su lado, Eva y Judith nos miraban con un brillo emocionado y me acariciaban la espalda.

Mi sitio en la litera no había sido ocupado por nadie y eso que habían llegado al gueto cientos de niños nuevos y familias destrozadas; el mínimo espacio que ocupaba en la litera entre mis dos buenas amigas se había convertido en mi segundo hogar, y el hecho de que me lo hubieran reservado durante mi convalecencia, me emocionó de tal modo que no pude dejar de llorar durante horas. Estaba demasiado sensible.

Ese día me enteré de que Hanus había desaparecido. Salí en busca de alguna noticia, de alguna información, por el gueto; alguien debía de saber algo, alguien tenía que haberlo visto por última vez. Fui cruzándome con viejos rostros conocidos desde hacía tiempo; todos estábamos desgastados, todos éramos supervivientes de aquella ciudad idílica y estrellada que tan generosamente Hitler nos había regalado.

Y al finalizar el día, lo supe.

Hanus había huido, junto con otros muchachos. Habían aprovechado la confusión que reinó después de que se fuera la delegación de la Cruz Roja y comenzase la muerte por los barracones.

Por eso había dejado en mis manos su alma, su preciado violín. Entonces entendí mejor su parca despedida, su sentimiento, las palabras que no fluían, el por qué sus últimos besos me supieron tan amargos.

Hanus se estaba despidiendo, pero ¿por qué no me había llevado con él?, ¿por qué no me lo había dicho?, ¿es que no confiaba en mí?, ¿es que no significaba nada para él?

Su huida me sumió en una gran melancolía.

Judith también sufrió. Para ella, era la segunda vez que su hermano la traicionaba.

Sin embargo, como las dos en el fondo le queríamos, nos obligamos a pensar, porque no nos quedaban muchas más opciones, que si se había marchado solo y sin avisar, tendría que haber algún buen motivo, una razón de peso. ¿Y si Hanus conseguía atraer a los aliados y nos salvaba a tiempo de Terezín? Con aquella esperanza seguimos malviviendo, subsistiendo, respirando el aire viciado de Terezín. Yo pensaba en él cada día, cada hora, cada minuto, y albergaba el anhelo de volver a verle, soñaba con la liberación, con regresar a Praga, con encontrar vivo a mi hermano Josef, con volver, con volver, ¡volver!, ¡qué verbo!, sí, volver, solo eso deseaba, y llevar

una vida normal, una vida como la de antes.

Friedl no descansaba ni de día ni de noche; tenía unas enormes y pesadas bolsas alrededor de los ojos. Cada día estaba más delgada, porque reservaba parte de sus mínimas raciones para los niños del gueto, sin decir una sola palabra, sin pedir nada a cambio.

Continuaba animándonos, contagiándonos su energía siempre positiva, atendiendo a los más pequeños por la noche, en sus llantos, en sus melancolías. Su influencia era el alma del barracón, la esencia de Terezín, el misterio de su gran belleza moribunda. Ella quería devolvernos nuestro mundo interior, recuperarlo para nosotros, porque nos lo estaban destrozando a base de gritos, miedo, soledad y mucha, mucha hambre. Sus lecciones eran una auténtica terapia a través de la expresión artística y literaria; en cada creación, llegábamos a vislumbrar nuestras propias emociones. Entender lo que nos rodeaba, eso ya era más complicado, era una absurda tarea.

Eva, Judith y yo nos volvimos inseparables; dibujábamos, escribíamos, mostrábamos un espíritu de libertad absoluta pese a nuestro perpetuo encierro, pese al temor constante al gran dragón negro y a los fusiles.

El hogar de las chicas, el L410, era el epicentro de la vida de Terezín en todas las estaciones del año. Sin embargo, un día de septiembre de 1944, la magia se torció.

El marido de Friedl fue devorado una madrugada por el gran dragón negro. Nadie se enteró de la marcha de aquel tren. Friedl no pudo despedirse de él y se volvió loca, loca, completamente loca.

Hasta entonces, habían permanecido unidos, lo habían soportado todo, porque se sabían próximos y ¡vivos!, pero su marcha sembró la confusión en el barracón de las chicas. Por primera vez, Friedl daba vueltas sin parar, lloraba desquiciada, profería insultos, se golpeaba el pecho con la mano. Nada la consolaba.

Y un día, cometió la mayor locura de su vida.

Se presentó ante los soldados y les solicitó voluntariamente ser deportada junto a su marido en el siguiente dragón negro.

—¡Es imposible, no estás en las listas! —le respondió uno de aquellos soldados. Y el resto comenzó a burlarse de ella.

—¡Pobre judía!, ¿quieres ir a cuidar de tu maridito?, ¿y por qué no cuidas de nosotros ahora?

Pero Friedl insistió tanto, que al final lo consiguió; quizá el gran

dragón negro se apiadó de ella, o quizá se carcajeó de su irreflexiva decisión.

Su inminente marcha produjo una gran tristeza en el barracón de las chicas, y los más afectados fueron los niños pequeños, ¿qué iban a hacer sin Friedl?, ¿soportaríamos el resto vivir un solo día más, allí encerrados, sin su optimismo y sus ganas de vivir?

Muchas de las chicas y niñas del barracón decidieron marcharse con ella en el tren, voluntariamente, entre ellas mis queridas Eva y Judith. Y yo me quedé desolada, por la impotencia y porque no sabía cómo podía hacerles cambiar de idea y si algo tenía claro era que yo, jamás subiría a aquel dragón.

Le tenía demasiado miedo al tren.

Hablé con Friedl, traté de convencerla, pero ella ni siquiera me escuchó. Solo me confió dos maletas, y una de ellas era la mía, la que yo le regalé aquel triste día de vísperas. Dentro llegué a contar más de cuatro mil quinientos dibujos. Me dijo que si conseguía sobrevivir, se los entregara a Hana Brady.

Pero, ¿quién era Hana Brady?, ¿cómo la encontraría?

Cientos de preguntas se me agolparon en la garganta, pero no pronuncié ninguna. Mi angustia no tenía límites, me ahogaba al verlas partir.

Friedl se llevó a lo mejor del Campo, a las viejas glorias, a las caras conocidas, a los amigos, a los pocos supervivientes que desde el principio habíamos soportado la dura vida de Terezín.

Friedl se llevó el alma del gueto con ella y el gran dragón negro les engulló sin decir una sola palabra.

No se volvieron ni para decirme adiós.

Se presente el final

*Hay un nuevo temor en el gueto,
la muerte siega con su guadaña.
La maligna enfermedad trae el espanto consigo.
Las víctimas de su sombra lloran y tiemblan.
Hoy, a los padres les late el corazón de miedo,
y las madres esconden sus cabezas entre las manos.
Aquí los niños mueren de tifus.
Mi corazón late todavía en mi pecho.
Mientras, mis amigos parten hacia otros mundos.
¡Quizás morir enseguida, ¿quién lo diría?
Sea mejor que ver esto.
No, no, Dios mío, queremos vivir.
EVA PICKOVA
15. 5. 1929 – 18. 12. 1943*

Han pasado ya semanas enteras, meses completos, el otoño y su invierno.

La primavera de 1945 se ha estrenado ondulante y lejana.
Sobre las colinas azuladas hoy he visto mariposas blancas.
La guerra continúa.

Y la vida sigue, pese a todo, en el gueto de Terezín.

No ha pasado un solo día en el que no piense en ellas, en Friedl, en Eva, en Judith, y cómo no, en mi querido Hanus.

Ahora ayudo todo el tiempo a Arabella en la enfermería. Duermo con ella. Desde que se fueron todas, no he vuelto por el barracón de las chicas. No puedo soportar su visión.

En la habitación de Arabella conservo las maletas y los dibujos, también los poemas. El violín de Hanus espera paciente a su dueño en un rincón. Cuando lo miro, es como si lo viera tocando en aquella última función.

Los alemanes no han tenido más remedio que aceptar mi presencia continua junto a Arabella en la enfermería. Quedan pocas manos útiles que no estén enfermas. Y ella les ha convencido de que necesita ayuda con urgencia y que yo estoy cualificada.

Soy una superviviente con un ferviente deseo, probar la libertad, verla

con mis propios ojos, tocarla si es preciso. Sí, al menos, me gustaría poder vivir un poco más para describir Terezín.

Aquí ha estallado otra guerra más, una contra la que es difícil luchar. Una epidemia de tifus. La gente se nos muere entre las manos y poco podemos hacer para ayudarles, salvo no perecer en el intento por desear salvarles la vida.

¡Qué injusto es este vivir!, después de todo lo que hemos soportado, llega esta maldita enfermedad y se nos lleva.

Parece que la muerte no desea abandonar este lugar.

Al menos, nos queda el consuelo de que el gran dragón negro se ha quedado dormido de momento. ¡Creo que está agotado!

Anoto en un cuaderno, día tras día, las víctimas del tifus con una pequeña equis negra. No los acompaño de nombres ni apellidos: «¿A quién le vamos a importar?, me dicen los soldados alemanes mofándose de mí, ¡un judío más o uno menos!»

Yo les odio en silencio por decir lo que piensan en voz alta y pienso que algún día, y no tardará mucho, se hará justicia y serán ellos, los alemanes, los que les rendirán cuentas al mundo entero, y a nosotros sobre todo, por su gran crueldad.

Y confío en que ese día llegue pronto, ¡tengo tanto miedo de que el tifus nos mate a todos! Llevamos alrededor de mil personas muertas en menos de un mes.

Todo comenzó a principios de abril, cuando llegaron a Terezín unos prisioneros del frente oriental. Estaban infectados, pero ninguno lo sabía. Su entrada produjo el contagio masivo entre nuestra gente y se extendió con tal rapidez que apenas pudimos ponerle remedio.

Nuestra debilidad fue su alimento.

Terezín sigue siendo un polvorín, eso dice al menos Arabella, mientras se lamenta en la enfermería. Ya no damos abasto, la gente está hacinada por todas partes en los barracones y no hay ninguna condición mínima de higiene o de alimentación. Nos falta personal, medicamentos y sobre todo, nos fallan las fuerzas.

Los alemanes han comenzado a bajar la guardia. Se han producido las primeras fugas del Campo y nos han llegado algunas noticias sobre la marcha de la guerra. La mayoría afirma que ya queda menos, que los alemanes están sitiados y que van a perder. No sé si será cierto, pero a los soldados se les ve muy nerviosos.

Terezín se ha convertido en un verdadero caos, con falsas alarmas que llegan de aquí y de allá.

No sabemos de dónde proceden.

El once de abril, alguien corrió el rumor de que la guerra se había terminado y se difundió a gran velocidad por el Campo. Llegó hasta la enfermería y los pacientes se pusieron a bailar incluso ardiendo de fiebre. Arabella y yo nos abrazamos llorando pero cuando nos enteramos de que la noticia había sido tan solo una quimera más, el mundo se nos vino encima. La decepción fue inmensa y yo sentí un extraño vértigo al escucharla.

Últimamente he vuelto a rezar, lo necesito. Recuerdo con fervor las plegarias que entonaba mamá y que Friedl repetía fielmente los días de vísperas y las tarareo en mi mente; me relajan, me mecen, me acercan a ellos.

Sé que la guerra está tocando a su fin.

Terezín está tocando a su fin.

Mi vida y este encierro tan largo están tocando a su fin.

Y me siento confusa, porque estoy más triste de lo que hubiese imaginado nunca. ¿Adónde iré yo sola?, ¿quién cuidará de mí?, ¿seré capaz de encontrar a mi hermano Josef?, y después, si lo logro, ¿nos llevarán a un hospicio?, ¿seguirán vivos mis padres, Ruth, Judith, Friedl, Eva y mi querido Hanus?, ¿volverán junto a mí algún día?, ¿estoy preparada para escuchar sus nombres y seguida la palabra muerte?

Hoy, de nuevo, hemos recibido una visita de los representantes de la Cruz Roja Internacional. Están alarmados por nuestra situación.

Solicitan a los alemanes, una y otra vez, hacerse cargo del Campo y de todas sus instalaciones, también de los enfermos, pero los alemanes se la deniegan con la misma obstinación con la que han intentado borrarlos del mapa. Saben que están acabados, lo saben.

Saben también que solo es cuestión de tiempo que entren los aliados, o el Ejército Rojo, pero no quieren ceder. Son demasiado orgullosos. Su plan de aniquilación masiva no les ha salido como ellos esperaban, y algunos, como yo, nos hemos quedado por el camino.

La Cruz Roja tampoco cede e insiste, día tras día.

Y yo rezo para que lo consigan con una exaltación desconocida para mí

¡Necesito salir de aquí!, ¡ya no puedo resistir más este encierro de cárcel!, ¡ya no puedo vivir más en esta ciudad muerta!

Tres de mayo de 1945.

La Cruz Roja, por fin, se asienta en Terezín. Los alemanes se retiran dejándoles la gestión total del Campo. Dejan tras ellos demasiado dolor, un hambre voraz, enfermedades y la miseria más absoluta. Somos espectros en vez de personas. Al verles entrar, con sus distintivos blancos y sus cruces rojas resaltando el fondo, ha sido como celebrar una gran fiesta, como celebrar otra oportunidad de vida.

Arabella ha decidido quedarse pese a las órdenes de los soldados y a sus amenazas. Creo que, por primera desde hace años, se siente libre. Y yo estoy muy orgullosa de ella. En el fondo, los soldados temen por su vida, o quizá temen que hable demasiado, que cuente cosas, que les delate, pero Arabella se mantiene firme. Es enfermera ante todo, les dice muy seria, y su trabajo debe estar donde haya heridos, o enfermos. Y en Terezín hay una buena ración de cada uno de ellos. Después, me guiña un ojo y me susurra al oído que no va a pasarle nada, que no me preocupe. Y yo la creo, tengo que hacerlo, aunque me muero de miedo, porque ella es el único afecto que me queda.

Cuatro de mayo de 1945.

Llegan los primeros refuerzos al Campo. Un grupo de médicos y enfermeros checos comienzan a ayudarnos y se ocupan de todos los deportados.

Respiramos aliviadas.

Terezín se transforma entonces en un gran hospital de campaña. Comienzan a despiojarnos, a darnos de comer decentemente, poco a poco, para tolerarlo mejor, nos lavan con paciencia, nos queman la ropa mugrienta y nos dan algunas prendas nuevas. Y con tan poco, sentimos que florecemos.

Puede que quizá no esté todo perdido.

Arabella y yo nos replegamos desfallecidas a nuestra habitación, la que compartimos desde hace semanas, y dormimos rodeadas de presencias. Sus rostros nos acompañan a través de los retratos y de la memoria, pero estamos tranquilas, sabemos que afuera las cosas funcionan bien.

La humanidad se recupera.

Y nosotras nos hemos ganado el descanso.

A ratos lloramos humedeciendo mucho la almohada, sobre todo yo, y es que, a veces, es muy fuerte la nostalgia. Es muy pegadiza.

Ocho de mayo, el Ejército Rojo entra en Terezín.

La guerra ha terminado.

Ese día, la celebración fue especial, fue por todo lo alto, con fuertes abrazos. Sentíamos que, por fin, podíamos gritarle al mundo: «¡Sí!, ¡sí, somos unas auténticas supervivientes!»

Pero justo después de los abrazos, llegó lo más difícil.

¡Volver!

Pensar en volver.

Siempre se puede volver, pero a veces, volver, no resulta tan sencillo.

Volver a casa

*No he visto más mariposas,
aquella fue la última.*

PAVEL FRIEDMANN

7. 1. 1921 29. 9. 1944

Terezín quedó liberada, justo después de que hiciese su entrada el Ejército Rojo en el Campo. Sin embargo, no nos dejaron marcharnos enseguida. Debíamos esperar, pasar la cuarentena. Tenían miedo de que difundiéramos el tifus en Praga o en cualquier otro lugar.

Nos formaron en largas filas y nos fueron preguntando, uno a uno, adónde queríamos ir. Me extrañó darme cuenta de que nadie deseaba volver a casa. Quizá tenían el triste presentimiento de que ya no existiría nada, ni nadie, a dónde regresar, que sus casas probablemente habrían sido ocupadas por gente desconocida, que los recuerdos les volverían locos. Muchos pidieron el exilio, un exilio voluntario a los Estados Unidos o a la tierra de Palestina.

Arabella tampoco quería volver a Berlín.

Y yo le pedí una y otra vez que se quedara conmigo.

Durante al menos quince días permanecimos encerradas en nuestra habitación, observábamos el ir y venir de los camiones y las ambulancias, la atención humanitaria, la eficacia de los médicos y las enfermeras.

Tuvimos mucho tiempo para hablar, todo el que no habíamos durante los largos años de encierro.

Abrimos la maleta de Friedl, y admiramos los dibujos que tenía guardados. También leímos los poemas de los niños de Terezín. Entre ellos estaban los míos, los de Eva, los de Judith, los de mi querido Hanus.

Arabella se emocionaba al escucharlos, pero nunca podía terminarlos; un gran nudo se me formaba en la garganta y no me dejaba respirar.

A menudo sacaba el violín de Hanus de su estuche negro y lloraba acariciando su cuerpo. Era como si pudiese tocar su rostro. Pellizcaba sus cuerdas, que parecían gemir, y colocaba los dedos donde Hanus los había puesto antes que yo. Después, me llevaba el extremo del instrumento al mentón. Todavía se podía percibir su aroma.

Y un día, sin saber por qué, comencé a hacerle preguntas a Arabella y descubrí su verdad.

—¿Quién eres Arabella? —le dije—, ¿por qué me has salvado?

—Solo una mujer —me respondió—, una mujer que amaba, que ama todavía. Tu padre fue el gran amor de mi vida.

—¿Mi padre?—le pregunté sorprendida—, ¿conocías a mi padre?

—Nos conocimos hace muchos años, en Berlín, cuando éramos muy jóvenes. Tu padre vino a estudiar piano a Berlín y coincidimos en la misma escuela, con el mejor profesor. Nos enamoramos como dos tontos, como los adolescentes que éramos. Nos unían tantas cosas, Alena, pero la principal fue la música. Amábamos el piano con tanta pasión que nos confundió. Fueron dos años de ensueño, de conciertos, de clases, de compartir partituras hasta que tu padre volvió a Praga un verano a ver a sus padres. En Praga, quiso el destino que entrara en una pequeña y céntrica librería y quiso también la casualidad que viese a tu madre. Tu madre. Después de ella, ya no pudo haber nadie más. Y yo la odié, con todas mis fuerzas. Y luego le odié a él por dejarme, por abandonar la música de Berlín. Pero tu padre vino a verme pasado un tiempo y nos reconciamos. ¡No como pareja!, ¡no pongas esa cara! Solo fuimos amigos, buenos amigos, los mejores. Tu padre era un hombre noble y yo nunca dejé de amarle. Durante años seguimos en contacto a través de la música y los conciertos. También lo hicimos de forma personal. Tu padre me escribía con asiduidad, me mandaba fotos vuestras, me componía partituras, hasta que estalló la locura. Entonces, me escribía preocupado, me preguntaba qué debía de hacer. Y yo le respondía siempre lo mismo. ¡Huid! Pero las cosas se fueron complicando y un día dejé de recibir sus cartas. Me preocupé y comencé a preguntar. Por casualidad, un día me enteré de que a los judíos que vivían en Praga les llevaban al campo de Tránsito de Terezín y entonces decidí inscribirme como voluntaria. ¡Tenía que encontrarle! Y si iba como enfermera al Campo, quizá podía ayudaros a escapar. Esa fue mi idea, pero llegué demasiado tarde. Tu padre ya no estaba, tus abuelos habían muerto y solo quedabais vosotras tres. No pude hacer nada por tu madre, ni por tu hermana mayor, y eso que lo intenté, pero las listas estaban hechas y no pude hacerme con ellas. Mi impotencia fue tan grande cuando las vi coger el tren, el gran dragón negro, como le dices tú, que juré, le juré a tu padre, que a ti te protegería siempre, que nunca cogerías ese maldito tren que lleva a la muerte. Te borraba de las listas cuando te veía, te protegía como podía, te animaba a estar conmigo en la enfermería para cuidarte, para apoyarte, para que no te sintieras sola. Deseaba decírtelo, pero no era seguro. Además, no me atrevía. Era mejor que me trataras con

indiferencia, con desconfianza, como a una alemana más. ¡Ay, Alena!, no puedes hacerte una idea lo difícil que ha sido, todo este tiempo, no poder abrazarte. ¡Qué largo ha sido este encierro! Hubiera querido alejarte de tanta locura, de tanto odio, de tanta desolación. No sabes lo feliz que me hace que sepas por fin la verdad, Alena.

Y yo la abracé con fuerza, toda la que me quedaba.

—Arabella, ¿cuántos años llevas sin tocar el piano?

—Demasiados, tesoro. ¡Demasiados! Toda esta maldita guerra y su supervivencia.

Y un día, alguien llamó a nuestra puerta y desde el dintel nos dijo:

—¡Sois libres!, ¡podéis iros!

—¡Libres! —repetimos al unísono—, ¡somos libres!

Parecía un sueño.

Recogimos todas nuestras cosas sin prisas, incluso lo hicimos con cierta melancolía. Y antes de partir, recorrí los rincones de Hanus, así los llamaba yo. Recuperé sus besos, sus abrazos, y el fugaz romance que tuvimos.

Un médico checo nos propuso seguir ayudando en la ciudad de Praga como enfermeras. Éramos valiosas, nos aseguró, sobre todo Arabella. Nos explicó que la capital estaba medio destruida por las bombas, que había muchos heridos, y que hacían falta muchas manos.

Arabella me miró. Y yo asentí.

Aceptamos, porque en realidad, ¿qué era volver a casa?, ¿qué suponía? Tan solo un sueño necio. Allí no iba a haber nadie esperándome con los brazos abiertos, no estaría papá, ni mamá, ni Ruth, y si Josef seguía con vida después de la guerra y las bombas, tarde o temprano, lo encontraría.

Arabella me apoyaba y me abrazaba por mi valentía.

Formábamos un buen equipo. Ella era ahora mi familia. Ella me había salvado. Arabella era el único vínculo que me quedaba.

Emprendimos el viaje de vuelta a Praga una mañana templada de finales de mayo. Nos desplazamos en una ambulancia con un chófer de la Cruz Roja. Estábamos emocionadas y nerviosas al mismo tiempo por lo que nos íbamos a encontrar, y para calmarnos, nos apretamos la mano con fuerza.

El camino de regreso a Praga resultó mucho más duro de lo que nos

esperábamos. Y largo, muy largo. Estaba sembrado de controles y barricadas, de caos, de pequeños incendios, de destrucción. Los soldados, los del otro bando, los buenos, estaban por todas partes; se les veía fatigados y sucios.

Pensé en Hanus y deseé con todas mis fuerzas que estuviera luchando en algún frente. También que volviera a Praga a buscarme.

Al llegar a la ciudad, su visión nos sobrecogió y nos dejó sin aliento. Había escombros por todas partes. El chófer nos contó, acostumbrado ya a tanta destrucción y esquivando con maestría los baches, que podía haber sido mucho peor.

—En cinco minutos se desató el infierno por las calles de Praga, nadie se lo esperaba. Las primeras bombas cayeron en el barrio de Radlice y después, otras impactaron en Pankrác, Ciudad Nueva, Vršovice, Nusle, Žižkov y Vinohrady. Lo más extraño fue que, en teoría, quienes nos estaban atacando eran nuestros aliados, las Fuerzas Aéreas Norteamericanas. La gente no entendía nada, nos llevábamos las manos a la cabeza, gritábamos de impotencia, huíamos, nos escondíamos donde podíamos, ¿por qué nos invadían si no éramos sus enemigos?, ¿por qué, si nuestra ciudad estaba ocupada por los nazis? Recuerdo el día que ocurrió todo, ¡cómo olvidarlo! Fue el catorce de febrero, pasaba la hora del mediodía y de pronto las sirenas antiaéreas comenzaron a aullar sin parar. No era la primera vez que ocurría, pero siempre eran falsas alarmas o simulacros. Algunos miramos al cielo, entre ellos yo; después, seguimos con nuestra vida.

Pero aquellos aviones, los B17, comenzaron a llenar de sombras el cielo con sus alas y a continuación nada volvió a ser igual. Las bombas nos hicieron mucho daño, aunque fue, sin duda, involuntariamente; efectos colaterales de las guerras, lo llaman. Pero eso no nos produjo ningún consuelo cuando al día siguiente tuvimos que enterrar a nuestros muertos. Más tarde supimos que había sido un error de cálculo, el viento y una ruta desviada, un puro resbalón humano que descargó en el lugar equivocado casi ciento cincuenta toneladas de bombas que mataron a cerca de setecientas personas e hirieron de gravedad a más de mil tan solo en la ciudad de Praga. En pocos segundos desaparecieron casas y edificios y se quedaron reducidos a arena y a los escombros que veis. Tardaremos mucho tiempo en recuperar la ciudad.

Cuando escuché la historia del chófer, sentí que me faltaba la respiración, temblaba de miedo. Comencé a morderme los labios preguntándome si el edificio donde se encontraba mi casa habría sido uno de

aquellos destruidos al azar por las bombas.

Arabella estaba muy interesada en la historia del chófer y siguió preguntándole:

—¿Y qué ciudad querían bombardear los americanos?

—Dresden —nos respondió—, ha sido una de las ciudades más castigadas por los aliados. Era un auténtico polvorín nazi.

Arabella asintió y se volvió para mirarme.

Estaba lívida.

—¿Te encuentras bien, querida? —me dijo de pronto.

Asentí.

—¿Le importaría —le dije al chófer—, antes de llevarnos al hospital de campaña, pasarse por una dirección? Es importante.

Arabella me miró muy seria. El chófer también. Ambos intuyeron mi tristeza, la desazón que me hacía temblar.

—¿Señorita, dónde vivía antes de Terezín?, —me preguntó con una sonrisa muy tímida.

Arabella me apretó la mano. Tan solo fue un pequeño gesto, pero tuvo todo el significado del mundo. No estaba sola.

Mientras el coche volaba por las calles de Praga esquivando las ruinas, iba reconociendo los rincones por los que paseaba de niña, la escuela, la tienda de mamá, la Plaza Wenceslao. Estar de vuelta me hacía inmensamente feliz y al mismo tiempo muy desdichada. Praga nunca volvería a ser la misma sin ellos. ¡Ellos!, mamá, Ruth, papá, Dorit, ¿volverían?, ¿y el resto?, ¿y Hanus?

El coche aparcó en una calle medio vacía donde tan solo tres edificios se mantienen en pie. Miré a mi alrededor, ¿dónde estaban los árboles?, ¿y la gente? Allí no parecía que hubiese nadie.

El chófer me señaló una puerta.

Era mi portal.

—¡Ha tenido suerte, señorita!—me dijo, y me guiñó un ojo—. Si no les importa yo prefiero esperarlas aquí.

Asentí y pensé en esa suerte de la que acababa de hablar. ¿Suerte? Sí, supongo que sí, después de todo, estaba teniendo mucha suerte.

—Yo también te espero aquí, Alena —me dijo Arabella—. Esto lo tienes que hacer tú sola.

Asentí de nuevo con los ojos llorosos.

Todo estaba tan cambiado, tan destruido, tan triste, que apenas lo

reconocía. Al entrar en el portal, no percibí ningún aroma familiar, ningún recuerdo. Olía distinto, a humedad, a guerra, a abandono.

¡Hacía tanto frío!

Cuando comencé a subir las escaleras, mis pasos resonaban en el silencio. No había nadie. Tenía el corazón desbordado, me dolía.

Al llegar a nuestro rellano, acaricié la puerta cubierta de polvo y dejé el rastro de mi mano sobre ella. Después, apoyé todo mi cansancio. Y llamé, pero no contestó nadie. Volví a llamar con mayor insistencia, golpeé tres veces y grité muy fuerte su nombre:

—¡Josef!, ¡Josef! —dije llorando.

—¡Josef está en la escuela! —respondió una voz emocionada a mi espalda.

¡Está vivo!, suspiré en silencio. ¡Está vivo!

Las piernas me temblaban y no pude evitar deslizarme hasta el suelo. Las lágrimas me resbalan por las mejillas. Me daba tanto miedo girarme.

Entonces, aquella mano me rozó el hombro, y después lo apretó con ternura. Era delgada, fina, huesuda. Era una mano que había pasado mucha hambre. La miré. ¡Era la portera!

—¡Mi querida, Alena!, ¿eres tú?, al principio, al verte, he creído que eras Ruth, ¡pero cómo has cambiado, tesoro! —ha dicho asombrada—. ¡Ven, querida, acompáñame a casa, creo que tenemos mucho de qué hablar!

—Pero, entonces, ¿mi casa? —balbuceé indecisa.

—No te preocupes por nada, tu casa sigue siendo tu casa, y yo tengo bien guardada la llave. Todo sigue igual, Alena, tal y como a tu madre le hubiera gustado tenerla. Josef se ha ocupado de que así fuera.

—Entonces, ¿nunca fue ocupada?

—No, querida, o bueno, en realidad sí, todo este tiempo la ocupamos nosotros, Josef y yo. Fue lo único que se nos ocurrió para conservarla.

—¡Josef!, ¡Josef!, ¿se encuentra bien, Josef?

—¡Desde luego, querida!, tu hermano lleva cuatro largos años esperándoos.

La historia de Terezín

Nada volvió a ser como antes.

El fin de la guerra trajo consigo la muerte y la vida en forma de documentos, estadísticas, cifras e informaciones monstruosas.

Papá, mamá, Ruth, Friedl, Eva, Judith, Hans, Viktor, tía Anna y tantos otros conocidos murieron en Auschwitz gaseados; sus cenizas descansan hoy en los campos fértiles de los alrededores del Campo de exterminio.

El marido de Friedl sobrevivió al Holocausto.

Descubrí que mi querida amiga Dorit y su familia habían escapado a tiempo y vivían en América a salvo de la destruida y vieja Europa. Nunca volví a tener noticias suyas.

Hanus murió fusilado, apresado por los nazis a escasos días de su huida de Terezín. Quería llegar a Praga, quería unirse al Ejército Rojo, quería vivir y liberarme para poder volver juntos a Praga a empezar de nuevo, pero sus sueños también se vieron truncados, como los de tantos otros.

Jamás he podido olvidarlo.

La mayoría de los judíos presos en Terezín abandonamos definitivamente el Campo en junio de 1945. Estábamos exhaustos.

Arabella, Josef y yo nos instalamos en nuestra casa y fuimos recuperando poco a poco algo de la vida que nos habían arrebatado durante la guerra.

El ritmo cadente de nuestros días fue ocupándose del resto.

En casa el piano volvió a sonar en sus manos. Arabella nos devolvió a papá.

Y yo comencé a tocar el violín, el violín de Hanus. Su alma se deslizaba entre mis dedos y sonaba a algo parecido al amor.

Las notas me devolvían su recuerdo, sus gestos, las caricias torpes en la penumbra, su voz, los rincones que recorrimos juntos encerrados, su último y triste adiós y el resto de mi vida.

Sus palabras, mis palabras, los recuerdos, son nuestra memoria, son la historia del Holocausto.

La historia de los niños de Terezín.

La Historia del gran dragón negro.

Epílogo

Hará ya algún tiempo hice un largo viaje a la ciudad de Praga.

La ciudad me fascinó y mi maleta vino cargada de recuerdos. Entre todos ellos, uno resultaría muy especial, un libro, con dibujos y poemas infantiles que llevaba por título: «No he visto mariposas por aquí».

Me atrajo enseguida su portada, su contenido y la sensibilidad de sus palabras, y pensé, en aquel momento, que sería el regalo perfecto para mi hija mayor, pero a medida que me fui metiendo en su lectura, cambié de opinión.

Nunca llegué a regalárselo. Me lo quedé, y como si fuese un tesoro, lo leía y releía continuamente. Mi mente fue creando un universo paralelo a las mariposas.

Me emocionaban sus poemas, la tristeza que emanaban los versos de los niños del campo de concentración de Terezín, la dureza de las palabras y las condiciones de vida que tuvieron que soportar aquellas criaturas.

Y entonces, un día, con la apariencia normal de cualquier otro día, sucedió. Comencé a escribir su historia. Sí, la novelaría, ¡estaba decidida!, pero para hacerlo necesitaba partir de un personaje que me atrajese lo suficiente como para transformarme en él durante meses. Quería, ante todo, que fuese un alma femenina, una mujer, una niña.

Entre los nombres de los niños que habían escrito poemas había uno que, desde el principio, me había gustado más que los demás, Alena.

Y Alena fue la elegida, y no solo porque su nombre comenzaba por la «A», os voy a confesar que adoro cualquier palabra que parte de un comienzo, sino porque su nombre me evocaba las notas agudas de un piano de cola larga y negra. Alena me cautivó como solo saben hacerlo los personajes que cobran vida en una novela, por sus versos escritos y por la esperanza que le acompañaba justo al final: «Sobrevivió».

¿Acaso podía resistirme a una palabra así?

Desde ese día, no paré de darle vueltas a esta novela. El gran dragón negro se convirtió en mi alma, en mi fuego, hervía de agitación al leer, al documentarme. Y aunque «El gran dragón negro», es una novela de ficción, está revestida de la cabeza a los pies de veracidad e historia.

El campo de concentración o de tránsito —como se le llamaba por aquel entonces— de Terezín, realmente existió y estaba muy cerca de la ciudad de Praga. Los poemas que inician cada uno de los capítulos de esta

novela dan fe de ello. Son un pequeño homenaje a aquellos niños, una mínima contribución a su visibilidad, a su memoria.

Los niños de Terezín dejaron más de cuatro mil dibujos y cientos de poemas durante los años comprendidos entre 1941 y 1944.

Terezín fue, para la mayoría de ellos, un lugar de paso hacia la muerte, un puente hacia los campos de exterminio. Sin embargo, hubo algunos, pocos, que consiguieron sobrevivir. Alena fue una de ellas. Una afortunada.

A pesar de las durísimas condiciones del gueto, de la falta de libertad y de alimento, en Terezín sucedió algo increíble. Sucedió la creación: teatros, conciertos, recitales, poesía, dibujos, cualquier manifestación artística era acogida con los brazos abiertos.

El personaje que aparece en la novela, Friedl Dicker-Brandejs, existió de verdad y lo que sucede en el libro es verídico. Llegó con su marido, y bajo su dirección se organizaron las lecciones de arte del gueto, sobre todo en el hogar de las chicas, el L410. Con ella, los niños vivieron momentos muy valiosos.

Aprendieron a conocer mejor su propio mundo interior, y lo hicieron a través del arte y la palabra. Sus clases eran una terapia para los niños. Fue una innovadora de las emociones. Lamentablemente, murió gaseada en Auschwitz el nueve de octubre de 1944. Su marido sobrevivió.

Los músicos que aparecen en la novela también son personajes verídicos. Murieron en Auschwitz unos días después de Friedl.

La historia de los niños de Terezín es fascinante y al mismo tiempo, muy triste. Aún hoy se discute sobre la cifra de niños y jóvenes adolescentes que pasaron por Terezín, pero se estima que fueron cerca de quince mil y tan solo regresaron con vida o sobrevivieron a Auschwitz alrededor de cien.

Con esta novela he querido honrar la memoria de estos niños y niñas, ponerles voces, recordarles y agradecerles que, pese a todo su sufrimiento, fueran capaces de hacer lo más grande, crear, escribir poesía, vivir.

Su mundo de colores y sombras nunca debería ser olvidado, como tampoco los versos que hablan del aire, de las sílabas, de los pájaros que aprenden a volar cuando el viento es favorable. Quizá aquellos niños escribían anhelando ese viento, el fin de la guerra, la vida y el resto de todos sus días.

Sus palabras nos hablaron en penumbra.

Sus palabras son ahora una parte de nuestra «Historia».

Agradecimientos

Quisiera agradecer este libro a otro pequeño libro, a un impulso, un viaje, una ciudad, Praga, al amor, y a una gran emoción.

Viajar es un regalo. No hay nada, salvo escribir, que pueda disfrutar con mayor intensidad.

«No he visto mariposas por aquí », el libro sobre los niños de Terezín, me tocó el alma, la acarició a dos manos. Sus palabras sencillas e infantiles, sus dibujos sin técnica, el pensar que en aquella parada hacia la muerte que fue Terezín, los niños todavía creían en algo. Y todas aquellas sensaciones llenaron mis días y el después de una extraña nostalgia de Praga, que con el paso de los meses se convirtió en una necesidad urgente, escribir.

Escribir sobre ellos, sobre los niños, escribir sobre los hogares rotos, sobre la esperanza intacta, sobre tantas y tantas mentiras, miserias, sobre la tierra fría, el temor, la soledad, las lágrimas y los versos con mariposas blancas.

Y hoy, cuando estoy a punto de dejar volar y dar rienda suelta al gran dragón negro, me inquieta pensar en este adiós, me apena un poco.

No todo acaba en un silencio, ni en una palabra, fin, continuación, muerte o vida.

Mientras tengamos recuerdos, mientras sigamos escribiendo, leyendo sobre el ayer, sobre las historias de la gente, habrá camino, tendremos aire para respirar.

Aire.

Y memoria.

También un hogar.

Mi agradecimiento a Anes, siempre, su trabajo de corrección es para mí un tesoro, a Alexia que me entendió a la primera y supo plasmar en la portada la esencia del dragón.

A mis hijos, Adriana y Samuel, que escuchan mis ideas, me animan y las alientan y a Miguel, siempre, su amor está lleno de luz.

Clara Fuertes

¿Quieres conocer un poco más a la autora?
¿Sabías qué su color favorito es el amarillo?



Clara Fuertes nació en el corazón de Castilla, en un pueblo llamado Aranda de Duero (Burgos) y en un año decisivo, 1975. Pasó su infancia y parte de su adolescencia en la ciudad de Valladolid. Sin embargo, su alma siempre fue aragonesa y «Agua de Limón», su primera novela, sabe muy bien por qué. Después de cursar estudios universitarios —Ciencias Económicas y Empresariales—, enamorarse de verdad, ser madre, trabajar en la docencia y especializarse en orientación, la palabra escrita se convirtió en su testigo, en su vida. Fue, según la autora, un encuentro mágico, un encuentro largamente deseado.

Viajera incansable, amante del arte, la literatura y la cultura, Clara Fuertes escribe para todos los públicos.

Su palabra escrita denuncia (Otoño desde mi ventana, su segunda novela así lo demuestra).

Su palabra es esencia, crítica, desvelo, Historia (Agua de Limón, basada en hechos reales), y sus obras siempre se encuentran a caballo entre la ficción y la vida (¡Háblale!... A quien comprenda tus palabras).

Defensora de la mujer y de la infancia, la autora Clara Fuertes busca siempre implicarse. Anhela implicarnos, incluso a los más pequeños.

Descúbrala y síguela:

En Facebook: Clara Fuertes Escritora, también en las páginas que tiene de sus libros en Facebook.

En Twitter: twitter.com/fuertes_clara

En Instagram: fuertes_clara

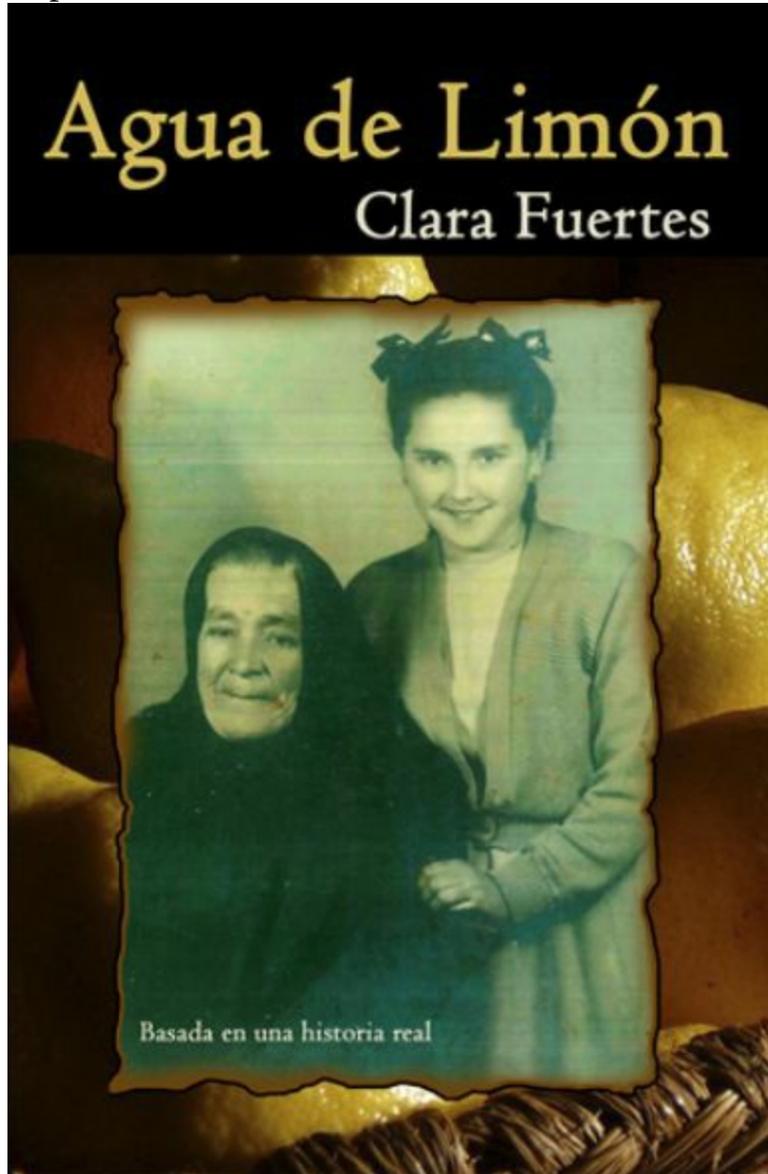
Y en su página de autor en Amazon podrás encontrar todos sus libros:

<http://amzn.to/2qp5vgU>

¡Buena lectura!

Otras novelas de la autora Clara Fuyertes

AGUA DE LIMÓN:
<http://amzn.to/2iiJueY>



OTOÑO DESDE MI VENTANA:
<http://amzn.to/2j79UkX>



¡HÁBLALE!... A QUIEN COMPRENDA TUS PALABRAS

<http://relinks.me/B01HU4IVGS> (Ebook)

<https://relinks.me/1542745268> (papel)

